

A. C. Crispin

El hijo del ayer

En una misión por el pasado, Spock tuvo un hijo. Cinco mil años más tarde, el vulcaniano sabe de su existencia, lo rescata y lo trae a su presente. Spock, sin embargo, tiene sentimientos muy contradictorios hacia Zar, su hijo, y éste, a pesar del afecto de Kirk y McCoy, debe luchar entre sus impulsos y la exasperación, por llegar a su inaccesible padre. Justamente en un momento en el que los romulanos deciden lanzar una ofensiva sobre un sector especialmente delicado de la galaxia…



A. C. Crispin

El hijo del ayer

Star Trek, la serie original 9

ePub r1.0

Huygens 30.05.13

Título original: *Yesterday's Son*
A. C. Crispin, 1983
Traducción: Ersi Samará
Diseño de portada: SDD (Serveis de Disseny)

Editor digital: Huygens
ePub base r1.0



Prólogo

El doctor McCoy levantó su torre y la plantó de nuevo para llevarse a uno de los peones de su oponente.

—A ver cómo sale de ésta —dijo, y se recostó cómodamente en su asiento. El hombre al otro lado del tablero levantó una ceja burlona.

—Una jugada interesante… —admitió Spock, y se sumió en un inmutable estudio del tablero.

McCoy sonrió. A sugerencia del médico, Spock había aceptado una partida de ajedrez antiguo sobre un tablero bidimensional. Ahora el vulcaniano descubría que las jugadas de McCoy, aunque ocasionalmente erráticas, podían ser inspiradas y desafiar su mente lógica. Por algo McCoy había sido capitán del equipo de ajedrez en la facultad de Medicina.

Mientras el primer oficial reflexionaba sobre su reina en apuros, McCoy echaba una mirada distraída a la sala de recreo. Estaba llena de miembros de la tripulación que leían, jugaban a las cartas o al ajedrez, o charlaban en grupos. Su mirada se detuvo en el rostro de una joven y atractiva alférez. El médico registró su mente en busca de su nombre; lo recordó. Teresa McNair. Recién salida de la academia, veintitrés años apenas cumplidos. Bonito pelo castaño, ojos verdes. Estaba metida de narices en un microlector y escudriñaba los datos con gran atención. Mientras la miraba y disfrutaba con la vista de sus largas piernas delgadas recogidas bajo su cuerpo, la chica detuvo el lector con un gesto rápido y se incorporó. Arrancó dos largas hojas de papel, se levantó y fue directamente hacia él. McCoy se sobresaltó, avergonzado por haberla mirado tan fijamente, y apartó la vista. Al momento, McNair apareció al lado de Spock.

—Perdone, señor Spock.

El primer oficial alzó la vista.

—¿Sí, alférez?

—¿Señor, tendría la amabilidad de confirmarme un dato? Creía demostrado que la primera colonización vulcaniana se limitó al área próxima a la zona neutral romulana.

La voz de McNair se elevó, convirtiendo la frase en una pregunta.

—Correcto, alférez.

Spock era la paciencia personificada, pero mantenía distancias.

—Entonces ¿qué explicación daría usted de esto? —Colocó las hojas de papel ante el vulcaniano y prosiguió—. Esta fotografía proviene de datos arqueológicos publicados acerca del sistema Beta Niobe. Esto está claro en lo que al otro extremo de la porción explorada de la Galaxia se refiere, y si no hubo colonización vulcaniana…

McNair parecía confusa y su voz se fue apagando.

Ante la mención de Beta Niobe, McCoy percibió un destello en la expresión de Spock. Trató de localizarla pero en vano… demasiados planetas, demasiados soles. Para recordar, aunque fuera la mitad, tendría que ser una computadora biológica, como el vulcaniano.

Spock escrutó la hoja con los ojos entrecerrados. El médico miró a McNair.

—¿Beta Niobe? No la sitúo, pero me suena familiar.

La alférez hizo una mueca y contestó:

—Debería, doctor. La *Enterprise* fue la nave encargada de avisar al pueblo de Sarpeidón de que Beta Niobe se estaba haciendo nova. Creo que usted formó parte del grupo de aterrizaje. Había una enorme biblioteca en el planeta. Nuestros ordenadores copiaron los datos contenidos en ella antes de la destrucción de Sarpeidón. La información arqueológica que he estado estudiando proviene directamente de la Biblioteca de Atoz.

Se volvió hacia Spock, que continuaba leyendo las hojas.

—La datación neutrónica da a estas pinturas rupestres una antigüedad de unos 5000 años: la última era glaciar de Sarpeidón. Ésta es una ampliación de la cara que se puede apreciar a la izquierda.

Abrió otra hoja delante del primer oficial.

Spock se acercó al papel, su rostro era una máscara impasible, y a McCoy le alertó su total cerrazón. El médico cambió de posición en la silla para poder estudiar las fotos.

La que tenía más cerca mostraba la pared de una cueva, gris con reflejos rojizos. La primera pintura representaba una escena de caza. Dos figuras —dos humanoides— se enfrentaban a dos grandes criaturas. Una parecía un león de cuello delgado y largo pelaje. La otra estaba erguida sobre las patas traseras y parecía un oso desmesurado. Orejas caídas, hocico alargado; sería cómico si no fuera por su boca, bien provista de colmillos, y por su estatura, que casi doblaba la de los cazadores.

En la parte más profunda de la pared izquierda había otra pintura, más pequeña; era un rostro solitario. McCoy alargó el cuello para ver la otra fotografía, la ampliación de ese rostro.

Con su fantasmal brillo blanquecino contra la oscura piedra de la cueva, parecía flotar ante los ojos incrédulos del médico. Dos ojos rasgados, un mechón de cabello negro, espeso y desordenado, una nariz, una boca. Se trataba de un estilo primitivo pero atractivo, y las facciones estaban representadas con meticulosidad. Incluidas las orejas puntiagudas.

McCoy miró a Spock, cuya expresión era más distante que nunca. El médico tenía la boca seca y su voz se quebró cuando dijo:

—¿Sarpeidón? Hace dos años que…

No acabó la frase; se apoyó en el respaldo de su asiento y se mordió el labio. Spock se dirigió a McNair.

—Quizá se trate de alguna anomalía genética o de una mutación racial con un interesante desarrollo paralelo. O, posiblemente, de la representación de algún ser mítico. Recuerda a Pan, del folclore terrícola. Le agradecería que me permitiera examinar esta cinta cuando haya acabado, alférez.

La voz del vulcaniano no tenía nada de anormal. McNair asintió y se marchó, llevando las hojas consigo.

Spock volvió hacia su contrincante de ajedrez.

—Si no le importa, doctor, me gustaría seguir jugando, ya que entro en servicio en cuarenta y cinco coma tres minutos. Ya se me ha ocurrido un modo de invalidar su interesante aunque ilógica estrategia.

McCoy entrecerró los ojos.

—Le toca a usted, Spock. ¿Lo había olvidado?

El vulcaniano apenas miró el tablero cuando hizo una rápida jugada con su alfil. Al doctor no se le escapó el temblor de los delgados dedos, controlado de inmediato.

McCoy se dio por enterado y retiró su silla de la mesa.

—Ni por un momento he dudado de que me ganaría, Spock. Toda esta lógica ha de servir para algo.

Pero McCoy ganó la partida.

1

DIARIO DEL CAPITÁN: FECHA ESTELAR 6324.09

Nuestra misión actual de cartografiado del Sector 70.2 de este cuadrante inexplorado procede sin novedad, hasta tal punto que he tenido que recurrir a maniobras de combate simulado y ejercicios de abandono de la nave para mantener la eficacia de mi tripulación. Todos esperan con impaciencia la formación prevista de un destacamento de inspección y reparaciones en la Base Estelar 11, y la mayoría de los tripulantes han solicitado permiso de salida. La moral es alta, en parte debido a la fiesta planeada para la noche de nuestro atraque. Los únicos miembros de mi tripulación que no están contentos con el espacio son mi jefe del equipo médico y mi primer oficial. Ambos han estado excepcionalmente tranquilos durante los dos últimos días. No he interrogado a ninguno de los dos, pero pienso hacerlo en caso de persistir esta actitud.

La *Enterprise*, crucero de clase pesada, se deslizaba serenamente por el espacio, ajena al alboroto causado por su próxima revisión en la Base Estelar 11. La mayoría de los tripulantes, sin embargo, se dedicaban a pulir sus artes para la fiesta. El teniente Sulu y el soldado Phillips hacían una exhibición de esgrima. La coral ensayaba baladas —en parte imaginarias y en parte verdaderas— sobre el capitán. (Él fingía no darse cuenta de ello).

Y el pequeño teatro llevaba a escena al *H.M.S. Pinafore*. La producción era dirigida por la teniente Uhura, y el ingeniero jefe Scott, que tenía una hermosa voz de barítono y cantaba la parte del capitán Corcoran. Una tarde, a la hora de comer, Kirk, Scotty y Uhura comentaban la opereta cuando McCoy se unió a ellos.

—Siéntese, Bones. —Kirk tomó un buen bocado de una gran lechuga y sorbió su leche desnatada—. Me transformaré en conejo si sigo con estas dietas suyas. ¡Y entonces tendré que quedarme mirando mientras Scotty engulle una tarta Selva Negra!

El ingeniero jefe tragó y sonrió.

—¡Uno debe mantener sus fuerzas si tiene que trabajar todo el día y ensayar toda la noche!

—De hecho, capitán —dijo Uhura mientras daba golpecitos pensativos en su mejilla morena con una uña pintada—, deberíamos actualizar la producción un poco ¿no le parece? Reescribir a Gilbert y Sullivan para hacerlos más… contemporáneos. ¿Por qué, por ejemplo, no situar la opereta en la *Enterprise* y darle un nombre nuevo? *U.S.S. Enterprise* suena tan bien como *H.M.S. Pinafore*. ¡Entonces usted podría cantar la parte del capitán!

Kirk rió por lo bajo, canturreó unas notas y empezó a cantar.

—No enfermo nunca, nunca, en el espacio… —desentonó. Uhura y Scotty le acompañaron.

—Cómo, ¿nunca?

—¡No, nunca!

—Cómo, ¿nunca?

—Bueno… casi nunca… —Kirk dejó de cantar e hizo una mueca a McCoy.

—¿Qué dice, Bones? ¿Tengo futuro en la ópera? El ídolo cantante de la Flota Estelar ¿eh? McCoy miró al techo.

—Según mi opinión profesional, le deberían haber extirpado la laringe al nacer para evitar esta posibilidad. Como capitán de una nave estelar, pasa. Como cantante… lo siento, Jim.

Kirk movió la cabeza con pesar.

—Otra gran carrera rota en sus inicios por falta de apoyo. Echó una mirada al crono y se levantó. —He de volver al puente. ¿Viene, doctor?

Cuando alcanzaron la relativa intimidad del pasillo, preguntó con tono casual:

—¿Qué ocurre, Bones?

McCoy movió la cabeza pero no contestó. Por el contrario, preguntó:

—¿Recuerda el planeta Sarpeidón que visitamos hace dos años?

El capitán le dirigió una intensa mirada.

—Fue semanas antes de que pudiera quitarme de la nariz el olor de aquella prisión medieval. Y aquel viejo loco, el señor Atoz… ¿Por qué me lo pregunta?

Tampoco ahora contestó el doctor. Tras una larga pausa, inquirió:

—¿Le ha comentado Spock alguna vez lo que nos pasó allí?

—No; por lo que puedo recordar, ustedes dos mantuvieron bastante silencio respecto a aquel suceso. De su informe oficial deduje que hubo una mujer que les salvó la vida en aquella edad de hielo. ¿Cómo se llamaba?

McCoy dudó un instante.

—Zarabeth. ¿Ha visto a Spock últimamente?

—No. ¿Debería? No ha estado de servicio durante las últimas 36 horas. —Sus ojos castaños escrutaron la cara del médico con preocupación—. ¿Seguro que no puede hablar de ello?

McCoy evitó su intensa mirada:

—No hay nada de qué hablar, capitán. Le veré después.

Kirk fijó la vista en el pasillo vacío, tentado de seguirle e insistir sobre el tema, pero finalmente continuó su camino. Puede que McCoy no quisiera reconocerlo, pero tenía cierta afinidad con Spock. Si no quería hablar, nadie podría convencerle.

El puente era tranquilo y reconfortante. Kirk se dejó caer en su sillón de mando y estudió el tablero de los informes, pero parte de su mente contaba los minutos hasta que Spock se presentara a servicio. El mejor primer oficial de la flota… sí, sin duda lo era. ¿Qué podría estar insinuando McCoy con sus alusiones a Sarpeidón? ¿Y aquella mujer? ¿Hablaba de sí? Por alguna razón, Kirk creía que no. Pero Spock no se liaría con una mujer… al menos nunca lo había hecho, excepto por Omicron Ceti III y aquellas esporas… curioso, siempre había pensado que había algo más para el vulcaniano que aquellas condenadas esporas… y, naturalmente, estaba T’Pring… pero aquello era distinto…

El capitán se incorporó de un salto, su mente agitada. Eran las 1301 y Spock llevaba un minuto de retraso. ¡Imposible! Pero el indicador de la computadora destelló la confirmación bajo sus dedos.

La puerta del puente se cerró a espaldas de Kirk y allí estaba Spock, de pie al lado del sillón de

mando, con las manos anudadas en la espalda.

—Señor Spock ¿hay algún problema? Llega tarde. —La voz del capitán era tranquila, pero preocupada.

—Lamento mi retraso, señor. No volverá a ocurrir.

Los ojos del vulcaniano, distantes, se fijaron en un punto a tres centímetros por encima de la ceja izquierda de Kirk.

Suspirando para sus adentros, el capitán desistió; sabía por larga experiencia que Spock sólo hablaría cuando estuviera preparado. Quizá nunca. Se levantó y dijo con tono formal:

—El mando es suyo, señor Spock. Tengo una inspección del laboratorio hidropónico a las 0815. Infórmeme de cualquier novedad. En este sector se han detectado algunas tormentas radiactivas de calibre considerable.

El capitán abandonó el puente con una molesta punzada de inquietud en la nuca. Spock lo hubiese llamado, irracional; Kirk lo llamaba premonición.

A lo largo de los tres días siguientes el silencio de Spock y McCoy persistió y Kirk siguió preocupado. Se desahogó de su frustración con el androide de entrenamiento de la sección de autodefensa del gimnasio.

Estaba en su cabina, descansando tras una sesión de ejercicio especialmente dura, leyendo boca abajo sobre su litera. El libro era uno de sus volúmenes encuadernados preferidos. «El tipo de libro que puedes sostener en las manos», como había dicho Sam Cogley. El letrado le había iniciado en la afición de coleccionar libros «auténticos», y Kirk había encontrado este ejemplar admirablemente bien conservado de un viejo favorito suyo en una antigua tienda de Canopo IV. Estaba absorto en las aventuras del capitán Nemo y su Nautilus cuando se encendió la señal de la entrada.

—Pase.

Kirk volvía a colocar el libro en su funda protectora cuando la puerta se abrió y apareció su primer oficial. Hizo un ademán para invitarle a sentarse.

—Siéntese. ¿Le apetece un poco de brandy sauriano?

Spock negó con la cabeza y Kirk sirvió un poco para sí. Se sentó frente al vulcaniano con la copa entre las manos, y esperó.

Spock vaciló un largo momento.

—Esperaba verme.

El capitán asintió. Cuando vio que el vulcaniano se callaba, dijo:

—Hace días que noto que algo va mal. Primero se puso misterioso McCoy y luego usted. Ya veo que se trata de algo serio. ¿Quiere hablar de ello?

Spock miraba absorto una pintura de la *Enterprise* que colgaba de la pared. Kirk tuvo que esforzarse para oírle.

—Debo solicitar permiso de ausencia durante un período de tiempo indeterminado. Se trata de… un asunto familiar.

El capitán sorbió lentamente el brandy y estudió a su amigo. El vulcaniano parecía cansado; nuevas arrugas habían aparecido en torno de sus ojos y un aura de inquietud había sustituido su habitual control sereno. Kirk escuchaba atentamente, esperando las siguientes palabras de Spock, y de repente se dio cuenta de que algo se filtraba subliminalmente en su mente, le tocaba, y, por un momento, sintió una firme resolución mezclada con un sentimiento de culpabilidad y vergüenza. Contuvo el aliento, tratando de mirar hacia dentro, de centrarse… y el contacto, si de un contacto se trataba y no de su imaginación, desapareció.

Spock le miraba fijamente.

—Jim, usted no es telepático, ya lo sé, pero por un momento…

—Ya. Yo también lo he sentido. Por un momento. Suficiente para saber que usted está decidido a marchar y que la situación, sea la que sea, es bastante mala. Pero tendrá que contarme el resto en palabras, Spock.

—Se lo diría si pudiera, Jim. Pero el responsable de este… problema soy yo. Lo debo resolver yo solo.

—Algo me dice que está a punto de emprender algo peligroso. ¿Tengo razón?

Spock miró sus manos y repitió:

—Debo ir solo. Por favor, Kirk, no me pida que le explique por qué.

Kirk se inclinó hacia delante, agarró al vulcaniano por los hombros y le zarandeó.

—No sé cuál es el problema pero sé por qué no me lo cuenta. Le preocupa que si descubro la peligrosidad de este proyecto insistiré en acompañarle. Tiene razón. Insisto en ello.

El primer oficial negó con la cabeza y su voz sonó con dureza.

—No lo permitiré. No puedo asumir también la responsabilidad de su vida. Voy solo.

Kirk apoyó su copa en la mesa de un golpe.

—Maldita sea, Spock, no tiene que contarme nada si no quiere, pero debe abandonar la idea de dejar la nave sin mí.

La mandíbula de Spock se endureció y sus ojos se llenaron de ira. Kirk miró aquellos ojos sin pestañear y se preguntó dónde diablos iría Spock. Era obvio que McCoy sabía más de lo que quería decir. «¿Sarpeidón? Pero aquel planeta ya no existe. Hizo explosión. El presente… y el pasado… la mujer… y la cara en la pared de la cueva… ¿Cueva? ¿Cara?»

Kirk se enderezó. La imagen estaba clara en su mente. Una cara vulcaniana pintada en la pared de una cueva. No la había visto antes.

—Esta vez lo tengo, Spock. Llámelo empatía, telepatía o lo que le parezca; ahora sé. Esto tiene que ver con… la biología ¿no es así?

El vulcaniano asintió en silencio y hundió la cabeza en sus manos. Su voz era tensa.

—Sí. Debo estar perdiendo el control de mis barreras si lo he podido transmitir con tanta claridad. Claro que ha habido un contacto mental pero… estoy cansado, esto debe ser…

—No importan las explicaciones. Ahora sé y ya no importa.

Kirk miró al vulcaniano y suspiró.

—Es increíble… hace 5000 años en aquel infierno helado…

—Zarabeth tuvo un hijo mío. —Spock acabó la frase.

Se miraron fijamente durante un largo minuto y, finalmente, el capitán se movió.

—Puede haber otra explicación. Quizá Zarabeth le pintara a usted. No puede estar seguro…

—Estoy seguro. La cara de la cueva presenta características inequívocamente vulcanianas pero no es la mía. Los ojos son distintos. El cabello es más largo. Las facciones son las de un adolescente o poco más. Hay otras cosas. Los artefactos encontrados en la cueva evidencian un grado de civilización superior al que había alcanzado la raza en evolución en aquel hemisferio. Hay restos de metales trabajados, una lámpara de piedra que quemaba grasas animales. Anacronismos para aquel tiempo.

Kirk estaba convencido, pero negó con la cabeza.

—No tiene sentido atormentarse por un niño que vivió y murió hace 5000 años. No hay nada que pueda hacer.

Spock le miró serenamente.

—Vuelvo a por él.

El capitán no sabía qué era lo que había estado esperando, pero no era esto.

—Pero… Spock… ¿cómo?

Antes de acabar de pronunciar las palabras, un repentino recuerdo aún doliente tiró de él. «Todo es como una vez fue… deja que yo sea tu puerta de entrada…» Tomó otro sorbo y sintió el brandy que le quemaba la garganta.

—El Guardián de la Eternidad; lo utilizará para volver.

El vulcaniano asintió.

—Spock, aquel planeta ha sido declarado territorio prohibido excepto para la expedición arqueológica. No le permitirán acercarse y mucho menos atravesarlo. Para conseguir permiso de utilizar el Guardián necesitaría una influencia poderosa, probablemente alguien del rango de un gobernador planetario, como mínimo… —Pensó por un momento y volvió a contestarse a sí mismo—: T’Pau.

—Deducción lógica, capitán.

Kirk recordó a T’Pau, pequeña, frágil, anciana… pero con suficiente autoridad como para que una petición suya pasara por encima de las órdenes de un almirante de la Flota Estelar. Sí, ella tenía la influencia, claro que sí. Pero ¿la emplearía?

Kirk verbalizó su duda. El primer oficial era inflexible.

—Intercederá cuando le explique la razón. La familia es muy importante en Vulcano. La lealtad familiar prevalece incluso por encima de la ley planetaria. Vulcano está prácticamente gobernado por una oligarquía compuesta por varias familias eminentes. La mía es una de ellas. Y T’Pau no permitirá que uno de la familia viva y muera solo, lejos de su gente.

—No envidio su misión, Spock. —El capitán movió la cabeza—. No me gustaría ser yo quien tuviera que explicárselo.

—Tampoco a mí me entusiasma la idea de hacerlo, se lo aseguro. Pero así tiene que ser. Es mi deber.

Spock se levantó, titubeante.

—¿Supongo que mi solicitud de permiso podrá ser aprobada inmediatamente? Podemos

desviarnos hacia Andros, en el sistema de Antares, con tan sólo un retraso de una hora y treinta y dos punto cuatro minutos.

Kirk asintió y se puso de pie.

—Decidido. Cursaré su solicitud de permiso inmediatamente. Si le dejamos en Andros, necesitaría más o menos una semana para llegar a Vulcano… El permiso y su regreso a la Base Estelar 11 deberían llevarle unos diez días más. Menos mal que tenemos esta revisión programada… Sí, funcionará… Estaré listo para marchar cuando vuelva. Con suerte, regresaremos antes de que acabe la inspección final. ¿Y bien? ¿Por qué se queda ahí de pie?

—Capitán, debo ir solo… me niego rotundamente…

Kirk le interrumpió a mitad de la frase.

—Está decidido. Extorsión, señor Spock. Si yo no voy, usted no consigue el permiso. Es así de sencillo.

—Esto podría resultar peligroso… No le puedo permitir que se arriesgue…

—Deje de discutir. Y deje también de tratar de envolverme en algodones. Puede que los humanos no seamos tan fuertes como los vulcanianos, pero esto no le da derecho a decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer. Al fin y al cabo ¿quién manda aquí?

Kirk miró al crono.

—Tiene cuarenta y cinco minutos para prepararse. Le veré dentro de dos semanas y media. ¡En marcha!

Spock descubrió que había respondido a la última orden de manera automática y se encontró de pie en el pasillo, ante la puerta cerrada. Movió la cabeza con tristeza y se dio prisa para hacer el equipaje.

2

Mediodía en Vulcano. Un torbellino de calor envolvió a Spock en el momento de materializarse en la cresta de una loma; él quiso empaparse en la calígine por un momento. Olfateó apreciativamente el aire ligero. Su sequedad resultaba maravillosa tras la fría niebla que servía de atmósfera a bordo del carguero. El cielo en lo alto refulgía con los cuarenta Erídanos, que alcanzaban su cenit. La arena blanca reflejaba el calor con un brillo abrasador, y las rocas y la vegetación resplandecían.

Spock dio la vuelta alrededor de la baja y extensa edificación y se dirigió a la entrada de visitantes, en la cara sur del complejo de viviendas. No tenía intención de anunciar su llegada, aunque hacía más de un año desde que había visto a sus padres por última vez. Sintió remordimientos al imaginar su decepción si descubrieran su visita; los reprimió. Amanda querría conocer la razón de su repentina llegada y la duración de su estancia, y Sarek esperaría de él que inspeccionara las propiedades. Se vería abrumado por sus obligaciones familiares y habrían preguntas…

Una vez en el edificio, tecleó su solicitud de audiencia con T'Pau y esperó con impaciencia, imponiendo una expresión de calma en sus facciones y curvando el cuerpo para inmovilizarlo. Finalmente, la pantalla se encendió a su lado con los caracteres de su nombre de pila, el que sólo la familia utilizaba, y esto únicamente en el día de su onomástica y en las festividades religiosas. Lo había empleado deliberadamente, porque sabía que T'Pau reconocería su significado y respetaría su deseo de discreción. Dirigiéndose hacia uno de los ocultos pasadizos interiores que conducían a la sala de estar de T'Pau, recorrió con rapidez la estrecha penumbra y entró silenciosamente en la estancia. Estaba a solas con la única persona en la historia que había rechazado un puesto en el Consejo de la Federación.

Estaba sentada en un diván bajo, las rodillas cubiertas con una manta. Aún tenía el cabello negro, salvo por dos mechones blancos que lo estriaban, pero su rostro estaba aún más arrugado y deteriorado de lo que él recordaba.

T'Pau le saludó formalmente, haciendo la V de salutación con la mano. Sus viejos dedos rugosos temblaban un poco. «Ha envejecido», pensó Spock mientras le devolvía el saludo.

—Larga y próspera vida, T'Pau.

—¿Por qué habéis venido en secreto y sin anunciaros, Spock? Vuestro comportamiento es descortés para con vuestros padres.

Hablaba entrecortadamente y su voz apenas era más que un susurro. No le había invitado a sentarse, y eso era mala señal.

—Os pido que me perdonéis, T'Pau. La razón de mi visita es privada; algo de lo que sólo puedo hablar con vos. Ruego vuestra ayuda y vuestra discreción.

Habló con voz queda. Fue escrutado por unos penetrantes ojos de obsidiana que desmentían al rostro marchito; de repente, ella asintió y le invitó a que se sentara con un ademán. Spock se sentó con las piernas cruzadas sobre un mullido cojín.

—Mantendré la discreción. Hablad.

—Hace varios años, fui con mi capitán y con McCoy, a quien ya conocéis, al planeta Sarpeidón con la misión de informar a su pueblo de que su sol estaba a punto de convertirse en nova. Descubrimos que todos los habitantes se habían refugiado en el pasado. Por accidente, McCoy y yo fuimos transportados a la antigüedad, a la edad de hielo de aquel planeta. Nos moríamos de frío cuando apareció una mujer joven que nos llevó a un refugio. Su nombre era Zarabeth y había sido exiliada a la soledad del pasado a causa de las intrigas de un enemigo. Allí se quedó atrapada debido a un proceso de condicionamiento especial.

El viaje en el tiempo me… afectó. Regresé a lo que fueron nuestros ancestros de hace 5000 años. A la barbarie… comí carne. Y engendré un hijo en Zarabeth. No lo supe hasta hace pocos días.

Su confesión de ingerir carne había producido una mirada de repulsión, luego ella se tornó impasible de nuevo. Tras un largo minuto de silencio, se movió.

—Vuestro comportamiento no hizo, ciertamente, honor a vuestra familia. Pero es ilógico insistir en los pecados pasados. ¿Por qué habéis venido a verme?

—No puedo permitir que mi hijo muera solo en un planeta que nunca ha sido para nuestra especie. Debo traerle a casa, a la familia. También traeré a Zarabeth si puedo invertir su condicionamiento. Le debo una oportunidad a la vida. Solicito que os pongáis en contacto con el Consejo de la Federación para que me permitan utilizar el Guardián de la Eternidad. Es un portal en el tiempo que me puede devolver allí, al pasado de Sarpeidón. Debo intentarlo.

T’Pau se quedó pensativa largo rato, con los ojos cerrados.

—Sí. Debéis intentarlo. Este niño será vuestro heredero si morís sin más descendientes. Y vos no habéis entrado en kunat kali fee con otra. Debemos proteger la sucesión.

Spock se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y exhaló lentamente. Lo peor ya había pasado.

—He preparado un documento con toda la información necesaria para el Consejo, T’Pau. Contiene los detalles del caso y las señas del código de identificación del portal. Nombra los miembros del equipo de búsqueda y el posible número de personas que serán transportadas del pasado. En caso de que vuestra solicitud fuera denegada, enviad un mensaje subespacial al capitán Kirk, de la *Enterprise*.

Ella cogió el documento y le miró.

—Hablaré con el Consejo inmediatamente. Tened mucho cuidado. ¿Qué haréis cuando les encontréis?

Spock quedó mudo, confuso. No había pensado más que en la sola existencia del niño; y en su deber.

—Les traeré al presente y…, dudó de nuevo.

Recibió una mirada penetrante.

—¿Debo entender que no habéis pensado más que en esto? Recordad, Spock. Ese hijo vuestro es una persona. Cada ser tiene su propia vida y dignidad. Concededle esta dignidad. El es asunto vuestro, pero no es vos. Recordad nuestro símbolo.

Llevó la mano a la medalla IDIC que descansaba en su seno hundido.

—Respetad las diferencias tanto como las similitudes.

Spock sólo entendió sus palabras intelectualmente. Asintió distraído, preocupado por el proceso de salir de la casa y llegar al puerto espacial sin ser reconocido. A la señal de T'Pau se levantó y la saludó.

—Gracias, T'Pau. ¿Tengo permiso para dejaros?

Ella asintió con una repentina expresión de fatiga.

—Tenéis permiso para marchar, Spock. Haré que Sandar os lleve al puerto espacial. No informaré a vuestros padres de vuestra visita pero recordad esto: si tenéis éxito ellos lo sabrán y nuestro pueblo también. Debéis aceptar lo que habéis hecho; por vuestro bien y por el bien de vuestro hijo. Larga y próspera vida, Spock.

Le devolvió el saludo e hizo un ademán a Sandar, su ayudante, quien había aparecido como por arte de magia.

Spock hizo una ligera reverencia.

—Paz y larga vida, T'Pau.

Abandonó la estancia en silencio.

3

Kirk estaba sentado en la sección de la cubierta de recreo que había sido temporalmente transformada en teatro; miraba la representación del *H.M.S. Pinafore*, pero su atención no estaba puesta en el escenario. Esta noche su nave había atracado en la Base Estelar 11, y Spock llevaba retraso. Al día siguiente por la mañana, a las 0900 horas, un destacamento técnico de la Flota Estelar invadiría la nave para realizar dos semanas de inspección y reparaciones. Si Spock y él no se ponían en marcha en un máximo de veinticuatro horas, no recorrerían ni la mitad del camino hasta el Guardián y estarían de vuelta a la nave dentro del tiempo disponible, de modo que la fecha programada para presentarse a servicio encontraría a la *Enterprise* sin su primer oficial y sin su capitán.

Claro que cabía la posibilidad de que se encontrara sin ellos aunque partieran en este mismo instante. Durante la ausencia de Spock, Kirk había estudiado las pinturas rupestres y todos los datos disponibles sobre la edad de hielo de Sarpeidón. Parecía probable que, si la climatología no acertaba en liquidarles, los animales salvajes estarían encantados de suplirla. Las posibilidades de sobrevivir en aquel entorno eran escasas para cualquiera, tanto más si se trataba de un niño.

Kirk se había planteado tratar de disuadir a Spock de emprender esa alocada aventura, pero abandonó la idea en cuanto recordó la expresión en los ojos del vulcaniano. Y no podía dejarle ir solo.

Los espectadores se habían puesto de pie en torno suyo y aplaudían con entusiasmo. El capitán se apresuró a imitarles y pudo ver a Scotty lanzarse tras el telón y sacar a rastras a la tímida Uhura, para que hiciera una reverencia ante el público. La tripulación ovacionó cuando el ingeniero jefe dio un beso sonoro a la oficial jefe de Comunicaciones. En medio de la tripulación que vitoreaba, Kirk vio la persona a la que había estado esperando entrar en la cubierta de recreo a través de una de las puertas laterales y buscar entre los rostros.

Cuando Kirk se reunió con él, Spock estaba apoyado contra un mamparo como si fuera incapaz de mantener el cuerpo erguido sin su soporte. El flequillo de cabello oscuro, normalmente impecable, estaba despeinado y la cara bajo él se veía más agotada que la última vez que Kirk había visto al vulcaniano.

—¡Tiene un aspecto terrible! Qué diablos ha estado… —empezó Kirk pero se detuvo—. Tenemos que darnos prisa, si no perderemos la nave de suministros. Tengo el equipaje en mis habitaciones. ¿Está preparado?

Los dos oficiales se cambiaron en la habitación de Kirk; se pusieron resistentes trajes de expedición y metieron sus equipos de campaña y nieve en mochilas.

—La semana pasada hice una incursión en la enfermería mientras McCoy estaba fuera y reuní material para un botiquín —dijo Kirk—. ¿Cree que necesitaremos armas fásicas? La mía no funcionó la última vez que estuvimos en Sarpeidón.

—Investigué este punto y descubrí que el *atavachron*, su portal del tiempo, estaba programado para anular automáticamente la efectividad de cualquier arma que lo atravesara. Medida de precaución para impedir que un habitante del futuro llegue a gobernar en la sociedad del pasado.

Esta vez, nuestras armas fásicas funcionarán.

—Bien. No quisiera depender de las piedras y los puños para defenderme de algunas de las formas de vida sobre las que he leído. ¿Listo?

—Listo, capitán.

Los dos oficiales se dirigieron al turboascensor con el equipaje a cuestas. Kirk echó una mirada al vulcaniano.

—¿Por qué el retraso? Empezaba a pensar que no lograría volver.

—Tuve que hacer el viaje de vuelta a bordo de un carguero robot. No había naves más veloces disponibles.

Kirk le miró con comprensión.

—No es de extrañar que tenga mal aspecto. Yo también lo hice una vez, cuando estaba en la Academia. Iba a visitar a… una amiga. Cuando llegué no quiso saber nada de mí. No la culpo. Bueno, al menos nuestro transporte al Guardián no será tan malo. Viajaremos en la nave de suministros. Podrá lavarse cuando estemos a bordo. Hasta entonces, haré como que no le conozco.

Llegaron al turboascensor.

—Transportador —dijo el capitán, y las puertas se cerraron.

En seguida volvieron a abrirse con un susurro. Una luz roja empezó a parpadear en el panel de instrumentos del ascensor.

—¿Quién diablos ha apretado la anulación?

Kirk apretó varios botones. Las puertas empezaron a cerrarse, vacilantes. Unos ruidos de pasos apresurados resonaron por el pasillo y una bota se interpuso entre los paneles, que volvieron a abrirse. McCoy se lanzó en el ascensor, vestido en traje de campaña y cargado con una mochila.

—¡Uf —se desplomó contra la pared mientras el turboascensor se ponía en marcha— creí que iban a escapar!

El capitán se le quedó mirando; luego comprendió el significado de la ropa del médico y de su mochila, y su mirada se endureció.

—No, usted no, Bones —empezó. Spock decía:

—Doctor McCoy, su presencia es altamente…

—¡A callar, los dos! —ordenó McCoy.

Las cejas de Spock siguieron alzándose mientras el oficial médico gruñía:

—Ahórrense los argumentos. ¿No creían de verdad que les iba a dejar embarcarse en una loca aventura sin mí, eh? —Movió la cabeza—. Al fin y al cabo, tengo más experiencia en congelaciones que cualquiera de ustedes. Y el bello y dulce Sarpeidón es el lugar idóneo para mis vacaciones.

Hizo una mueca y se puso serio.

—Además ¿qué pasaría si alguno de ustedes resultara herido? ¿O si necesitaran ayuda médica para el niño?

Kirk se sobresaltó.

—¿Cómo sabe eso?

McCoy señaló a Spock con la cabeza.

—Estaba con él ¿recuerda? Y vi las pinturas. No hay que ser vulcaniano para saber que uno más uno hacen tres. No me menosprecie tanto, Jim.

—¡Bones! —La voz de Kirk sonó amenazadora—. Salga de este ascensor y vuelva a la enfermería. Es una orden.

—Se olvida, capitán, que estoy de permiso, lo mismo que ustedes. No me puede indicar dónde pasarlo. Además, tengo un as en la manga. He estado las dos últimas semanas revisando los datos médicos de la Biblioteca de Sarpeidón y he pensado en una manera de invertir el condicionamiento de Zarabeth. Si les interesa la fórmula, yo voy con ella.

Kirk frunció el entrecejo.

—Es un chantaje, doctor.

—Es un medio de persuasión común a bordo de esta nave, capitán —comentó Spock. Kirk le echó una rápida mirada, pero el vulcaniano miraba recto enfrente, carente de toda expresión.

—¿Qué lleva en su mochila? —preguntó el capitán tras una pausa.

McCoy sonrió triunfalmente.

—Lo mismo que ustedes. Pedí a la computadora una lista de todos los suministros que solicitaron la semana pasada.

—Lógico —murmuró Spock. El ascensor se detuvo.

Kirk chasqueó los dedos.

—Bones, no podría acompañarnos aunque nosotros quisiéramos. T'Pau tan sólo ha solicitado permiso para dos ¿no es así?

Miró al vulcaniano esperanzado.

—Especifiqué permiso para tres, capitán, teniendo en cuenta la predecible inclinación del doctor McCoy a precipitarse a donde los ángeles temen ir. Me pareció razonable que intentara algo por el estilo. Suele haber algunas pautas lógicas en su comportamiento irracional.

Se encontraban sobre las placas del transportador, y se oía el silbido de demora, los veinte segundos de los que disponía McCoy para encontrar una respuesta convenientemente mordaz. Abrió la boca para pronunciarla, pero fueron bañados por los haces del transportador, que les disolvieron en tres trémulos pilares de resplandor.

4

«El planeta no ha cambiado», pensó Kirk mirando a su alrededor. El mismo cielo plateado, tachonado de estrellas, de una oscuridad casi negra sobre sus cabezas. Las mismas ruinas, columnas caídas y derrumbadas, algunas casi intactas, otras prácticamente indistinguibles de las rocas naturales. El mismo viento helado, que gemía como alma en pena. El mismo aura de una edad terrible. Su mente rebosaba de recuerdos de la última vez. Los había creído olvidados, enterrados, pero estar aquí, de pie en medio de la desolación, evocaba la agonía. «Edith…», murmuró su mente.

—No me fijé mucho en el paisaje la otra vez —dijo McCoy, a cierta distancia de Spock—. Espeluznante. Este viento acaba por crispar los nervios… Miren, allí hay algo parecido a las ruinas de un templo.

Señaló con el dedo. El vulcaniano dejó de juguetear con su tricorder y alzó la vista.

—El Guardián de la Eternidad está en aquella dirección, doctor. Por alguna razón, las ruinas más cercanas al portal están mejor conservadas. —Spock volvió a mirar su tricorder.

—El Guardián de la Eternidad… parece el nombre de un maldito tanatorio… —musitó el doctor.

Spock no le hizo caso. McCoy miró a su compañero y movió la cabeza. El vulcaniano había estado demasiado silencioso durante el viaje de tres días. No se había unido al póker que duró dos días y dejó a McCoy considerablemente más rico —cosa que no era de sorprender— pero tampoco se había unido a la conversación. El médico estaba preocupado por él.

—¡Hola! —El alegre saludo venía de detrás suyo. Giraron y vieron que se les acercaba una mujer pequeña, fornida y de cabellos grises. A sus espaldas, a unos ciento cincuenta metros de distancia, había una pequeña edificación prefabricada cuyas paredes eran de un gris tan similar a la melancolía que les rodeaba que no se habían dado cuenta de ella.

La mujer les alcanzó, algo jadeante, y les apuntó con su dedo, uno tras otro.

—Kirk, Spock, McCoy. Yo soy Vargas. ¿Cómo están?

—Bien, gracias —dijo Kirk con una sonrisa.

—Les he estado esperando. Llevemos esto a casa y podremos hablar mientras tomamos un café. Café auténtico.

Distribuyó unidades antigravedad y se dirigieron a la edificación empujando sus equipos y suministros.

El interior del campamento arqueológico constituía un contraste agradable con su triste exterior. Las paredes estaban cubiertas de carteles y pinturas y había mullidas alfombras en el suelo. La construcción albergaba varios laboratorios, una amplia sala de estar, dormitorios para los nueve miembros del personal, una cocina lo suficientemente amplia para todos y una pequeña aunque bien provista biblioteca. La doctora Vargas les enseñó las instalaciones con orgullo y les presentó a los ocho miembros de su equipo.

Después de concluir con las formalidades, los cuatro se reunieron en la cocina para tomar el café prometido. Vargas removió el suyo enfáticamente y fijó una mirada inquisidora en sus

visitantes.

—Por favor, explíquenme cómo diablos pudieron obtener permiso para utilizar el Guardián. ¿A quién conocen?

—Doctora Vargas, estamos en una misión de rescate. —Spock tenía una expresión solemne—. Como ya sabe, el planeta al que tenemos permiso de visitar fue destruido hace dos años. Nuestra misión no puede afectar su historia, puesto que las personas que pretendemos rescatar se encuentran en un área aislada, fuera del curso propio de su tiempo. Como resultado de un accidente, un… miembro de mi familia se perdió en la última era glaciar del planeta junto con una nativa de Sarpeidón que había sido exiliada al pasado. Queremos traerles a los dos al presente.

McCoy oyó la mentira y se atragantó con el café. Kirk le dio una patada bajo la mesa. Vargas no se dio cuenta de la escena, y respondió:

—Debo cumplir las órdenes que tengo, pero creo que se trata de un gran error. Las personas aquí destinadas somos todas arqueólogos e historiadores de primera y, sin embargo, ni siquiera a nosotros se nos permite volver al pasado. Sólo se nos autoriza observar y registrar las imágenes de la historia, examinar las ruinas e intentar comprender la raza que vivió aquí cuando la vida en la Tierra consistía sólo en criaturas marinas unicelulares. Resulta demasiado peligroso autorizar un viaje a través del portal del tiempo, ¡como ustedes tres ya saben!

—Lo sabemos. —Spock jugaba con su cucharilla y no le miraba a los ojos—. Tomaremos todas las precauciones posibles y evitaremos todo contacto con la vida indígena. Afortunadamente, la raza humanoide en desarrollo que, en el momento de nuestra visita, apenas estaba iniciando un progreso cultural y tecnológico que les convertía de nómadas primitivos en una ciudad-estado de economía agraria, sólo ocupaba el hemisferio sur del planeta. Nuestra búsqueda tendrá lugar a unos ocho mil kilómetros al norte del ecuador.

Vargas suspiró.

—Sé que tendrán cuidado, pero no pueden convencerme de que nada merezca los riesgos implícitos. Que un solo y trivial acontecimiento histórico suceda o deje de suceder…

«O que una persona muera o deje de morir…», concluyó Kirk mentalmente. Asintió y dijo:

—Somos totalmente conscientes del peligro, doctora Vargas. ¿Ha estado usted al frente de esta expedición desde que la *Enterprise* descubrió el Guardián?

—Sí. Ya hace cuatro años. Formamos una base casi permanente aquí. Por razones obvias, la Federación no puede correr riesgos de fugas en la seguridad. Aquellos que deseen marchar deben someterse a supresión mnémica y condicionamiento hipnótico.

—Francamente, estoy sorprendido de que no haya más protección visible, señora —observó McCoy mirando a su alrededor como si medio esperara la aparición de guardias armados en la cocina.

Vargas rió por lo bajo, siguiendo con sus ojos azules la mirada del oficial médico.

—¡No, doctor McCoy, no encontrará ni artillería ni explosivos en los armarios! Aun así, estamos protegidos aquí. Una nave estelar de la Federación está encargada de realizar una inspección mensual y patrullar por este sistema. Este mes es la *Exeter*. El mes que viene será la *Potemkin*. Naturalmente, no saben qué es lo que protegen. Creen que hacen de niñeras de un

importante descubrimiento arqueológico; que, a fin de cuentas, es la verdad. Pero apostaría que usted es el único capitán de la flota que conoce las auténticas características del Guardián, capitán Kirk. De modo que creo que estamos seguros aquí.

—Así lo espero. —Kirk apuró el contenido de su taza—. Gracias por el café. Me había olvidado del buen sabor del auténtico café.

—Aquí nos dan lo mejor. ¿Cuándo piensan intentar cruzar el portal del tiempo?

—Inmediatamente. —La voz de Spock sonó abrupta; se levantó de la mesa y abandonó la habitación.

Vargas parecía sorprendida y Kirk dijo:

—Está impaciente por empezar. No le ha dicho que este familiar suyo es un niño. Sólo podemos esperar que esté todavía vivo.

La mirada de Vargas se enterneció.

—Ahora comprendo mejor. Yo tengo una hija, Anna. A veces hablo con ella por la radio subespacial…

Les condujo al Guardián. Allí estaba, entre las ruinas; no parecía más que un gran aro de piedra de talla irregular. Su forma primitiva no daba pistas del extraño poder que poseía.

Se acercaron. El portal era de un gris apagado, el mismo color de las ruinas; su orificio central era transparente y les permitía ver la forma del templo derrumbado que McCoy había señalado cuando llegaron.

Spock se les había adelantado, mochilas a sus pies y tricorder en mano. Poco después del descubrimiento del Guardián, el vulcaniano había pasado semanas enteras allí en compañía de dos científicos más —cerebros eminentes de la Federación— para estudiar el portal del tiempo. Al finalizar su estancia, aún no eran capaces de explicar el funcionamiento del Guardián, cómo canalizaba su energía en las corrientes del tiempo ni de dónde provenía esta energía. Tampoco se ponían de acuerdo sobre si el ente era una computadora de complejidad increíble o una forma de vida. De pie ante ello, Kirk pensó que el hombre sencillamente no era capaz de comprender la naturaleza del Guardián; todavía no.

Pero el hombre podía utilizar cosas que no comprendía. Spock avanzó, con el tricorder listo.

—Saludos. —La voz del vulcaniano, tan flemática de costumbre, encerraba temor, y saludó a la forma pétrea al estilo de su pueblo—. Soy Spock y ya viajé contigo una vez. ¿Puedes mostrarme la historia del planeta Sarpeidón, el que trazaba su órbita en torno a la estrella Beta Niobe?

Siempre hacía falta una pregunta para evocar una respuesta del Guardián, y ahora la forma pétrea parpadeó con una luz translúcida proveniente de su interior. Una voz profunda y extrañamente cálida dijo:

—Te puedo mostrar el pasado de Sarpeidón. Futuro no tiene. Mira.

El centro del portal del tiempo se llenó de vapores y luego de un torbellino de imágenes, demasiado rápidas para ser captadas y recordadas por el ojo. Sugerencias de volcanes, enormes reptiles, pueblos de barro, ciudades de piedra, mares, naves, ejércitos, ciudades de acero y cristal y, finalmente, una luz cegadora que obligó a todos a taparse los ojos. A lo largo de la presentación, que pudo durar un minuto y medio, el tricorder de Spock giraba a doble velocidad.

El punto de mira central volvía a ser transparente y Kirk se unió a su primer oficial, que se encorvaba sobre el tricorder.

—¿Lo tiene todo, Spock?

—Sí. —La voz del vulcaniano sonaba hueca—. Creo que he podido aislar el período correspondiente a la última glaciación del planeta. Afortunadamente, el sistema de datación de neutrones que se empleó para las pinturas rupestres es bastante preciso. Nuestro problema no es cuándo saltar sino dónde iremos a parar en la superficie de Sarpeidón. No podemos explorar el planeta entero.

—No había pensado en esto. —Kirk miró al Guardián, ya inactivo—. Esto sí que es un problema.

—Se me ocurre una posible solución. El poder del portal del tiempo es enorme. Es probable que el Guardián pueda colocarnos en el punto correcto, si le puedo comunicar nuestro deseo. Lo intentaré.

El vulcaniano hizo un ajuste final a su tricorder y volvió frente a la forma basta. Su voz era baja, tensa.

—Guardián. ¿Puedes diferenciar entre distintas formas de vida? ¿Puedes, por ejemplo, discernir que mi especie es diferente de la de mis compañeros?

—Tú eres una especie en ti mismo. —Entonó el Guardián.

Spock, acostumbrado a los circunloquios del ente, asintió, aparentemente satisfecho de que la respuesta había sido afirmativa.

—Muy bien. En el último período glaciar de Sarpeidón, existe una forma de vida que pertenece a la misma especie que yo. Somos de la misma sangre y familia. Deseo localizar esta forma de vida. ¿Te sería posible situarnos en este lugar cuando atravesemos el portal?

Un breve silencio. Luego la voz volvió a tronar, aparentemente viniendo del aire que les rodeaba:

—Todas las cosas son posibles.

Bañado en el reflejo de la luz del Guardián, el rostro de Spock parecía demacrado, consumido. El vulcaniano insistió, con las manos cerradas en puño:

—¿Quiere esto decir que podrás colocarnos en el mismo lugar que esta forma de vida cuando saltemos en el tiempo?

Nada rompía el silencio salvo el susurro del viento desolado. Spock mantenía una rígida inmovilidad, aparentemente empeñado en arrancar una respuesta del mismísimo aire. Impulsivamente, McCoy se le acercó y puso la mano en su brazo. La voz del médico era amable.

—Tranquilícese, Spock. Algo me dice que todo irá bien.

El vulcaniano le miró sin reconocerle. Liberó su brazo de la mano del médico y se acercó a los suministros. Abrió su mochila y empezó a ponerse su traje térmico, una prenda de una sola pieza con protector facial incorporado.

El capitán fue a reunirse con McCoy.

—Ahí tiene su respuesta, Bones. Él irá pase lo que pase. Preparémonos.

Cuando estaban listos para saltar, Spock hizo unos ajustes finales a su tricorder y se dirigió de

nuevo al ente del tiempo.

—Guardián. Te ruego que vuelvas a mostrarnos el pasado de Sarpeidón, para que podamos localizar y rescatar la forma de vida que es similar a mí.

Hasta el viento pareció apaciguarse por un momento, mientras las escenas empezaron a parpadear ante sus ojos. Ahí estaban, plantados, con un hormigueo de expectación en los músculos. De algún lugar a sus espaldas llegó la voz de Vargas:

—Buena suerte. ¡Les envidio!

—Preparados. Ya. —Los ojos de Spock no dejaron el tricorder ni por un instante—. Uno, dos, tres ¡ahora!

Los tres dieron un paso gigantesco hacia delante, derechos al centro del vórtice del torbellino.

Oscuridad sembrada de estrellas, desorientación total, mareo. Se tambalearon hacia delante, cegados, luego el viento frío les golpeó y sus ojos se llenaron de lágrimas bajo el vendaval. El mundo entero parecía ser blanco, gris y negro, pero el viento no les dejaba ver con claridad. McCoy se frotó los ojos, el aliento entrecortado y humeante, y maldijo.

—Teníamos que aterrizar de noche —gruñó Kirk tratando de ponerse el protector facial—. Póngase la máscara, Bones. ¿Está bien, Spock?

—Perfectamente, capitán. Sugiero que no intentemos movernos con este viento. Éste parece ser un lugar llano y razonablemente protegido. Hay un saliente a nuestra derecha… si pudiéramos llegar a su abrigo…

Los tres dieron unos pasos torpes hacia la derecha y el viento se calmó un poco. Lucharon por montar la pequeña tienda térmica que habían traído.

Dentro de la luz y el calor relativos de la tienda se relajaron y se miraron. El sentido del humor de McCoy se reafirmó cuando observó a sus amigos. Parecían grandes insectos, pensó, con sus protectores oculares laminados y los brillantes aisladores escamosos que cubrían sus bocas y narices.

—Esto es Carnaval. —Rió el médico mientras se quitaba su protector facial. Movió un dedo acusador hacia el vulcaniano, que apartaba la nieve de su pelo—. Le diré una cosa, Spock. Tiene gran talento para elegir los lugares adecuados donde pasar nuestro primer permiso en bastante más de un año.

McCoy hizo un ademán con la cabeza hacia Kirk, que sonreía, y prosiguió:

—Un hermoso y cálido sol, esplendorosos paisajes. Las mujeres son incitantes, los nativos amistosos…

El oficial médico se interrumpió bruscamente por algo que rugió en el exterior. Algo muy grande, a juzgar por el ruido.

Quedaron en silencio y el rugido se repitió, para apagarse en un lamento balbuceante; luego sólo se oyó el viento y el latigazo de la nieve contra la tienda. McCoy tragó saliva.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó quedamente.

—Probablemente un *Sithar*, Bones —le informó Kirk, cumplidor—. Un predador muy grande. Parece que se trata de un cruce entre buey almizclero y león. Había uno pintado en la pared de la cueva ¿recuerda? Los científicos calculan que debe de tener el tamaño de un búfalo terrestre.

—¿Carnívoro? —preguntó McCoy con el mismo tono quedo. Spock levantó una ceja y miró a Kirk, que sonrió aún más ampliamente.

—Claro —respondió Kirk—. Su comida favorita son los cirujanos jefe que no tienen el sentido común de escuchar a sus oficiales.

McCoy le atravesó con la mirada y luego sonrió sumisamente.

—Supongo que les agüé un poco la fiesta. ¡Pero, diablos, me podrían necesitar! —se detuvo y añadió—: Bueno ¿qué hacemos el resto de la noche? ¿Quedarnos sentados a escuchar cómo esa cosa aúlla pidiendo su cena? O… —buscó en los bolsillos de su traje— podríamos jugar una pequeña partida amistosa. He traído mis cartas…

Kirk le empujó con su bota.

—Prefiero que me coma el *Sithar* antes que volver a perder la camisa con usted. Me voy a dormir.

El doctor se dirigió al vulcaniano.

—¿Qué me dice, Spock? ¿Dados locos?

Las comisuras de su boca se torcieron un poco cuando el primer oficial negó con la cabeza.

—Yo también estoy fatigado, doctor. Quizás el *Sithar* quiera jugar con usted… si se lo pide de buenas maneras.

McCoy yacía en la oscuridad, escuchando al viento por encima de los ronquidos de Kirk. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera dormirse.

5

Cuando Kirk se despertó por la mañana, Spock se había ido. Se puso el traje térmico apresuradamente y dejó que el médico siguiera durmiendo tranquilo. Abrió la tienda y vio a su primer oficial que escrutaba el paisaje a unos metros de distancia; se le acercó.

La tormenta había cesado y la atmósfera estaba fría y limpia. Beta Niobe se alzaba en el horizonte, hinchada y ensangrentada en un cielo color espliego pálido, y teñía de púrpura oscuro la superficie inferior de las últimas nubes tormentosas. Habían acampado en una cavidad resguardada, a los pies de un escarpado acantilado que se alzaba a su derecha hasta tapar la vista del cielo. Ante ellos se extendía un amplio valle en forma de herradura, flanqueado por multitud de peñascos. El suelo estaba cubierto de una capa musgosa de color aguamarina pálido y salpicado de manchas de nieve. El valle contenía numerosos lagos, pequeños y estrechos, cuya superficie de zafiro se erizaba bajo el viento. Allá a lo lejos, en el límite de su vista, Kirk discernía una manada de animales. Se había dado cuenta de la presencia de McCoy y se giró al sonido de la exclamación de sorpresa del doctor.

Detrás suyo y ligeramente a la izquierda, quedaba suspendida la amenaza de una helada avalancha. Podría estar a unos doscientos cincuenta metros de donde se encontraba Kirk; una pared de hielo turquesa tachonada de rocas. El glaciar medía al menos trescientos metros de altura y Kirk estiró el cuello para ver la cima.

—Maldita sea —comentó McCoy fuera de tono— ¿había visto algo así antes, Jim?

—Solía esquiar sobre una cosa de éstas, en Colorado, aunque nunca había visto uno tan grande en las Rocosas. Me pregunto cuál será su tamaño; ¿hasta dónde llega?

Spock levantó la vista de su tricorder.

—El glaciar sólo es parte de una capa de hielo más extensa que se prolonga hacia el norte, más allá del alcance de mi tricorder.

—Supongo que el viento baja rodando por la capa de hielo. ¿Cuál es la temperatura?

Kirk se quitó el guante y probó el aire.

—La temperatura actual es de -10° centígrados, pero el viento gélido hace que parezca más fría. Es probable que, al mediodía, la temperatura supere los cero grados —respondió Spock.

—En realidad no hace tanto frío como hubiese pensado para una glaciación —comentó McCoy —. No está tan mal como la última vez que estuvimos aquí, ni muchísimo menos.

—Tenemos suerte de haber llegado esta vez a finales de primavera en vez de en invierno, doctor —dijo Spock.

—¿Esto es primavera? —McCoy se sorprendió.

—Creo que Dante escribió sobre este lugar —musitó Kirk—. Saber que ese condenado sol va a estallar me da escalofríos. ¿Ven las típicas características de la corona? Parece como si pudiera explotar en cualquier momento.

—Sabemos que Beta Niobe no se hará nova hasta dentro de 5000 años, capitán. Es ilógico especular con lo imposible. Sugiero que iniciemos la búsqueda y que nos mantengamos en contacto por medio de los comunicadores.

Spock volvió a explorar el área con su tricorder, se le veía impaciente.

—¿Alguna lectura de vida, Spock? —quiso saber McCoy.

—Varias, doctor, pero creo que pertenecen a ciertos animales superiores. Mi recepción, sin embargo, se ve limitada por las cordilleras.

—Debemos estar muy por encima del nivel del mar —dijo Kirk—. El aire es poco denso.

—Correcto, capitán. Nos encontramos aproximadamente a dos mil metros sobre el nivel del mar y esta atmósfera está más enrarecida de lo que sería normal en la Tierra. La gravedad corresponde a 1,43 veces la terrestre. Usted y el doctor McCoy deberían tener cuidado hasta aclimatarse.

—¿Tiene tri-ox en el botiquín, Bones? —preguntó Kirk.

McCoy sonrió.

—¿Quiere decir que no le importaría si le pusiera otra de esas inyecciones?

Spock se agitó con impaciencia.

—Sugiero que nos pongamos en marcha. Recuerden que no deben quitarse los protectores faciales.

—¿Por qué? No hace tanto frío, excepto por el viento —dijo Kirk.

El vulcaniano hizo un gesto con el tricorder.

—Mis datos indican que este área, con una ecología típica de tundra, bulle con insectos similares a los mosquitos terrestres. Mantengámonos en los bordes del valle; recuerden que la cueva estaba situada a lo largo de una especie de cordillera. Podría encontrarse en uno de esos acantilados. También hay que buscar depósitos minerales que pudieran indicar la presencia de fuentes termales. Una de ellas calentaba la cueva.

—Spock ¿no recuerda nada de la última vez que estuvo aquí? ¿Marcas en el suelo, quizás? Podríamos pasar semanas tratando de descubrir si el Guardián nos transportó al lugar y el tiempo adecuados.

Kirk escudriñó el duro paraje con desconcierto.

—Capitán, estábamos en medio de una ventisca, sin trajes protectores ni máscaras faciales. El doctor McCoy se moría de frío y yo trataba de llevarle en brazos. Era imposible memorizar marcas en el suelo.

Spock estaba bastante exasperado.

—Supongo que es pedir demasiado. Sólo podemos esperar que el Guardián no haya cometido ningún error. Bones, usted vaya por la izquierda, Spock, usted puede ir por la derecha y yo seguiré por el medio. No nos perdamos de vista, si es posible. Vámonos.

Cuando Beta Niobe salpicó los parches de nieve de carmesí, los tres hombres volvieron a encontrarse en el punto de partida. Kirk y McCoy, demasiado cansados para hablar, tragaron sus raciones apresuradamente y se metieron en sus sacos de dormir antes de que salieran las estrellas. Spock, más acostumbrado a la mayor gravedad, se sentó solo fuera de la tienda hasta que el frío le obligó a entrar. Ninguno de ellos había visto nada que siquiera sugiriera la presencia de vida inteligente; sólo la desolada monotonía de la tundra.

Pasaron dos días que repitieron las pautas del primero. Exploración del valle y de la cara del glaciar, reencuentro en el punto preestablecido para cenar y, luego, dormir agotados. Spock era el único a quien no afectaban ni la altitud ni los rigores físicos de la búsqueda. Otra cosa era la tensión mental. El primer oficial parecía abatido y ojeroso, y McCoy sospechaba que no dormía bien, suposición que se confirmó en su tercera noche en Sarpeidón.

El doctor se despertó aturdido con el eco de un lejano combate y oyó al vulcaniano dictar en voz baja a su tricorder.

—… las muestras de suelo indican que la capa glaciar es extensa, y el suelo de la tundra presenta la típica configuración hexagonal de «tierra marcada». Geológicamente…

McCoy se incorporó en un codo.

—Spock ¿qué demonios está haciendo? ¿Qué hora es?

—Son las cero una treinta y cinco punto cero dos hora local, doctor McCoy.

—¿Por qué no duerme?

—Como sabe, los vulcanianos podemos pasar largos períodos de tiempo sin dormir. Estoy tomando apuntes a partir de los registros de mi tricorder para un artículo de investigación que se llamará «Condiciones geológicas y ecológicas…».

—Spock ¿qué demonios está haciendo? —interrumpió Kirk.

—Lamento haberle molestado, capitán. Estaba dictando notas para un artículo de investigación.

—¿No puede dormir? —Kirk parecía preocupado—. Bones le podría dar algo.

En la oscuridad, McCoy tendió la mano hacia su botiquín pero le detuvo la voz de Spock.

—No es necesario, doctor. Yo mismo puedo inducir el sueño si es preciso. No me hacen falta sus pócimas.

La voz del oficial médico sonó malhumorada.

—Bien; indúzcaselo entonces y descansemos todos de una vez. —Encendió la luz y escrutó críticamente al primer oficial—. Mírese. «Los vulcanianos no necesitan dormir»; y una porra. Está a punto de desmoronarse. —Su expresión se tornó consternada—. No ayuda al niño quedándose despierto y preocupándose por él.

Desde que habían abandonado la *Enterprise*, nadie había hecho referencia alguna al objeto de su búsqueda y era obvio que la brusquedad del médico resultaba dolorosa para Spock.

—A usted le es fácil llegar a esta conclusión, doctor, ya que la razón de esta misión no es responsabilidad suya sino mía. Las recriminaciones no son lógicas pero son…

—Innecesarias —interpuso Kirk—. Su situación apenas es singular, señor Spock. Al fin y al cabo, esto mismo les viene sucediendo a hombres y mujeres desde que empezamos a visitar otros planetas. Hasta yo…

El capitán calló y sus dos oficiales intercambiaron una mirada de soslayo.

—¿Qué significa esto? —exigió saber.

—Nada, Jim —dijo McCoy con tono de deliberada inocencia—. Nada en absoluto. Creo que deberíamos descansar un poco más.

Fue a la tarde siguiente cuando McCoy descubrió la fuente termal. Lanzó un grito por su comunicador que hizo a los otros dos acudir corriendo. Le encontraron acuclillado ante una depresión en las rocas. De ella salía vapor y la roca en sí estaba incrustada con depósitos minerales de vivos rojos, azules, verdes y amarillos. Spock volvió a registrar el área pero no encontró señales de vida a su alcance. Comenzaron a seguir el curso del río subterráneo por sus vericuetos a lo largo de la base de los acantilados.

Su agitación por haber localizado la fuente termal les mantuvo activos hasta el crepúsculo, cuando decidieron acampar, y fue gradualmente siendo sustituida por la depresión. Los tres sabían que si no localizaban señales concretas de vida a lo largo de los dos días siguientes, se verían obligados a regresar al Guardián y probar suerte de nuevo. Después de cenar, Kirk y McCoy jugaron a la solitaria un rato pero la partida languideció pronto. Al final, los tres se quedaron sentados escuchando al viento.

McCoy se estremeció.

—¿Ha conectado el distorsionador esta noche, Spock?

—Sí, doctor. Lo hago cada noche. ¿Por qué?

—Nada… Tengo la sensación de que algo nos está espiando. Este lugar le pone nervioso a cualquiera.

El doctor se calló bruscamente y luego barajó las cartas con un golpe que les hizo saltar a todos.

Kirk asintió.

—Sé lo que quiere decir, Bones. Yo siento lo mismo. Es nuestra imaginación exacerbada… el viento basta para crispar a cualquiera. Tiene suerte de que los vulcanianos sean inmunes a ello, Spock.

El primer oficial parecía pensativo.

—Puede que sea resultado de la fatiga, capitán, porque la misma impresión me embarga a mí: que algo nos está espiando. Empezó hace varias horas…

Kirk y McCoy asintieron su acuerdo, sorprendidos. Spock alzó una ceja.

—Ya que todos compartimos la misma impresión, y empezó al mismo tiempo, es posible que estemos verdaderamente bajo observación. Quizá se trate de un predador que nos acecha.

—Probablemente tenga razón, Spock —dijo el capitán—. Tenemos suerte de no habernos topado con vida animal hasta ahora. Mañana permaneceremos juntos. Asegúrense de que sus pistolas fásicas estén bien cargadas.

La mañana siguiente amaneció tan luminosa y etérea como las tres anteriores.

—De todas maneras, hemos sido afortunados con el tiempo —comentó Kirk mientras se abrían camino a lo largo del lecho rocoso del río, contrapartida helada de la corriente que fluía bullente bajo las rocas.

—Hemos sido afortunados en prácticamente todo menos en encontrar el objeto de nuestra búsqueda, Jim. —McCoy elevó una ceja sarcástica—. Yo cambiaría el buen tiempo y la falta de predadores por un avistamiento de…

Spock se detuvo tan inesperadamente que el médico chocó contra él.

—Mi tricorder recibe algo.

La voz del vulcaniano, normalmente tan impasible, delató su excitación.

McCoy entornó los ojos y escrutó la cordillera enfrente suyo. Con una exclamación inarticulada, apartó a Spock de su camino de un empujón y se dirigió sin vacilar hacia un punto de la pared rocosa. Recorriendo la superficie helada con las manos, giró la cabeza para hablar con los otros.

—¡Creo que es aquí donde vinimos a través del *atavachron*!

El vulcaniano le alcanzó con unos pocos pasos veloces.

—Correcto, doctor. Esto significa que la cueva es…

Spock se detuvo, consciente de un terror irracional. «No quería buscar la cueva». Sacudió la cabeza confundido, con la mente llena de… «miedo… odio… ira…». Aspiró aire trabajosamente, vaciló, llevó ambas manos a la cabeza, desentendido de sus compañeros; sólo sentía aquellas emociones hostiles. ¡Hostiles! Se generaban fuera de su propia mente… una invasión. Con las rodillas trémulas bajo el ataque, se controló y empezó a resistirse.

¡Fuerza! Era fuerte pero… «la mente vence… mi mente vence… ¡La mía!». El contacto se deshizo y se encontró libre, con las manos entre las de Kirk y McCoy. Su vista se aclaró lentamente y vio una oscura abertura a cierta distancia entre las rocas. La reconoció. Mientras miraba, una figura salió disparada de detrás de una piedra y corrió hacia la cueva.

De alguna manera había podido desasirse de Kirk y McCoy y él también echó a correr, más rápido que nunca. Pudo oír cómo los otros dos se lanzaban tras él. Spock casi había llegado a la abertura de la cueva cuando una piedra le dio en el hombro. Dio un traspiés, casi cayó; poco después, Kirk y McCoy estaban a su lado y los tres se quedaron mirando al ser agazapado contra la pared rocosa.

Era un humanoide pero tan envuelto en pieles que no se podía decir más de él. Spock dio un paso adelante y un gruñido resonó en el hueco de la capucha. El sonido no era humano.

«Es Zarabeth —pensó McCoy—. Demasiado alta para ser un chico. La soledad la ha enloquecido». Dio un paso por delante del vulcaniano y abrió la boca para decir algo reconfortante, cuando la figura andrajosa se movió con la velocidad de la desesperación, y una piedra de buen tamaño vino a darle entre las cejas. McCoy cayó sin aliento. Kirk saltó adelante, vio el destello de un cuchillo, avanzó el pie y pudo oír cómo el arma se estrellaba contra la pared. Unas manos le agarraron del cuello. El capitán se apartó hacia atrás, levantó una rodilla como una centella, sintió cómo su asaltante se retorcía para evitar el golpe, y los dedos férreos se relajaron. Hundió los pulgares en los puntos de presión de las muñecas y, cuando éstas se desprendieron, logró liberarse; el aire le arañaba la garganta. Dio un golpe a ciegas en un esfuerzo por alejarse completamente, sintió los dientes que se hundían en su muñeca y la criatura se desplomó inerme sobre su cuerpo.

Spock quitó la mano del punto de unión entre el cuello y el hombro y el capitán logró levantarse, frotándose el cuello.

—¿Bones está bien? —advirtió a McCoy que venía tambaleándose hacia ellos con el tricorder

médico listo. Se apartaron mientras el médico recorría el montón de pieles con su escáner; les miró.

—Humanoide… vulcaniano… y algo más. Ayudadme a darle la vuelta.

La capucha cayó hacia atrás y reveló un rostro barbudo con largo cabello negro atado en la nuca. Era el rostro de la pintura rupestre aunque algo mayor, el de un hombre de unos veinticinco años. McCoy se incorporó en sus talones y se quedó mirándolo.

—Parece que ha habido un ligero error de cálculo… Pero mejor tarde que nunca, supongo. —Miró a Spock y luego a su paciente inconsciente—. Las características raciales son inconfundibles ¿no les parece?

6

Kirk no podía ver la cara de Spock pero el vulcaniano parecía confuso, vacilante.

—Quizá debamos trasladar… le… a la cueva. Allí hará calor…

El capitán esperó un momento, pero el otro no se movió, así que hizo un gesto a McCoy y los dos llevaron el cuerpo inerte a la cueva. Kirk reconoció su interior por las fotografías, pero su atención estaba centrada sobre todo en Spock, quien los seguía a cierta distancia. Tan pronto como hubieron dejado su carga sobre una pila de pieles, dejó al médico y se giró hacia su primer oficial.

Él se había quitado el protector facial pero sus facciones seguían siendo las de una máscara, la piel tensa sobre los huesos, los ojos inexpresivos, velados. «Está conmocionado —pensó Kirk muy preocupado—, y no es de sorprender. Encontrar un adulto cuando esperábamos un niño… el solo hecho de encontrar a alguien… ¿Cómo me sentiría yo? ¿Cómo reaccionaría? De la misma manera, probablemente…» Puso una mano vacilante sobre el brazo de su amigo. Spock no dio señales de reconocer el gesto pero hubo cierta relajación de la tensión muscular bajo los dedos de Kirk.

El capitán se quitó el protector facial, empujó su capucha hacia atrás y volvió junto a McCoy y su paciente. El joven llevaba una túnica de cuero bajo las pieles y McCoy había desatado los cordones y descubierto el pecho. Los huesos y las costillas destacaban claramente bajo una capa superficial de mugre y vello negro. El doctor puso varias inyecciones en el hombro de su paciente y alzó la vista hacia Kirk.

—Debería recobrar el conocimiento en cualquier momento. Su forma es sorprendentemente buena para alguien que lleva años viviendo al borde de la inanición. Es increíble que haya podido sobrevivir. Me pregunto dónde está Zarabeth.

—No he visto otro lecho —dijo Kirk mirando inquisitivo en torno suyo—. ¿Le ha dado algo para calmarle? —El capitán se frotó su cuello entumecido mientras McCoy le quitaba la sangre de la muñeca con un algodón—. No me gustaría tener que reducirle de nuevo. —Miró a Spock, que les daba la espalda desde el otro extremo de la cueva, y bajó la voz—. Además de las orejas, ha heredado parte de la fuerza de su padre.

—No creo que quiera luchar cuando vea nuestras caras —dijo McCoy mientras manejaba, pensativo, su escáner médico—. Me parece que le asustaron nuestros protectores faciales. Dios sabe que, si no se sabe lo que son, uno los puede confundir con nuestras facciones. —Giró la cabeza y se dirigió al vulcaniano—. Debería haber vuelto en sí ya, Spock. ¿Ha hecho algo que explique este prolongado estado de inconciencia?

El primer oficial se acercó y negó con la cabeza. Se quedó de pie, algo alejado de ellos, y miró al hombre joven.

—Claro que le puede haber afectado la lucha; está desnutrido. También Jim le dio un par de buenos golpes… —McCoy contempló la pétrea expresión del vulcaniano y prosiguió por lo bajo —: De hecho, debería estar agradecido de que esté vivo y en edad de cuidar de sí mismo… Si no recuerdo mal, sus relaciones con los niños no son muy distendidas. —Volvió a pasar el escáner y asintió con la cabeza—. Ya vuelve en sí.

La figura se movió y gimió bajo las pieles. Sus ojos se abrieron. Eran grises y dilatados de

miedo, pero empezaron a calmarse en cuanto vieron los amistosos ojos azules y el cabello negro de McCoy y las facciones regulares y sonrientes de Kirk. Se desplazaron hacia arriba, vieron a Spock, cuyas facciones quedaban ocultas bajo la capucha de su traje térmico, y regresaron a los dos hombres que tenía delante.

El joven se incorporó con dificultad, frotándose el cuello. Ahora sus ojos estaban llenos de preguntas.

El capitán echó una mirada a su primer oficial, aún callado y apartado, y asumió sus mejores modales de diplomático en visita.

—Lamento no haber tenido un mejor comienzo. Deberíamos haber recordado la impresión que pueden causar nuestras máscaras a alguien que no las ha visto antes. Debes de ser el hijo de Zarabeth.

El joven asintió, obviamente sorprendido, y dijo entrecortadamente, con el tono de quien sólo habla consigo mismo desde hace mucho tiempo:

—Sí… soy el hijo de Zarabeth. Soy Zar. —Se precipitó—: ¿Quiénes son? ¿Me estaban buscando a mí? ¿De dónde han venido?

Tenía una voz agradable, no tan profunda como la de Spock, y hablaba con precisión.

—Soy el capitán Kirk de la nave espacial *Enterprise*. Mi oficial médico jefe, doctor Leonard McCoy. —El capitán señaló al doctor, quien sonrió. Los ojos grises recorrieron la cueva y se fijaron en el vulcaniano; Kirk dudó—. Y mi primer oficial, el señor Spock.

Sin apartar la vista de Spock, Zar se puso lentamente de pie mientras McCoy extendía la mano para sostenerle. La voz del médico era amable:

—¿Dónde está Zarabeth?

Con la mirada siempre fija en Spock, el joven contestó distraídamente aunque no sin dolor:

—Está… muerta. Se mató hace siete veranos; cayó en una grieta en el hielo.

Despacio, como si Kirk y McCoy ya no estuvieran allí, pasó entre ellos y se detuvo ante el vulcaniano.

Sus ojos estaban a un mismo nivel y Zar dijo quedamente:

—Spock… primer oficial de la *Enterprise*… mi padre.

Un enunciado categórico que quedó suspendido en el silencio.

Spock inhaló profundamente:

—Sí.

Fue asombroso observar la sonrisa que invadió las facciones inexpresivas del joven, una manifestación de tan genuina calidez y felicidad que los humanos se encontraron sonriendo también. Los puños cerrados de Zar se relajaron y, por un momento, Kirk temió que pudiera querer abrazar al vulcaniano, pero algo en aquella figura distante con las manos entrelazadas en la espalda pareció disuadirle.

—Estoy contento de que haya venido, señor —dijo simplemente.

Era la frase más sincera que Kirk había oído jamás. La increíble sonrisa perduraba en el semblante barbudo que se giró hacia los humanos.

—También estoy contento de que estén aquí ustedes. ¿Han venido todos para encontrarme?

—Sí, llevamos cuatro días buscándote —dijo Kirk.

—¿Cómo han llegado? Mi madre me habló muchas veces de los dos hombres que vinieron del futuro, pero dijo que el mundo iba a hacer explosión. También el *atavachron* debe de haber sido destruido.

—Empleamos otro método para localizarte. Un portal del tiempo llamado Guardián de la Eternidad. Tienes razón con respecto a la destrucción. Este planeta ya no existe en nuestro presente —explicó el capitán.

El joven asintió; apartó unos largos cabellos de sus ojos y apretó la tira de cuero atada en la nuca. Volvió a cubrirse el pecho con la túnica y empezó a atarla.

—Les seguía —dijo sin mirarles—. No sabía quiénes eran, ni siquiera lo sospechaba. Pensaba que eran alienígenas de otro tiempo, de otro mundo… Ni tan sólo me di cuenta de que eran personas. Y me atraparon cuando intenté alejarles.

McCoy sonrió, cansado:

—Eso sí que fue un error. Menudo luchador que estás hecho, hijo. ¿Llevabas mucho tiempo observándonos?

—Desde ayer por la noche. Estaba cazando al otro lado de la montaña y les vi al anochecer. Traté de atacar su campamento ayer noche pero tuve un dolor de cabeza y no pude acercarme.

—El distorsionador sonoro —dijo Kirk—. ¡Esto explica por qué todos teníamos la sensación de ser observados! Temía que este planeta tuyo nos afectara mentalmente.

Zar asintió pensativo; luego recordó cortesías largamente olvidadas.

—¿Tienen sed? Puedo traerles agua. O, si tienen hambre, hay carne salada en la cámara contigua. Y afuera tengo mi presa, recién muerta.

—Gracias, pero llevamos nuestras raciones con nosotros.

Kirk se sentó al suelo, abrió su mochila y sacó cuatro paquetes. Zar se sentó con las piernas cruzadas, abrió su paquete y lo olisqueó con cautela. Obviamente convencido, devoró el barquillo sin demora. «Una auténtica paradoja —pensó el capitán mientras le observaba lamer las migas del paquete—. Habla como el hijo bien educado de una familia moderna pero su aspecto y sus actos son los de un primitivo». Sacó otro barquillo de la mochila y lo ofreció al joven, quien trataba de no mirarlo con ansiedad.

—Tenemos muchos, Zar. Adelante.

Cuando McCoy le tendió el tercer barquillo, Zar vaciló antes de tomarlo. Buscaba en su memoria.

—Gracias.

El último concentrado bajó lenta pero inexorablemente. El cazador se lamió los dedos con aplicación y eficacia para limpiarlos y suspiró, contento.

—¡Qué bueno! Como las cosas que comíamos con mi madre cuando era pequeño.

—¿Qué edad tienes? —preguntó McCoy.

—Tengo veinticinco veranos. Pronto tendré veintiséis.

—Entonces ¿has estado aquí solo desde que tenías diecinueve? —preguntó Kirk.

—Sí.

El capitán movió la cabeza.

—Siete años son muchos años para estar solo.

Los ojos grises no flaquearon.

—No pensaba mucho en ello. No tiene sentido perder tiempo y energías en una situación que no tiene remedio.

McCoy parpadeó.

—Suenas como alguien que conozco —musitó.

Kirk miró hacia la entrada de la cueva, donde se alargaban las sombras.

—Se está haciendo tarde. Tendremos que partir pronto.

—¿Cómo van a regresar? Aquí no hay Guardián.

—No sabemos exactamente cómo funciona —dijo Kirk, pero parece que el Guardián intuye la conclusión de una misión. Cuando estemos todos preparados daremos un paso juntos y… ya está. Estaremos de vuelta a nuestro propio tiempo.

—Ojalá pudiera conocer su tiempo. Por las noches miro las estrellas y pienso en lo mucho que me gustaría verlas… visitarlas. —Zar miró a Spock tímidamente—. Creo que lo llevo en la sangre… este deseo.

«Es evidente que no se le ha ocurrido la posibilidad de volver con nosotros», pensó McCoy, y esperó que el vulcaniano aclarara el malentendido. Al ver que Spock no hablaba, el doctor dijo:

—Cuando marchemos, hijo, vendrás con nosotros. Ésta fue la única razón por la que vinimos aquí.

Los ojos grises se abrieron con sorpresa, luego reapareció la sonrisa y el joven se giró a Spock:

—¿Me lleva con usted? ¿A la nave espacial y las maravillas que me contaba mi madre?

El primer oficial asintió en silencio.

—¿Y hay siempre mucha comida?

Sorprendido por un momento, el capitán se dio cuenta de que los alimentos debían ser realmente una de las cosas más importantes en el mundo para quien tiene que luchar para cada comida. Se apresuró a reconfortarle.

—Sí, siempre hay mucha comida; demasiada, a veces —añadió con una mirada socarrona hacia McCoy.

Con los ojos siempre en Spock, Zar se calmó.

—Vino aquí, me buscó aunque no me conociera… estoy agradecido… Padre…

El vulcaniano no se movió, pero Kirk tuvo la clara impresión de que había hecho una mueca de dolor. Spock miraba hacia otro lado con expresión distante.

—No vine antes porque no conocía tu… existencia. Era una cuestión de deber y lealtad familiar.

—¿Cómo descubrió que yo… había nacido?

—Vi la fotografía que hizo un arqueólogo de tus pinturas en la pared de la cueva. No había otra explicación lógica de los rasgos raciales.

El vulcaniano se quitó la capucha con un gesto distraído.

El joven estudió las facciones de Spock en aquella luz tenue. Al cabo de un rato, musitó:

—A veces me miraba en el espejito de mi madre, pero era pequeño. Así que, cuando tuve quince veranos, pinté mi cara de la pared de la cueva junto con mis pinturas de caza. Después de su muerte, a veces hablaba con la cara en la pared. Ahora es como mirar la pared otra vez… Padre…

—Preferiría que me llamaras por mi nombre —dijo Spock secamente—. Encuentro que la apelación «padre» no es apropiada en boca de un extraño.

Los ojos grises parecieron momentáneamente confundidos, luego la animación desapareció de las facciones de Zar, que se convirtieron en espejo de la expresión pétrea del vulcaniano.

—Como desee, señor.

Se puso de pie, cogió su abrigo de pieles y salió de la cueva.

McCoy espetó un juramento y atravesó al vulcaniano con la mirada; luego el doctor salió tras el joven. Kirk se sintió desconcertado. Sabía que cualquier comentario suyo sería interpretado como interferencia.

—Voy a dar prisa a Bones —dijo finalmente, y se dirigió a la entrada de la cueva.

El capitán encontró a Zar arrodillado al lado del cuerpo de un gran animal astado, al que evidentemente había arrastrado sobre el hielo con la ayuda de un arnés de cuero. Kirk se quedó junto al médico y los dos observaron al joven coger un cuchillo afilado y empezar a despellejar con eficiencia el cadáver ya destripado.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó Kirk, que se había fijado en la falta de armas excepto por aquel cuchillo.

—Con esto. —Zar señaló con la cabeza tres piedras redondas atadas con cuerdas torcidas—. Las hizo mi madre; encontró la idea en uno de los pocos libros que teníamos.

—Unas boleadoras. —Kirk cogió el arma, la sostuvo y la blandió sopesándola—. Debe hacer falta mucha práctica para cazar una presa con esto. ¿Es así como conseguías siempre la carne?

—No, a veces uso cepos, o trampas de piedra y cebos.

—¿Por qué no un arco y una flecha? —quiso saber McCoy.

El cazador se sentó en sus talones y gesticuló hacia el valle con una mano ensangrentada.

—Se necesita madera y no hay árboles en cinco días de camino, que es lo más lejos que he llegado a explorar. —Resumió su tarea.

—Tenemos que irnos pronto y me temo que no podrás llevar la carne contigo —dijo Kirk mirando a McCoy.

Zar se detuvo; se levantó lentamente.

—No pensé… tiene razón, capitán. —Limpió el cuchillo en el costado del animal y lo puso meticulosamente en su funda—. Aunque dejarla parece un desperdicio.

En silencio, los tres empezaron a recoger los artículos de acampada esparcidos delante de la cueva.

Dentro, Spock, solo, miraba las pinturas. Los colores eran más vivos que en las fotografías. Se sentía confuso e irritado; irritado consigo mismo. La situación era inquietante, muy desconcertante. Era demasiado joven para tener un hijo de «veinticinco veranos». El vulcaniano recorrió la estancia rocosa con la mirada y vio varias piernas de animal colgadas en un rincón. Se

le encogió el estómago y pensó que su reacción era ilógica. Claro que Zar comía carne; los suministros de Zarabeth debían de haberse agotado.

Su mirada cayó en el lecho cubierto de pieles. Tuvo un repentino y vívido recuerdo de ella… su boca en la suya… su piel, cálida y suave… los pequeños gritos que emitía cuando él… Spock sacudió la cabeza con violencia para apartar las imágenes de un incidente que había querido negar desde que sucedió.

«Pero sucedió… es ilógico negarlo. La prueba está delante mismo de esta cueva». Spock se dio cuenta de que en la cueva hacía un calor asfixiante, que estaba sudando.

Unas voces irrumpieron en sus pensamientos y giró para enfrentarse a los demás.

—Estamos listos para partir —dijo Kirk y se dirigió a Zar—. ¿Hay algo que quieras llevar contigo?

El joven recorrió lentamente la cueva con la mirada.

—Sólo mis libros y mis armas. Los voy a traer.

Volvió al cabo de unos minutos con un fardo envuelto en pieles.

—¿Listo? —preguntó Kirk. Zar volvió a mirar a su alrededor y vaciló.

—¿Qué pasa, hijo? —La voz de McCoy era amable. Se imaginaba cómo debía ser abandonar el único hogar que uno conoce para adentrarse en un futuro desconocido, con un ser calculador de orejas puntiagudas que te llama «extraño».

—Es que no me gusta la idea de dejarla… sola.

Kirk frunció el ceño.

—¿A ella? ¿Quieres decir tu madre? Creí que dijiste que se cayó en una grieta.

—Sí. Bajé tan pronto como pude pero… lo único que pude hacer fue recuperar su… cuerpo. El suelo es demasiado duro y no hay leña para hacer fuego… La coloqué en una cavidad bajo la capa de hielo.

Kirk pensó por un momento.

—¿Quemarías el cuerpo si pudieras? —preguntó finalmente.

El joven no le miró pero asintió en silencio.

—Bueno, tenemos nuestras pistolas fásicas, podemos hacerlo. ¿Dónde está?

—Les llevaré.

De la parte posterior de la cueva salía un pasadizo serpenteante. Tras los primeros pasos la oscuridad era total, pero su guía les llevó con la facilidad de quien ha hecho el recorrido a menudo. Kirk podía sentir a McCoy a sus espaldas; casi le pisaba los talones y no le podía culpar. «Perderse en este laberinto…» A gran distancia tras de sí, podía percibir el eco de otras pisadas.

Delante suyo apareció un pálido resplandor azul verdoso y sus ojos, hambrientos de luz, lo acogieron con avidez. La luz se hizo más fuerte y, finalmente, salieron del pasadizo para encontrarse en un área débilmente iluminada por un reflejo acuoso. Kirk oyó a McCoy aspirar aire.

Era una amplia caverna con paredes de roca irregular. En el centro de la sala se filtraban los rayos rosáceos de un trocito de cielo en lo alto, teñido por la luz crepuscular de Beta Niobe. El resto de la caverna se encontraba a la sombra espesa del hielo circundante; el capitán apenas podía

distinguir el débil resplandor del hielo que cubría el suelo y las paredes. El espacio estaba sumido en una terrible gelidez de muerte. Una pequeña plataforma erigida en el centro atrajo la mirada de Kirk.

Ella yacía sobre una ancha manta de piel; otra manta le cubría. Sus manos estaban cruzadas sobre el pecho y tenía los ojos cerrados. En la pálida luz, las facciones heladas reflejaban un brillo similar al de la vida.

—Así es exactamente como la recuerdo.

La voz de McCoy vino con suavidad desde su lado. Kirk se estremeció, afectado por el hechizo del rostro inmóvil.

—Parece que se la pudiera despertar, si sólo…

El murmullo del capitán se apagó. Hubo un movimiento a sus espaldas y supo que allí estaba Spock, en la boca del túnel. Resistió el impulso de girar y mirar al vulcaniano.

Zar avanzó unos pasos y se entretuvo largo rato junto a la plataforma; su pelo suelto ocultaba sus facciones mientras miraba el cuerpo de Zarabeth. Entonces sus dedos mugrientos tocaron suavemente la gélida mejilla. Se retiró y quedó esperando.

Kirk sacó su pistola fásica pero titubeó. Parecía inhumano desintegrar el cuerpo sin decir palabra. Tocó el brazo de McCoy y los dos se acercaron hasta poder mirar su rostro. El capitán se aclaró la garganta.

—Encomiendo este cuerpo físico a cualquier Ser, Creencia o Ideal que la persona pudo adorar en vida. —Se detuvo—. Estoy seguro de que hace mucho su espíritu fue bien recibido. —Con un gran escozor en los ojos, terminó quedamente—. Ojalá la hubiese conocido.

McCoy se movió.

—Era una mujer muy valiente y hermosa.

Hubo un largo silencio. Kirk había quitado el seguro y estaba a punto de disparar su pistola fásica cuando la voz de Spock surgió de las tinieblas:

—Era toda la calidez del mundo.

El vulcaniano avanzó con la pistola fásica en la mano. Kirk y McCoy retrocedieron, y aquél disparó con un suspiro. El cuerpo y la plataforma relucieron en un glorioso estallido incandescente. Por un momento, un fuego blanco marcó el contorno de Zarabeth; luego la cueva quedó vacía, salvo por los vivos.

Spock dejó caer su brazo y se quedó inmóvil mientras los otros pasaron delante suyo y se dirigieron a la boca del túnel. Kirk pensó que nunca había tenido un aspecto tan vulcaniano; hasta que vio sus ojos.

7

Zar se mantuvo erguido, con sus piernas fuertes contra el azote del viento, y contempló al Guardián y las estrellas en lo alto, brillantes, fijas y cercanas. Al verle, Kirk recordó la primera vez en que vio estrellas desconocidas —el temor, el apretón en el estómago, la alegría temblorosa— y sonrió. El joven rozó con los dedos el portal del tiempo y miró su parte central, transparente en aquel momento.

—¿Cómo funciona, capitán?

La expresión de Kirk fue de pesar.

—Es una buena pregunta que no tiene respuesta. Algunas de las mentes más lúcidas de la Federación lo han estudiado pero no se pueden poner de acuerdo. Pregúntaselo a Spock, él podría tener alguna teoría. Fue uno de los elegidos para estudiarlo.

El rostro barbudo frunció el ceño, pensativo.

—Cuando lo toqué, sentí que estaba vivo pero con una vida que nunca he conocido. —Vaciló—. Se… comunicaba… —Movió la cabeza y su expresión se acentuó—. No lo puedo explicar.

Kirk abrió mucho los ojos.

—¿Qué quiere decir que tú…? —Se calló ante el enfático movimiento de cabeza de Zar. De pronto, fueron interrumpidos por un saludo ya familiar.

—¡Epa! —Apareció la doctora Vargas—. Han vuelto antes de lo que… —Dejó de hablar en cuanto vio al cuarto miembro del equipo—. ¡Lo han conseguido! —Se giró hacia Zar y alzó la vista para mirarle—. Saludos. Me esperaba alguien más… joven.

Obviamente confuso, el joven echó una mirada a Spock, quien dio un paso adelante.

—Doctora Vargas, éste es Zar. Llegamos a un período posterior al deseado y descubrimos un adulto en vez del niño que esperábamos. Zar, te presento a la doctora Vargas, jefe de la expedición que estudia el portal del tiempo.

El joven hizo un tímido gesto de salutación. Vargas recorría sus ropas con la mirada, obviamente fascinada.

—Me gustaría hablar contigo antes de que te marches, si tienes tiempo. Es la primera vez que veo prendas de cuero que no estén podridas en una vieja tumba. Para mí, es una magnífica oportunidad de conocer a alguien que ha vivido como nuestros antepasados. ¿Empleaste tripas para coser? ¿Cómo curtiste las pieles?

Ante la aceptación desenfadada de Vargas, Zar se relajó visiblemente.

—Utilicé tripas para coser; mi madre tenía unas agujas de metal pero se rompieron y fabriqué otras, de hueso. He traído algunas cosas conmigo. ¿Le gustaría verlas?

Los tres oficiales observaron por un momento al joven y la arqueóloga que examinaban los implementos del pasado; luego Spock se disculpó y les dejó para dirigirse hacia el edificio del campamento. No había dado más que unos pasos cuando Zar le alcanzó, apresurado, y le bloqueó el camino.

—Debo hablar con usted, un momento… señor.

—¿Sí? El vulcaniano alzó una ceja inquisidora.

—He estado pensando en los poderes del Guardián. —Los ojos grises le miraban penetrantes—. Ahora que estoy aquí, en el presente, ¿no me sería posible también a mí hacer un viaje al pasado? Quizá podría… estar allí para prevenirla, cogerla antes de que se caiga. Salvarla antes de que se muera. Si me pudiera decir cómo…

Spock negó con la cabeza.

—No es posible. Lo que ahora es, es lo que debe ser. Si fueras a salvarla en el pasado, no podrías estar aquí ahora sabiendo que está muerta. El lenguaje es insuficiente para explicar estos conceptos. Te mostraré la ecuación más adelante. —Una sombra cruzó sus ojos—. Créeme, lo siento.

La decepción se apoderó por un instante de las facciones del joven, luego Zar asintió. El primer oficial miró a la dirección de la doctora Vargas, que seguía su examen del contenido del fardo de cuero.

—Doctora Vargas…

Vargas alzó la vista.

—¿Sí?

—Debo enviar un mensaje por radio subespacial. ¿Sería posible utilizar la que tienen en el campamento?

La mujer bajita y rechoncha se levantó con esfuerzo y se quitó el polvo ceniciento de las rodilleras de su mono pardo.

—Por supuesto, señor Spock. Le enseñaré dónde está. De hecho, quizá me pueda ayudar. Nuestro técnico se lesionó el mes pasado al caerse mientras exploraba las ruinas y tuvo que ser trasladado para someterse a tratamiento en la Base Estelar próxima. Aún no ha llegado su sustituto y parece que algunos de los circuitos del equipo de comunicaciones no funcionan bien. Desgraciadamente, ninguno de nosotros está capacitado para intentar repararlo.

—Los equipos de comunicación no son de mi especialidad pero veré lo que puedo hacer. —El vulcaniano se dirigió a Zar—. Ve con el capitán y el doctor McCoy. Ellos te indicarán dónde puedes lavarte y te darán ropas más apropiadas.

El joven siguió la partida del primer oficial con mirada triste antes de reunirse con los demás.

Cuando llegaron al edificio del campamento, Kirk partió en busca de un mono de trabajo y McCoy, consciente de las miradas fascinadas del joven al mobiliario, llevó a su protegido al interior de la estructura. Éste se comportaba con aplomo hasta que llegaron a la sala de repuestos y recreo. Las luces se encendieron automáticamente a su entrada. Zar dio un salto y aterrizó de cuclillas, con el cuchillo en la mano y los ojos rastreando el espacio.

McCoy le tendió la mano en un gesto reconfortante.

—Tranquilo, hijo. Las luces registran el calor de los cuerpos y se encienden cuando cruzamos el umbral.

Los ojos grises de Zar seguían abiertos de par en par.

—¿Automáticamente?

—Sí, sal conmigo un momento.

Salieron de la sala y de inmediato las luces se apagaron. El protegido de McCoy dio un paso

adelante y se le escapó una exclamación inarticulada cuando las luces volvieron a encenderse. Dedicó todo un minuto a determinar qué porción de su cuerpo era necesaria para que se produjera el fenómeno. (Parecía que una pierna era suficiente aunque un pie solo, no.)

El doctor le observaba con paciencia, divertido, y cuando el joven hubo completado su experimento le reveló el milagro del agua corriente.

La instalación de las duchas logró, finalmente, que el aprendiz mostrara rechazo.

—Pero el agua es para beber —argumentó—. ¡No puede haber tanta como para gastarla de esta forma!

—Nosotros no tenemos que fundir hielo para obtener agua, Zar. Podemos fabricar toda la que necesitemos. Hay mucha. ¿Cómo te lavabas antes?

—En un cubo; a veces. Cuando mi madre estaba viva me hacía lavarme más a menudo pero últimamente… —El hombro cubierto de cuero se encogió levemente.

—Entonces ya es hora de que te frotes bien a fondo. Te aseguro que sólo duele un poco al principio, y tendrás que acostumbrarte. ¡Comparada con las instalaciones de la *Enterprise* ésta es primitiva, y tú las usarás! —La expresión aprensiva del joven produjo un amago de sonrisa en la comisura de sus labios, y se obligó a decir en tono severo—: Ahora date prisa. El capitán volverá en cualquier momento. Recuerda, los controles del agua están aquí, el jabón aquí y el aire caliente a tu derecha. —Girándose para marchar, echó una última mirada a su reticente alumno—. Adentro. Ahora mismo —ordenó y cerró la puerta.

Los chapoteos que vinieron del otro lado de la puerta le confirmaron que sus instrucciones estaban siendo obedecidas. McCoy sonrió cuando recordó que debió haber avisado a Zar de aguantar la respiración al sumergir la cabeza.

Kirk entró con un bulto de ropa. Giró la cabeza hacia el chapoteo.

—¿Todo va bien allí dentro?

—Supongo que sí. Tenía sus dudas pero, en cuanto le dije que todos lo hacían en la nave, cedió. ¿Dónde está Spock?

—Se ha ido a enviar aquel mensaje. Creo que se trata de algún tipo de confirmación a T'Pau. Vargas me ha dicho que está arreglando los circuitos.

—Probablemente esté encantado con la excusa para mantenerse alejado. ¿Dónde está mi botiquín?

—Lo he traído. —El capitán le dio el estuche negro.

—Bien. —El médico extrajo varias ampollas para su jeringa—. Debo asegurarme de que no contraiga todos los bichos, desde el sarampión a la fiebre rigeliana. Lo más probable es que no tenga defensas naturales. Buen chaval ¿no le parece? Simpático como un cachorrito. Odio pensar en lo que van a conseguir dos semanas de deshumanización vulcaniana. ¿Se ha fijado en cómo mira a Spock? Ya ha empezado a imitarle.

—Es natural ¿no le parece? Pero yo no me preocuparía demasiado. Es bastante autosuficiente y esto le ayudará. Tiene que aprender muchas cosas y la disciplina vulcaniana quizá sea exactamente lo que necesita.

McCoy resopló.

—Lo único para lo que sirve la disciplina vulcaniana es…

—Calló ante la interrupción de los ruidos en la ducha. Kirk sonrió y se fue hacia la puerta.

—Le dejo vestirle y afeitarle. Al fin y al cabo yo soy el capitán de una nave estelar, no un ayuda de cámara.

Tan pronto Zar emergió de la ducha, libre de mugre y de ropas, el oficial médico le puso varias inyecciones.

—¿Para qué? —quiso saber, tenso por el silbido del espray inyectable.

—Para que no te contagiemos enfermedades. Venga, ésta es la última.

McCoy recorrió a su paciente con el escáner y su mirada profesional. Aunque delgado hasta el extremo de demacrado, el tono muscular del joven era bueno. «Se parece más a un caballo de carreras que a un muerto de hambre —pensó McCoy—. Hombros anchos; cuando alcance su peso ideal será más robusto que Spock. ¿Cómo diablos consiguió esas cicatrices?»

Las mellas dentadas se habían curado hacía mucho, pero eran muy visibles. Una corría a lo largo del antebrazo derecho, de la muñeca al codo. La otra partía de la superficie externa del muslo derecho y llegaba casi a la rodilla. McCoy movió la cabeza cuando pensó en el aspecto de las heridas recién hechas.

—¿Qué son estas cicatrices, hijo? —preguntó, señalando los surcos de los queloides.

—Me atacó un *vitha*. Tenía crías y yo me resguardé de una tormenta al lado de su guarida. Me quedé dormido y ella volvió y me atacó antes de que tuviera tiempo de darle miedo.

El doctor le dio la ropa que había traído Kirk y prosiguió mientras le ayudaba con los desconocidos cierres:

—¿Qué es un *vitha*? ¿Es uno de los animales que pintaste?

—No. Son muy tímidos y no se dejan ver. Son feroces cuando se sienten atrapados, así que no solía cazarles. Las heridas que provocan supuran fácilmente, como pude descubrir. —Gesticuló en el aire—. Así de altos, con tórax grande y orejas que… podría dibujar uno mejor que describírselo.

McCoy cogió una estilográfica y un cuaderno de papel y le enseñó cómo utilizarlos. Los largos dedos delgados, con sus uñas dentadas, dibujaron con rapidez la imagen de una extraña criatura, que al médico le parecía como una mezcla de nutria y cabra. Lo reconoció: había visto su esqueleto en un libro sobre el pasado de Sarpeidón, y recordaba que alcanzaba una altura de dos metros y medio cuando se levantaba sobre sus patas traseras.

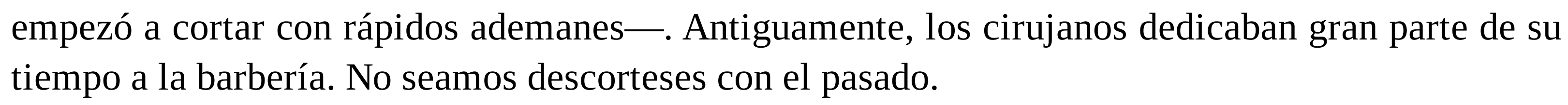
—Si éste es el aspecto que tenían, fuiste listo al mantenerte alejado de ellos.

McCoy estudió más a fondo el apresurado dibujo. El estilo no era sofisticado, pero las líneas eran precisas y sugerían vida y movimiento.

—Cuando volvamos a la *Enterprise* tendré que presentarte a Jan Sajii. Es un artista bastante conocido, aparte de su trabajo como xenobiólogo. Quizá te pueda dar algunos consejos. Zar asintió con la cabeza. —Me gustaría.

McCoy sacó unas tijeras médicas de su botiquín y le indicó que se sentara en una silla.

—Es casi una lástima cortarla —comentó, sopesando la negra y ondulada cabellera que casi llegaba a la cintura del joven—. Pero la moda masculina actual, sobre todo a bordo de las naves espaciales, decreta que se debe eliminar. —Envolvió a Zar solemnemente con una sábana y


empezó a cortar con rápidos ademanes—. Antiguamente, los cirujanos dedicaban gran parte de su tiempo a la barbería. No seamos descorteses con el pasado.

Su cliente parecía confuso.

—¿Perdón?

—Es una referencia arcaica. Te lo explicaré más tarde. Hace unos minutos, dijiste algo que me llamó la atención. ¿Cómo podías dar miedo al *vitha*? ¿Qué quisiste decir?

—Es lo que intenté hacer con el… señor Spock cuando vi que podían encontrar mi cueva. Su mente fue demasiado fuerte para mi miedo. Y ustedes eran tres, demasiados para poder influir en todos.

—¿Quieres decir que eres capaz de proyectar tus propias emociones como medio de defensa?

—No sé cómo lo hago. Cuando estoy asustado o enfadado, puedo… concentrarme en una persona o animal, si es un animal superior, y transmitirle el miedo o la ira que yo siento. Si hago un gran esfuerzo, puedo hacer que el miedo sea tan grande que el animal se marche. Cuando me atacó el *vitha* tuve la certeza de que iba a morir, y mi ira y mi miedo mientras luchábamos eran tan grandes que lo maté. Al menos es lo que creo que pasó. Perdí el conocimiento por el dolor y, cuando desperté, él estaba muerto y mi cuchillo todavía en su funda. Pero nunca más pude proyectar con tal fuerza.

—¿Lo aprendiste de Zarabeth?

—No. Ella me dijo que algunos de los miembros de su familia podían percibir las emociones y comunicarlas a los demás, pero mi madre no podía hacerlo.

—¿Y eres capaz de leer el pensamiento, las ideas?

Zar pensó atentamente antes de contestar.

—A veces, cuando usted me toca… sé lo que piensa. Es un instante, luego desaparece. Hoy, que he estado por primera vez con otras personas, tuve que impedirlo porque las impresiones me confundían. Cuando era pequeño aprendí a leer los pensamientos de mi madre pero ella dijo que no era de buena educación hacerlo sin su permiso.

«De modo que —pensó McCoy— Zar puede haber heredado ciertas habilidades telepáticas de los vulcanianos, además de esa proyección del miedo, sea lo que sea. Tengo que examinarle cuando volvamos a la nave». Se ocupó con las tijeras y el peine y, al cabo de pocos minutos, dio un paso atrás para admirar su obra.

—No está nada mal. Ahora deshagámonos de la barba.

Poco después, el joven pasó los dedos por la cabeza y se frotó la barbilla.

—Tengo frío en el cuello.

—No es de extrañar —dijo McCoy distraído mientras estudiaba las facciones recién reveladas. «La mandíbula y la boca son las de su madre pero, sobre todo…» Movió la cabeza—. Vamos a limpiar e ir a comer algo.

Sus ojos se iluminaron ante la mención de la comida.

Cuando llegaron, la cocina rebosaba de olores apetitosos. Kirk y Spock se les habían adelantado y estaban sentados en la gran mesa con la doctora Vargas y el resto de los arqueólogos. Zar vaciló al cruzar la puerta, consciente de pronto de todas las miradas vueltas hacia él. Ante

todas esas personas, más de las que había visto en su vida entera, sintió que su corazón empezaba a latir con fuerza aunque no hubiera nada con que luchar, nada de que huir. Sus ojos buscaron desesperadamente una imagen familiar y encontraron el rostro del capitán, luego la cara de Spock, pero sus expresiones no le reconfortaron; estaban asombrados.

McCoy apoyó la mano en su hombro y Zar se sobresaltó.

—Siéntate aquí, hijo.

El joven se sintió aliviado al ponerse en movimiento, aliviado de poder sentarse al lado del médico y escapar de aquellas miradas insistentes que no comprendía. Hubo un largo minuto de silencio hasta que la doctora Vargas carraspeó.

—No sabía que el parecido familiar fuera tan marcado entre los vulcanianos, señor Spock. ¿Cuál es su grado de parentesco?

La voz del primer oficial era normal aunque no miró a la arqueóloga a los ojos.

—Las relaciones familiares son complicadas en Vulcano. El término es intraducible.

«Ahí va otra mentira», pensó McCoy, y miró a Zar. El joven miraba a Spock inexpresivo, pero el médico sabía que había captado la evasiva aunque no su motivo.

Se volvió a iniciar la conversación, y McCoy pasó fuentes de comida a su protegido. Zar comparó mentalmente la cantidad de alimentos sobre la mesa y el número de comensales y se sirvió una ración pequeña; muchas veces se había tenido que conformar con menos. Viéndolo, McCoy preguntó:

—¿No tienes hambre? Hay mucho más donde ha venido esto.

—¿Suficiente para todos?

El joven parecía escéptico.

—Claro. Adelante; cómete todo lo que quieras.

McCoy le pasó otra fuente. El joven se sirvió con vacilación y empezó a comer lentamente; manejaba cuchillo y tenedor con eficiencia, pero imitaba a los demás comensales en el momento de usar los utensilios de servir. McCoy se fijó en que Zar copiaba la elección de alimentos de Spock.

Al final de la comida, la doctora Vargas les invitó a la sala de recreo donde varios de los arqueólogos —que sabían tocar instrumentos musicales— se reunían cada tarde para un concierto informal.

Colocándose en sus asientos, Kirk murmuró a McCoy:

—Lo hizo a propósito, Bones. Me refiero a cortar su pelo como el de Spock.

El oficial médico sonrió, impenitente.

—Claro que sí —contestó—. A Spock siempre le va bien una pequeña sacudida. ¿Vio su cara cuando entró Zar? Que no tiene emociones, ¡y una porra!

—Desde luego me conmocionó a mí. Me pregunto cuál será la reacción cuando volvamos a la *Enterprise*.

—No sospecharán la verdad debido a la diferencia de edad pero… —McCoy calló porque el concierto estaba a punto de comenzar.

Los arqueólogos tocaban bien, especialmente Vargas, quien tocaba el violín. McCoy vio que a

Zar le fascinaba la música. Al final del concierto el joven examinó el violín con gran atención aunque no se atrevió a tocarlo.

—¿Cómo funciona? —quiso saber.

Vargas sonrió y acarició la madera pulida.

—Necesitaría mucho tiempo para explicártelo todo, Zar. Más tiempo del que dispones, ya que el señor Spock dice que se van con la nave de suministros mañana por la mañana. Pero, si te informas acerca de los violines, estarás contento de haber tenido la oportunidad de ver éste. Es un auténtico Stradivarius, uno de los aproximadamente cien que existen todavía fuera de los museos. Necesité un permiso especial para poder quedármelo para uso personal y tuve que ahorrar durante años para comprármelo.

Spock, que estaba sentado cerca, se acercó para estudiar el instrumento.

—Un ejemplar bien cuidado, doctora Vargas. Su tono es excelente.

—¿Toca usted, señor Spock? —preguntó ella.

—Solía hacerlo antes… pero hace años.

—A propósito, gracias por reparar el aparato de comunicaciones.

—No fue difícil. Sin embargo, necesita una revisión general. —El vulcaniano se giró hacia Zar —. Me gustaría hablar contigo, un momento.

Cuando llegaron a la intimidad de la biblioteca, Spock le indicó que se sentara.

—No será fácil explicar tu presencia cuando lleguemos a la *Enterprise* —empezó sin preámbulos—. Debido a tu… aspecto, la gente te considerará vulcaniano y esperará de ti determinado comportamiento. Creo que será mejor que estudies la historia y las costumbres vulcanianas para saber qué se espera de ti. Empezaré a enseñarte la lengua tan pronto como te encuentres preparado para aprender.

Se detuvo y le ofreció varios microcarretes.

—Te ofrecerán cierta información básica.

A Zar no se le ocurría nada que decir así que permaneció callado.

Spock alzó una ceja.

—¿Puedes leer, supongo?

—Sí —respondió Zar lacónicamente, ofendido—. Antes de su exilio, mi madre era maestra, entre otras cosas. ¿No lo sabía?

La delgada cara saturnina era distante.

—No.

—Sabía muchas cosas de ustedes… Spock se levantó.

—No veo lógica alguna en remover el pasado. Cuando hayas acabado con estas cintas trazaré un plan educativo. Buenas noches.

Después de su partida Zar permaneció sentado, sin saber qué hacer. Había sido un día largo. ¿Era posible que aquella mañana se hubiera despertado en el saliente sobre el campamento de los extranjeros? Miró la mesa de la cocina y consideró la posibilidad de acurrucarse debajo. Era probable que nadie se fijara en él, pero quizá no fuera de buena educación. Sus ojos se cerraban a pesar suyo cuando le encontró McCoy.

—Ah, estás aquí. He venido para enseñarte dónde puedes dormir esta noche.

Siguió al médico hasta la sala de recreo, donde le habían abierto un saco de dormir.

—Me temo que tendrás que conformarte con el suelo, como el resto de nosotros. Los arqueólogos no tienen muchas visitas y no disponen de camas extra. Estos sacos de dormir no están mal, sin embargo. Tienen piso de espuma y control térmico. —McCoy se los mostró—. Así que no deberías sentirte demasiado incómodo.

Zar parecía divertido.

—Doctor McCoy, ayer noche dormí en un saliente de roca y hielo no mucho más ancho que yo, y sin más que una capa de piel para cubrirme. Estaré bien aquí.

—Entiendo. Bien, buenas noches entonces. —McCoy giró para irse y luego, en un impulso, se volvió—. Zar…

—¿Sí?

—No dejes que la… actitud de Spock te perturbe. Así son los vulcanianos.

El joven movió la cabeza con tristeza y suspiró.

—No esperaba otra cosa. Mi madre me dijo que era frío y callado cuando le conoció, pero que después fue amable y considerado con ella. Todavía no me conoce. Debo pasar la prueba, como hizo ella.

McCoy quedó sorprendido pero pronto se repuso. Repitió las buenas noches con una sonrisa reconfortante. Por alguna razón no podía pensar en dormir, así que salió fuera.

Empezó a caminar bajo la dulce luz estelar, pensativo, con el cabello revuelto por el viento frío. Su primer impulso había sido contar a Zar toda la historia del *atavachron* y de su efecto sobre el metabolismo y las reacciones del vulcaniano. Pero no se sentía capaz de desilusionar al joven… y Spock no le agradecería la interferencia. Aun así… movió la cabeza al recordar la expresión del vulcaniano cuando miraba a Zarabeth antes de dejarla atrás, en aquel infierno helado. Claro que hablaría a Zar de un Spock distinto al que había conocido hoy. «Amable y considerado… Maldita sea…»

McCoy se apoyó contra la pared y pensó lúgubremente que el rescate de Zar causaría al joven muchos más problemas de los que iba a resolver.

8

El viaje de regreso transcurrió sin incidentes y fue aburrido para todos, excepto para Zar, quien pasaba horas ante el mirador contemplando las estrellas. Cuando no estudiaba las cintas que le había dado Spock, estaba siempre entre los tripulantes en la cabina de control. La primera oficial del transbordador, una tellarita llamada Gythyy, le echó el ojo y empezó a enseñarle los rudimentos del pilotaje. Aunque desconocía las matemáticas avanzadas necesarias para los cómputos de navegación, se mostró hábil en las maniobras empíricas.

A la hora de desembarcar al personal de la *Enterprise*, Gythyy abrazó a su alumno rudamente, según la costumbre de su pueblo, y se dirigió a los tres oficiales.

—Este chico vuestro es muy listo. Si la Federación no lo quiere, mandádmelo de vuelta. ¡Podría entrenarle y convertirle en el mejor piloto de la escuadra!

Mientras bajaban la rampa de carga, Zar giró hacia Spock con anhelo.

—¿Le ha oído? Ha dicho…

—Los tellaritas son notoriamente exagerados —dijo el vulcaniano con voz de circunstancias.

Visiblemente decepcionado, Zar comentó con voz apagada:

—He terminado con las cintas, señor.

Spock asintió con la cabeza.

—Estoy preparando un plan de estudios que te permitiría alcanzar el nivel esperado de un licenciado en estudios generales. Yo no te recomendaría especialización hasta que no lo hayas completado.

El doctor McCoy estaba inmerso en las explicaciones del pandemonio ordenado de la Base Estelar 11, cuando Kirk y Spock regresaron de las oficinas de administración.

Blandiendo un manojo de papeles, Kirk anunció:

—Nuestro visto bueno y certificado de salud. Y nuevas órdenes. Servicio de taxi para trasladar una cepa experimental de abejas a Sirena, al otro extremo del sector. ¿Se ha ocupado alguna vez de la apicultura, Bones?

McCoy negó con la cabeza.

—No, no puedo decir que haya tenido contacto alguno con estas pequeñas diablillas desde que me senté accidentalmente sobre una en una excursión con la catequesis, cuando tenía doce años. ¡Salí bastante mal parado de aquel encuentro!

Los dos hombres rieron y Zar preguntó, extrañado:

—¿Qué es una abeja?

La explicación de la vida y costumbres de la *Hymenoptera Apis mellifera* (ofrecida por Spock) les ocupó hasta el momento de ser trasladados a la *Enterprise*.

El capitán respiró con agradecimiento y recorrió su nave. Estaba tranquila y todavía relativamente vacía. Se acercó a los controles y manipuló un par de ellos, aprobando su quedo y eficiente zumbido. Echó una ojeada a los informes de mantenimiento y abrió un canal.

—Computadora —anunció una voz femenina de timbre mecánico que provenía de los mamparos que les rodeaban. Zar dio un brinco.

—Haz un control completo de todos los sistemas, con especial énfasis en los que han sido revisados. Quiero un informe verbal del estado general y una copia escrita que me será entregada cuando teclee la petición.

—A la orden —comentó la voz. Tras una pausa de un segundo, añadió—: Todos los sistemas responden con un índice de eficiencia de al menos un noventa y cinco por ciento. ¿Desea un desglose por sistemas individuales?

—No en este momento. Lo pediré por medio del teclado en pocos minutos. Prepare copias a petición para los jefes de departamento, el señor Spock y el ingeniero jefe Scott. También duplicados para las autoridades de mantenimiento. Kirk fuera.

Se volvió hacia Spock, que estaba a su lado.

—He pensado asignar a Zar una litera con algunos de los hombres de seguridad solteros. El vulcaniano asintió.

—Esto será satisfactorio.

McCoy se unió a ellos y les llamó la atención sobre Zar, quien se había acercado a la puerta de la sala de transportes y experimentaba con la distancia necesaria para que se abriera. El doctor movió la cabeza, sonriente.

—Es más curioso que un gatito… Hoy voy a hacerle unos análisis: presión sanguínea, corazón, cosas así. Le hacen falta suplementos nutritivos y para ello necesito su metabolismo basal y algunos datos más. También puedo comprobar su inteligencia, salvo que prefiera hacerlo usted, Spock.

El primer oficial quedó pensativo.

—Necesitaré analizar áreas más específicas para asignarle un plan de estudios. No obstante, creo que también cabe realizar tests básicos psicológicos y de inteligencia. Estos tests carecen de auténtica validez científica pero ofrecen los mejores indicadores de los que disponemos hasta el momento.

McCoy se exasperó.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Sí o no?

—Sí.

—Gracias. Necesitaré su ayuda para uno de los tests que he pensado.

La ceja de Spock se alzó hasta la línea del cabello.

—¿*Mi* ayuda? ¿Reconoce cierta incompetencia, doctor? —dijo Spock.

—En modo alguno, usted… —farfulló McCoy, pero hizo un esfuerzo por controlarse—. Quiero comprobar el índice de su psi. Creo que tiene poderes telepáticos y algo más que nunca antes había oído. Necesito información de un telépata experto antes de avanzar hipótesis.

El vulcaniano se quedó pensativo.

—Ahora que lo dice, recuerdo que fui objeto de algún tipo de agresión mental justo antes de su aparición…

—Me dijo que él fue responsable de ello. Lo llamó «dar miedo». Le avisaré cuando le necesite.

El capitán hizo una seña a Zar para que se acercara.

—Te he asignado alojamiento junto con algunos de los hombres de seguridad. Spock te dirá dónde está. Luego podrás comer algo… No; espera un momento. Quizá Bones prefiera que tengas el estómago vacío…

El médico asintió con la cabeza y Kirk prosiguió:

—Te hará un reconocimiento físico. Un fastidio necesario… no permitas que te quite tu famoso apetito. Si esta tarde tienes ganas de un poco de ejercicio, te veré en el gimnasio a las 1800 horas.

—Gracias, capitán.

Primero se hicieron los tests psicológicos y de inteligencia, y luego el físico. Cuando McCoy hubo acabado, Zar ya tenía muchísima hambre y el doctor estaba harto de explicar las razones de cada test. Finalmente, sólo quedaba el psi y el oficial médico llamó a Spock a la enfermería.

Se dirigió a su paciente, tendido sobre la camilla de diagnósticos con expresión de sufrida paciencia.

—Anímate, Zar. Sólo nos queda un test.

—¿Puedo comer algo ahora? —El tono de voz del joven indicaba que estaba a punto de desmayarse de hambre.

—Aún no. Spock está en camino y quiero probar aquel truco de proyección mental. Ya sabes, lo que hiciste con los animales y con nosotros para defenderte.

—Puede que no tenga fuerzas —fue la respuesta pesimista.

—¡Hola, doctor!

La voz femenina venía de la puerta de la consulta y McCoy se volvió para ver a Christine Chapel, su enfermera jefe y médico por derecho propio.

—Me alegro de verle, Chris. —McCoy sonrió—. Se la nota descansada.

—Mis vacaciones han sido magníficas; apostaría que he ganado cinco kilos. Tendré que…

Chapel se fijó en el hombre acostado en la camilla y sus ojos azules se abrieron con asombro al ver sus facciones, extrañamente familiares. El médico señaló con un ademán a su paciente, que devolvía la mirada de Chapel con indisimulado placer.

—Enfermera Chapel, éste es Zar. Zar, te presento a la enfermera Chapel.

Chapel recobró la compostura y sonrió al joven, quien se incorporó y la saludó atentamente, como había leído en las cintas.

—Paz y larga vida, enfermera Chapel.

Ella extendió la mano para responder a su saludo, y dijo con calidez:

—Larga y próspera vida, Zar.

McCoy detectó la mirada inquisidora de Chapel y vio alzarse su ceja, pero no le dio más información; de hecho, porque no sabía cómo contestar su pregunta no formulada. En vez de ello, dijo:

—Ahora que está aquí, enfermera, podría ayudarme. Estoy examinando a Zar. Dentro de un momento le diré lo que debe hacer. Por favor, siéntese allí.

Los ojos grises seguían todos y cada uno de los movimientos de la mujer. El médico bajó la voz:

—Zar, tienes hambre ¿no es así?

—Ya lo sabe.

—Bien. Quiero que proyectes tu sensación a la enfermera Chapel.

El joven se giró para mirar a la mujer y el oficial médico volvió a conectar el campo de diagnóstico, por impulso. Detectó la dilatación de las pupilas, el salto de la respiración y la presión sanguínea, y miró a su paciente con severidad.

—No me refiero a este tipo de hambre, hijo. Me refiero al de tu estómago.

Zar pareció confuso, y entrecerró los ojos en un esfuerzo por concentrarse. Transcurrieron algunos segundos, luego Chapel levantó la cabeza.

—Doctor… no me lo explico pero, de pronto, tengo muchísima hambre… me muero de hambre… ¡y acabo de comer! —Miró al otro extremo de la habitación y, de repente, lo supo—. ¿Lo está haciendo él? —Su mirada mostró fascinación clínica—. ¿Proyección mental de emociones fuertes? No cabe duda de que no se trata de una característica vulcaniana.

La puerta externa de la enfermería se abrió y todos se volvieron a la entrada de Spock. La mirada de Chapel comparó los dos rostros alienígenas pero su expresión mantuvo una concienzuda indiferencia.

El vulcaniano vaciló antes de preguntar:

—¿Ya conoce a Zar, señorita Chapel?

—Sí, señor Spock. —Su tono era reservado.

El primer oficial aparentemente pensó que una explicación parcial sería como mínimo preferible a la especulación desbocada, y señaló rígidamente al joven.

—Es un… miembro de la familia, y se quedará a bordo de la *Enterprise* por un período de tiempo indeterminado.

Chapel asintió con la cabeza y se giró hacia McCoy.

—¿Me necesitará para algo más, doctor? Tengo un experimento en el otro laboratorio que precisa mi atención.

McCoy negó con la cabeza y le dio las gracias. Ella sonrió de nuevo a Zar, quien sólo en el último instante recordó que se debía refrenar de devolverle la sonrisa, y se marchó.

Zar la siguió con una mirada de admiración.

—Es simpática… y muy bonita.

A lo largo de los siguientes treinta minutos, Spock y McCoy estudiaron las proyecciones emocionales de Zar. Descubrieron que era capaz de transmitir su hambre a los dos y, cuando McCoy le pinchó un nervio en el brazo, ambos sintieron el dolor. Con el doctor actuando como transmisor de corrientes emocionales, averiguaron que Zar podía recibir e identificar sus emisiones aunque el oficial médico estuviera fuera de la enfermería. La capacidad del joven abarcaba una considerable distancia física, aunque éste se quejó de los «ruidos» de fondo emocionales de la tripulación, que creaban interferencias.

—Los sentimientos son más fáciles de recibir desde que estoy con gente —comentó—. Ahora tengo que bloquearlos porque me impiden concentrarme. Lo mismo pasa con los pensamientos, aunque no son tan poderosos.

La expresión de Spock se suavizó un poco, y asintió comprensivamente.

—En Vulcano, gran parte de nuestra instrucción básica está destinada a fortalecer las barreras emocionales, los escudos mentales, para evitar constantes intrusiones. Tú pareces haber desarrollado un escudo natural, y te sería útil practicar las disciplinas mentales de *vedra-prah*. Creo que con la práctica adquirirás habilidades de unión y fusión mental. No soy experto en técnicas de instrucción telepática, pero te enseñaré lo mejor que sepa.

—En cuanto concluyeron las pruebas, McCoy dijo que Zar podía comer, y le recomendó una bebida altamente nutritiva como suplemento de su cena. Los oficiales le dejaron cenar tranquilo y fueron a examinar los resultados de los tests en el despacho del médico.

—Como ya dije, su estado es sorprendentemente bueno si se tiene en cuenta el tipo de vida que ha llevado. Tiene una fuerza increíble, podría con cualquiera de nosotros. Le tuve veinte minutos en la cinta y ni siquiera empezó a sudar, mucho menos jadear. Ya sabemos que es fuerte; que se deba a su entorno y la mayor gravedad o a su ascendencia vulcaniana es un misterio. Menos mal que no tiene mal genio.

McCoy recorrió la hoja de resultados con los ojos y se frotó la barbilla, pensativo.

—No cabe duda de que deben predominar los genes vulcanianos. Su constitución interna no es muy distinta a la de usted. Espero no tener que operarle nunca. Capacidad auditiva excepcional. Sus párpados internos son vulcanianos pero su visión apenas supera la humana. Tipo sanguíneo… —El doctor hizo una mueca—. Bueno, espero que nunca necesite una transfusión porque no lograríamos encontrar el tipo apropiado. Se trata de una mezcla increíble… incluso en el color, una especie de gris verdoso. No acepte nunca sangre ni plaquetas suyas, aunque sus plasmas son compatibles. Hermosos dientes. Demuestran lo que se puede conseguir con una dieta prácticamente desprovista de azúcares.

—¿Y los demás tests? —preguntó interesado Spock, inclinándose hacia delante.

—Su equilibrio psíquico es bastante bueno, si se tiene en cuenta que ha vivido solo durante siete años. Ingenuo y socialmente inmaduro, falto de dotes de comunicación. ¿Qué otra cosa se podría esperar? Pero bastante realista; de hecho, su índice de estabilidad es superior al de usted.

Por todo comentario, Spock alzó una ceja.

—En cuanto a su inteligencia, le hice el test básico de Reismann al que someten a los niños cuando entran al colegio… aquí están los resultados.

El vulcaniano estudió la hoja durante varios minutos, luego se la devolvió al médico con un brusco movimiento de cabeza.

—¿Es todo lo que tiene que decir? —dijo McCoy, visiblemente impacientado—. Sabe de sobras que estos resultados son excelentes. ¡Ni usted podría esperar más!

El médico echó una mirada a la puerta abierta y se inclinó sobre su mesa, bajando la voz a un enfadado silbido:

—He visto lo que pasa y no me gusta. Sé que no es asunto mío, pero si quiebra el espíritu de este chico con su estrecha lógica vulcaniana, le…

Spock se levantó y alzó una mano para cortar la perorata del médico.

—Gracias por llevar a cabo estas pruebas, doctor McCoy —dijo fría y formalmente.

McCoy oyó al vulcaniano a través de la puerta abierta y se quedó sintiéndose impotente, con los puños cerrados sobre las hojas de los resultados:

—Te mostraré tu alojamiento. Sígueme.

La voz de Zar, ansiosa, dubitativa:

—Mis tests… ¿han sido buenos?

—Indican que, si te esfuerzas, alcanzarás un nivel satisfactorio en un período de tiempo razonable. Te enseñaré dónde está la biblioteca para que puedas empezar hoy mismo. Ya te he preparado un plan de estudios.

—Sí, señor.

Durante su vida solitaria en Sarpeidón, cuando las ventiscas le imponían semanas de inactividad forzosa, Zar se había creado su propio concepto del paraíso. Allí habría mucha comida —¡toda la que uno quisiera!—, no sentiría frío ni inseguridad, tendría muchos libros para leer y, sobre todo, habría gente con la que hablar. Siete semanas en el «paraíso» le obligaron a reconsiderar su definición.

La mayor parte del tiempo estaba demasiado ocupado para preguntarse si era feliz o no. Los días pasaban en un torbellino: clases, ejercicios con Kirk en el gimnasio, instrucción con Spock en capacidad y controles telepáticos y, en su tiempo libre, exploración de la *Enterprise*. Zar se había enamorado de la nave y Kirk, que reconoció una emoción afín, le dejó satisfacer su pasión. Pronto se convirtió en una figura familiar entre la tripulación de todas las secciones, que respondió a su interés adoptándole informalmente.

—Espero que después de transportar estas abejas ya no tengamos que hacer de lecheros durante un tiempo —comentó el teniente Sulu a Zar al cabo de la primera semana.

—Querrás decir de meleros ¿verdad, Sulu? —sugirió Uhura, apartándose de su panel de comunicaciones. Sulu gruñó.

El timonel había estado enseñando a su joven amigo tácticas de combate básico, con la ayuda del diario de a bordo grabado en la computadora de la *Enterprise*. Tecleó una nueva secuencia en la pantalla de navegación.

—Después de disparar nuestras principales baterías de cañones fásicos, la nave enemiga más alejada atacó nuestros deflectores de estribor. Esto dejó al capitán en un auténtico lío porque la *Hood* se encontraba a estribor y su capacidad de maniobra estaba limitada al impulso auxiliar. No nos podía defender a estribor y un golpe directo habría averiado la nave.

Los ojos grises estudiaron la pantalla y Zar asintió con la cabeza.

—¿Qué hizo el capitán?

—Lanzó un haz tractor a la *Hood* desde estribor. Esto hizo que las pantallas deflectoras de la Hood, aún alzadas, se abrieran y nos brindaran una limitada capacidad de deflexión. Entonces destruimos las dos naves enemigas restantes cuando se acercaron para rematarnos. Verás, ellos pensaron que la *Enterprise* daría la vuelta y huiría, arrastrando a la *Hood*. —En vez de ello, en cuanto estuvieron a tiro, nosotros atacamos la nave a babor con nuestros torpedos de fotones, y la *Hood* achicharró la otra con sus armas fásicas. El resultado fue de dos a uno y la otra nave huyó. La perdimos porque la Hood tenía una junta rota y perdía presión en dos cubiertas. Tuvimos que

transportar casi todo su personal a nuestra nave mientras los técnicos la reparaban. Estuvimos hacinados durante una semana, más o menos.

Sonó el intercomunicador del puente:

—Teniente Sulu —dijo la voz de Spock.

—Sulu al habla, señor.

—¿Se encuentra Zar en el puente?

—Sí, señor.

—Dígale que venga a verme a la biblioteca, solicito su presencia inmediata. Spock fuera.

El timonel se volvió para transmitir el mensaje pero las puertas del puente ya se habían cerrado.

Sulu movió la cabeza y miró a Uhura.

—Desde luego, no le envidio. Es suficiente tener a nuestro primer oficial como instructor en un solo tema para volverse loco. Lo sé; una vez atendí un curso suyo de física cuántica. Imagínese tenerle como supervisor personal de tu educación entera…

Uhura parecía pensativa.

—Está siendo duro con él, pero puede que sea así como los vulcanianos adquieren esta naturaleza tan estoica.

—Por lo que he leído, no. La mayoría de las familias vulcanianas están muy disciplinadas, pero también muy unidas.

Spock se muestra más impersonal con Zar que con cualquier otro.

—He observado algo que pudiera explicarlo. ¿Se ha fijado alguna vez en los ojos de Zar?

Uhura se inclinó un poco hacia delante y bajó la voz.

—No; me temo que los ojos de los hombres no me dicen nada.

—Sulu hizo una mueca.

—Son grises. Nunca antes había sabido de un vulcaniano con ojos tan claros. Una vez le pregunté cuál era exactamente su relación con Spock.

—¿Qué le dijo?

—Se mostró distante y dijo que las relaciones familiares vulcanianas son extremadamente complejas y que no encontraba el término exacto para traducirlas.

—Probablemente tenga razón. —Sulu pareció pensativo—. Aunque deben estar estrechamente emparentados si juzgamos por su gran parecido. Si no supiera que Spock no tiene hermanos, me preguntaría…

—Hay algo extraño en ese asunto, ojos claros y todo. Apuesto que Zar es parcialmente humano y que por eso Spock le trata con dureza.

—Si es así, es una actitud ilógica de nuestro primer oficiar si tenemos en cuenta que…

El timonel calló bruscamente y se volvió hacia su consola; se abrieron las puertas del puente y entró el capitán.

—¿Informe, señor Sulu?

—Normalidad en todos los sistemas, capitán. Seguimos rumbo, velocidad cuatro.

Naturalmente, Zar se daba cuenta de las especulaciones en torno a su relación con el

vulcaniano. Le era imposible no darse cuenta. Su capacidad telepática innata, alimentada por las antiguas técnicas de unión mental, creció hasta poder comunicarse libremente con el primer oficial. Es decir, libremente mientras trataba de aprovecharse de las áreas lógicas y llenas de datos de aquella mente brillante. Su conocimiento del idioma vulcaniano aumentaba en progresión geométrica con cada clase. Podía comunicarse con el primer nivel, refrescante en su fría precisión, su implacable claridad, tan bello y ordenado como las matemáticas puras. El primer nivel, casi desprovisto de personalidad, de todo aquello que el joven ansiaba con un anhelo que no encontraba reconocimiento, que pasaba casi inadvertido. El primer nivel; y como protección, como una barrera, el escudo mental.

De alguna forma, aquella pared intangible se convirtió en su enemiga. Se cernía sobre sus contactos y recordaba al joven que no sabía casi nada del distante extraño que resultaba tan diferente en persona como en sus sueños. El escudo mental se interponía entre los dos e impedía cualquier acercamiento, cualquier participación, y su odio hacia él, aunque evidentemente irracional, crecía con cada clase.

Spock sentía el aumento de la tensión en la mente del joven pero no hizo caso, casi hasta su perdición. Estaban unidos, los dedos en las sienes del otro, y bloques sólidos de impresiones cognitivas fluían de una mente a la otra cuando sintió que la comunicación de Zar se debilitaba y se dio cuenta de que el joven había bajado su escudo. Spock se retiró apresuradamente y fortaleció su propia barrera; se negó a la oferta implícita de fusión, rechazó cualquier contacto más profundo. Antes de poder desconectar la sintió llegar, una oleada sólida de emociones confusas que arremetieron contra su escudo. La comunicación de Zar, una andanada tan inarticulada e incoherente como primaria y poderosa, le conmocionó, le hirió en un nivel tanto emocional como mental. Por un instante fueron uno, y hubo dolor, sólo dolor.

Spock sacudió la cabeza con violencia y se resistió a la presión de los dedos de Zar; éstos se fueron relajando. Dio un paso titubeante hacia atrás y se tambaleó frente al otro. Su rápida respiración era lo único que se oía en la sala.

El rostro del joven era ceniciento.

—Lo siento. No me di cuenta… sólo trataba de… —Hizo un gesto de impotencia.

El vulcaniano habló, con el recuerdo del dolor raspándole la garganta:

—Lo que acabas de intentar se considera un crimen odioso en Vulcano. Una fusión forzosa constituye una invasión imperdonable del espíritu.

Zar asintió, impasible, pero Spock pudo sentir sus remordimientos, oírlos en su voz:

—Ahora lo sé. He actuado por impulso… me he equivocado. Lo siento.

El dolor desaparecía, dejando sólo una sombra física: un dolor de cabeza. Spock sentía la presión tras los ojos, la palpitación, y su voz sonó más dura de lo que pretendía:

—Procura no olvidarlo. Si no, no podré seguir adiestrándote.

Los ojos grises se entrecerraron.

—Supongo que se puede llamar adiestramiento, como si fuera un animal. Pero creo que es más parecido a la programación de una computadora. —Su expresión cambió y trató de tender la mano —. No puedo tocarle. ¿Por qué?

Una ira nacida del dolor se apoderó de él, y el vulcaniano recordó todas las veces que le habían hecho esa misma pregunta; palabras distintas pero el mismo significado. «¿Por qué?» les preguntó a todos, a Leila, a Amanda, a McCoy y ahora a este casi reflejo suyo de ojos grises… «¿por qué me pedís aquello que no puedo dar? Soy lo que soy…»

Aun así, algo en su interior deseaba contestar a la pregunta angustiosa, pero su reserva arraigada desde hacía años resistió. Rápidamente, antes de que ese algo consiguiera dar respuesta, giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Aquella misma noche, tras un duro ejercicio en técnicas de autodefensa con Kirk, Zar, indeciso, preguntó al capitán si podría hablar con él; en privado.

Se sintió inmediatamente a gusto en las habitaciones de Kirk, aunque era la primera vez que las visitaba. Por alguna razón, nunca se había sentido cómodo en la cabina de Spock. Era un reflejo de lo que sentía por los dos hombres, pensó Zar mientras estudiaba los cuadros con admiración.

Kirk le señaló una silla.

—Siéntate. ¿Te apetece un poco de brandy sauriano? Zar miró con recelo la botella que trajo el capitán.

—¿Es etanol?

—Sí, sin duda lo es.

—Entonces no, gracias. Mis compañeros de cuarto me dieron un poco una vez, y me hizo vomitar.

El capitán alzó una ceja, divertido, y apartó el licor.

—Desde luego, se sabe que puede producir este efecto. —Se puso serio—. ¿Para qué querías verme?

Zar no contestó. Se mostraba inexpresivo y sólo la rigidez de su mandíbula le delataba. Kirk tuvo una incómoda sensación de déjá vu. El capitán se apoyó en el respaldo de su silla y esperó, con una demostración externa de paciencia. Finalmente, el joven alzó la vista.

—Usted y el señor Spock llevan algunos años juntos.

—Sí, así es.

—Usted le conoce mejor que nadie. Él confía en usted y usted confía en él. Si el hecho de hablar conmigo le hace sentir que traiciona su confianza, prefiero que me lo diga.

—Me parece bien. Continúa.

Zar se enderezó con un gesto abrupto y frotó su puño cerrado en la palma de la otra mano. Su voz era dura, exigente:

—¿Por qué no le gusto a mi padre?

Kirk suspiró; esperaba algo así. Zar prosiguió con un torrente de palabras:

—He estudiado… McCoy dice que aprendo más rápido que nadie. He hecho lo que he podido para aprender a ser vulcaniano. He seguido las restricciones alimenticias. Carne no. Mi madre me dijo que era amable y cariñoso. Dulce. Cuando era pequeño solía soñar con él, cómo venía de las estrellas, y solía imaginarme que vendría y me llevaría con él algún día. Ella decía que si mi padre

pudiera verme estaría orgulloso de mí…

El capitán suspiró de nuevo y se apoyó en el respaldo, sus ojos serios.

—Te voy a decir la verdad porque creo que tienes derecho a saberla —dijo lentamente—. Cuando Spock viajó al pasado con el *atavachron*, algo extraño le sucedió. Cambió… no sé si el cambio se debió al aparato. Puesto que no se produjo cuando viajamos con el Guardián, es probable que así fuera. Mientras estaba con… tu madre, Spock se comportó como los vulcanianos de aquel período histórico; el de hace 5000 años. Sufrió una… regresión… se convirtió en un ser emocional. Un ser con emociones fuertes. Hizo cosas que nunca antes había hecho, incluso comió carne.

—Y fue mientras era así cuando… tomó a mi madre. —Era una afirmación. Zar respiró profundamente y movió la cabeza—. Entonces no fue amor lo que sentía por ella, fue sólo… —tragó saliva, volvió a tragar, y su voz sonó espesa.

Pobre Zarabeth. Toda su vida recordaba un sueño, algo que nunca fue real. Jamás se dio cuenta de que había sido… utilizada…

Kirk apoyó una mano en el hombro del joven y le sacudió suavemente.

—No podemos saber si fue así. La única persona que lo sabe es Spock, y dudo que hable de ello nunca. Puede que tu madre hubiera encontrado algo en él que los dos hicieron realidad. Esto realmente no debe preocuparte. Te he dicho lo que sé para que comprendas que Zarabeth te dijo la verdad; su verdad. Lo que fue real para ella no tiene necesariamente que ser válido para ti, ahora.

Los ojos grises sólo mostraban amargura.

—Era verdad lo que dijo, que sólo vino a buscarme porque era su deber. No me quiere; nunca me ha querido. He sido un estúpido al no darme cuenta.

—Puso su vida en peligro; es más, permitió que McCoy y yo pusiéramos nuestras vidas en peligro para encontrarte.

—Pero no porque lo deseara. Ahora veo claras muchas cosas que antes no comprendía. Yo le pongo en un aprieto. Soy un… bárbaro que se le parece. Cada vez que me ve recuerda un incidente que preferiría olvidar. No es de extrañar que no quiera hablar conmigo de su familia en Vulcano. Las costumbres vulcanianas son antiguas y estrictas. A los hijos como yo se les llama krenath. Quiere decir «los vergonzosos». También vosotros, los humanos, tenéis una palabra: bastardos.

Mientras Kirk se devanaba los sesos para encontrar una respuesta, cualquier respuesta, Zar asintió gravemente con la cabeza y se marchó.

9

El doctor McCoy se detuvo ante la cabina que Zar compartía con dos hombres más y tecleó en el panel de la puerta. Se abrió, y entró para ver a Juan Córdova y David Steinberg, los compañeros de cuarto de Zar, que jugaban al póker en la sala de estar común. Córdova levantó la vista.

—Hola, Doc. —Hizo un gesto hacia el dormitorio—. Está allí.

—Gracias, Juan. —El médico dudó—. ¿Le ven mucho últimamente?

Steinberg negó con la cabeza.

—No, durante estos dos últimos días. Está encerrado en sí mismo.

Córdova parecía preocupado.

—Hasta le invité a jugar una partida con nosotros, y se negó. Es la primera vez que ocurre esto.

A pesar de su preocupación, McCoy esbozó media sonrisa.

—Juega un póker bastante travieso, ¿verdad? Le enseñé todo lo que sabía… hasta que empezó a salirme caro.

Steinberg se indignó.

—¿Quiere decir que usted es el culpable? ¡Es la última vez que juego al póker con un vulcaniano!

—Sí —secundó Córdova—. Le llevaré conmigo en mi próximo permiso. ¡Reventaremos todos los casinos, desde el Centro hasta el Imperio Klingon!

El oficial médico rió por lo bajo y luego se puso serio. Señaló la puerta cerrada.

—¿Conocen la razón… han hecho algo que pudiera…? Steinberg negaba con la cabeza.

—Si quiere saber si le hemos molestado últimamente, la respuesta es que no. Cuando fui directo y le pregunté si se encontraba bien, se limitó a mirarme y dijo: «Claro. ¿Os parece que no?». Y lo dijo… ya sabe, de aquella forma tan… vulcaniana.

McCoy, sombrío, tecleó el panel de la puerta.

—Claro que lo sé —musitó.

—¿Quién es? —Era la voz de Zar pero la puerta permaneció cerrada.

—McCoy.

El panel se abrió.

—Disculpe, doctor. No sabía que estaba aquí. Entre, por favor… —El joven estaba sentado ante un caballete, pincel y paleta en mano.

—No te he visto mucho estos dos últimos días, Zar. ¿Qué ocurre?

Zar dio unos toques cuidadosos al lienzo y evitó la mirada escrutadora del médico.

—¿Ocurrir? La *Enterprise* mantiene una gravedad constante equivalente a la terrestre. ¿Por qué iba a…?

—¡No, otro más no! —le interrumpió McCoy con un gruñido. Al ver que el artista no apartaba los ojos de su lienzo, se corrigió—: Quiero decir ¿qué cosas te han ocurrido a ti últimamente?

Un hombro se alzó con lo que el oficial médico interpretó como un gesto de indiferencia. Confuso, McCoy dio la vuelta al caballete para ver mejor la pintura.

Era un sol rojo que se ponía tras un escarpado saliente de piedras y hielo. El fondo estaba borroso, y el reflejo del sol sobre las rocas escarchadas formaba una escena que McCoy recordaba vívidamente. El alzado desafiante del glaciar hería la redondez del sol como una daga.

—Un frío infierno, a pesar del sol —comentó el médico—. Recuerdo el extraño aspecto de ese helado resplandor. Lo has captado muy bien aquí.

El cumplido disipó en parte la expresión distante del artista. Zar dio una nueva y cuidadosa pincelada en una de las esquinas y se volvió para que McCoy no pudiera verle la cara, pero su voz le traicionó.

—Es hermoso. Tan cruel y tan hermoso. Lo echo de menos… a veces. —Se enderezó y dejó el pincel—. Éste es el favorito de Jan.

—¿Has hecho más?

—Sí, me gustaría pintar prácticamente todo lo que he visto. He hecho tres más desde que estoy a bordo, y algunos dibujos.

—Me gustaría verlos.

Zar sacó varios lienzos y un grueso block de dibujos del armario empotrado en la pared.

—Me temo que no son exactamente como los había imaginado —se disculpó—. Nada sale como me lo imagino.

McCoy puso la primera pintura al otro lado del caballete y la examinó. Un retrato de Jan Sajii. Las facciones características eran inconfundibles, a pesar de los errores de perspectiva. El artista había captado la peculiar inclinación de la cabeza, el sentido del humor en los ojos.

—Es el primero que hice —explicó el joven.

El oficial médico asintió.

—Desde luego, ése es Jan. Le has acertado.

La segunda pintura era una composición que mostraba el arpa vulcaniana de Spock apoyada contra una silla, al lado de un libro abierto. En sus páginas se podían leer ecuaciones matemáticas. Una túnica del uniforme de la Flota Estelar colgaba del respaldo de una silla, una de sus mangas caída. La trenza dorada de comandante brillaba contra la tela azul. McCoy estudió la pintura atentamente, aprobando para sí, y luego miró a Zar, que no le devolvió la mirada. Bajó el lienzo cuidadosamente.

La última pintura era abstracta; remolinos de tonalidades púrpura que se apagaban en tintes color espliego trocados en rosas y azules pálidos. Un brusco trazo mellado de color negro partía del centro para perderse en un lateral del cuadro. A McCoy le resultó inquietante.

—¿Qué es? —preguntó.

Los ojos grises aún evitaban su mirada.

—Lo pinté la otra noche. No significa nada, realmente. El médico produjo un tosco sonido.

—Y una porra, que no significa nada. Apuesto a que un psicólogo se lo pasaría bien interpretándolo. Ojalá supiera más en este campo.

Mientras Zar guardaba las pinturas, abrió el block de dibujo y sonrió un poco al reconocerse a sí mismo inclinado sobre un microscopio, en el laboratorio. Los dibujos abarcaban desde gente a bordo de la *Enterprise* hasta los animales ya extinguidos de Sarpeidón, con algunas tintas

convencionales de frutas y unos cuantos estudios bosquejados de los circuitos electrónicos. El médico volvió a un dibujo de Uhura encorvada sobre su panel de comunicaciones, con su típica inclinación de cabeza, mientras escuchaba voces que sólo ella podía oír.

—Éste me gusta de verdad.

El joven miró por encima del hombro, luego quitó el cuaderno de manos de McCoy y arrancó la página para ofrecérsela. El médico sonrió, complacido, y señaló una esquina.

—Gracias. ¿Me lo firmarías? Tengo la sensación de que esto valdrá dinero un día. Jan está de acuerdo conmigo, dice que tienes auténtico talento.

Zar negó con la cabeza y farfulló:

—Es usted un optimista, doctor.

Pero McCoy sabía que estaba contento; firmó el dibujo con una floritura.

Aunque seguía perplejo por la reticencia y el mal humor del chico, al oficial médico le alivió que su tristeza pareciera disiparse. Propuso ir a comer y vio un destello de alegría en los ojos grises.

—¿Recuerda alguna vez que me haya negado a comer?

El pequeño comedor estaba atestado cuando entraron. McCoy dio su pedido y se llevó un sándwich, sopa, café y un gran trozo de tarta a una mesa vacía. Su acompañante se reunió con él al cabo de un minuto, con una gran bandeja cargada hasta los bordes de una enorme ensalada, barquillos de soja proteica, varios tipos de verduras y dos postres distintos. El médico movió la cabeza cuando el otro atacó la ensalada con entusiasmo.

—¿Sigues tomando el suplemento que te receté?

—Sí. Sabe bien.

—Bueno, creo que pronto podrás dejarlo. Desde luego has engordado desde que dejamos Sarpeidón.

—Lo sé. El otro día tuve que pedir un traje de talla mayor. El otro me apretaba en los hombros.

—Si sigues comiendo así te apretará en la cintura.

Zar detuvo el cubierto a medio camino hacia su boca y pareció algo alarmado.

—¿Lo cree de verdad? Hago ejercicios con el capitán Kirk casi cada día y me entreno mucho a solas. El capitán dice que sólo mirarme le cansa. —Bajó el tenedor y movió la cabeza—. No me gustaría estar gordo.

McCoy hizo una mueca.

—No me tomes al pie de la letra. Adelante, acaba tu comida. Te estaba tomando el pelo, es decir, era una broma. Ven a la enfermería algún día y te pesaré. Para mis archivos, y para satisfacer mi curiosidad.

La conversación volvió a la pintura; McCoy hablaba a su amigo de las galerías de arte en la Tierra cuando, de repente, toda la animación desapareció de la mirada de Zar. El doctor alzó la vista para ver al primer oficial y al ingeniero jefe al otro lado del comedor. «Ahora sabremos de qué se trata», pensó, y les llamó para que les acompañaran.

Los dos oficiales se sentaron, y McCoy y Scott intercambiaron unas palabras mientras Spock y

Zar permanecían callados. El médico miró los dos rostros impasibles. «Peor que nunca. Y Zar ya ni siquiera lo intenta».

—¿Has terminado tu asignatura de física?

El vulcaniano era brusco. Su inflexión, la de un maestro a un alumno atrasado. McCoy podía sentir la incomodidad de Zar, aunque la expresión del joven no había cambiado.

—Casi, señor.

—Muy bien. ¿Qué son las líneas Fraunhofer?

Zar suspiró.

—Las oscuras líneas de absorción del espectro solar.

—Esencialmente correcto, pero falto de detalles. ¿Cuál es la función de la espectroscopia?

—Fue a través de la función espectroscópica como…

Zar prosiguió con voz precisa. Sonaba como una cinta educativa. Terminó y respiró profundamente. La catequización continuó.

—¿Qué es el Principio de Incertidumbre Heisenberg? No hace falta que me des las matemáticas.

«Generoso bastardo —pensó McCoy mirando al vulcano—. ¿Por qué hace esto?» Y con una repentina intuición: «No sabe de qué otra manera hablar con el chico…».

—… la medición de su momento es aproximadamente equivalente a la constante «h» de Planck; «h» equivale a 6,26 veces 10 elevado a menos una vigesimoséptima parte de ergios por segundo.

Zar terminó, aliviado.

«Basta. Ya», pensó McCoy. Pero, tras una pausa de un segundo, el vulcaniano prosiguió:

—¿Qué leyes rigen los efectos fotoeléctricos? Explica el fenómeno por medio de los conceptos de la teoría cuántica.

El joven dudó por un largo instante. Esta vez su respuesta fue más lenta e interrumpida, con pausas, mientras trataba de recuperar la información de su memoria.

Después de exponer debidamente las tres leyes, McCoy se dirigió al vulcaniano para cambiar el tema, pero Spock no le hizo caso.

—La fórmula, por favor.

Los ojos grises lanzaron una mirada al médico y descendieron. Ahora la voz de Zar sonó más baja, como si le apretaran los músculos de la garganta, y dudaba entre palabras, con obvio esfuerzo. Finalmente, terminó a trompicones.

El primer oficial alzó una ceja.

—Tienes que repasarlo. Muy bien ¿qué quiere decir ángulo crítico de incidencia?

Una larga pausa. McCoy agarraba con fuerza el mango de su cucharilla al remover su café, ya frío. El joven pensó intensamente, luego sus facciones se endurecieron y levantó la barbilla.

—No lo sé, señor.

—El ángulo crítico de incidencia… —empezó Spock y prosiguió con su eficaz lección durante cuatro o cinco minutos. El médico miró a Scotty, quien fingía un amable interés, bastante creíble para alguien que ya conocía todo aquello.

Finalmente, pareció que la lección llegaba a su fin. Spock concluyó con dos frases que resumían el tema, y se detuvo. Zar contempló a los otros dos oficiales, quedó callado por un momento y luego alzó lentamente una ceja.

—Fascinante —entonó.

La imitación era perfecta, pero en modo alguno bienintencionada. «Se puede imitar y se puede burlar —pensó McCoy—, y esto es decididamente una burla». El vulcaniano también la notó, bajó la mirada y cogió apresuradamente su tenedor.

El médico se aclaró la garganta.

—¿Cuál cree que será nuestra próxima misión, Scotty?

—Sea la que sea, espero que tenga algo de emoción. Mis diarios técnicos me resultan más fascinantes que este viaje.

La conversación entre el ingeniero jefe y el oficial médico prosiguió sin orden ni concierto, hasta que Scotty anunció que entraba en servicio, y se marchó.

Spock, para quien el ambiente resultaba evidentemente incómodo, hizo un nuevo esfuerzo.

—He terminado la revisión de tu asignatura en bioquímica, Zar. Tus respuestas han sido en general acertadas. Si tienes preparada tu siguiente asignatura, podría…

Sin pronunciar palabra, el joven se levantó y abandonó la mesa, encaminándose hacia los procesadores de alimentos al otro extremo del comedor.

Turbado y preocupado, McCoy trató de aligerar el ambiente:

—¡En mi vida he visto a alguien con un apetito así! ¡Conseguiría avergonzar a Atila y sus hordas de hunos!

Zar volvió a la mesa con un gran bocadillo de carne. Lo cogió deliberadamente y empezó a comer, ajeno a todo lo que le rodeaba.

Cuando, avanzado el día, el médico contó el incidente a Kirk en la enfermería, el capitán sonrió. McCoy movió la cabeza.

—No fue divertido, Jim. Zar lo comió delante de sus narices. Era el peor insulto que se le podría ocurrir. Debería haberle visto… ¡y debería haber visto a Spock!

—¿Le molestó de verdad?

—Sí. Su expresión cambió, sabe cómo, cuando está herido y no quiere que se le note, y se marchó. Zar se quedó hasta que desapareció de su vista, luego dejó su comida y se fue. No me importa reconocer que estoy preocupado por los dos. ¿Qué ha podido impulsar a Zar a este cambio de actitud?

Kirk pareció incómodo.

—Creo que lo sé. El otro día le dije la verdad… acerca de Spock, el *atavachron* y su relación con Zarabeth.

El médico silbó por lo bajo.

—Eso lo explica… ¿le supo muy mal?

—Sí. Esto es grave. No puedo arriesgarme a que estas cosas afecten a la eficiencia de Spock. Es un oficial muy valioso. Lo siento por Zar aunque… diablos, lo siento también por Spock. Pero tengo una nave que manejar. Esto no puede seguir así.

El silbido del contramaestre llenó el aire.

—Capitán Kirk, responda, por favor. Era la voz contralto de la teniente Uhura.

Apretó un botón en el comunicador de la enfermería.

—Kirk al habla.

—Capitán, recibo una llamada de socorro Prioridad Uno del sector 90.4. Está en código, señor. Alto secreto.

—Ahora voy.

Kirk había salido por la puerta antes de que McCoy tuviera tiempo de levantarse de su asiento.

10

Las puertas del puente se abrieron y, antes de que Kirk las hubiera traspasado, Uhura le puso en la mano un mensaje codificado. Se sentó y giró un interruptor en su sillón de mando.

—Computadora.

—Soy el capitán Kirk. ¿Ya tienes la identificación de mi huella sonora?

—Identidad comprobada.

—La teniente Uhura ha recibido una llamada de socorro Prioridad Uno junto con un mensaje. Léelo, descodifícalo y tradúcelo por escrito; luego, cuando me lo hayas entregado, borra la traducción de tu memoria.

—A la orden.

Kirk se sentó, tenso, haciendo un esfuerzo por resistir la necesidad de tamborilear los dedos sobre el brazo de su sillón de mando. La tripulación del puente le dirigía miradas subrepticias, pero el capitán se había olvidado de su presencia: pensaba intensamente. La Prioridad Uno del sector 90.4 resultaba ominosa. En aquel sector sólo había una cosa de cierta importancia: el Guardián de la Eternidad.

Una hoja impresa se deslizó bajo sus dedos. Decía lo siguiente:

PRIORIDAD UNO

Fecha estelar: 6381.7

De: NCC 1704, Nave Estelar *Lexington*, Comodoro Robert Wesley, al mando
A: NCC 1701, Nave Estelar *Enterprise*, Capitán James T. Kirk, al mando

MISIÓN ACTUAL: Patrullar el sector 90.4, nombre codificado, Portal.

PROBLEMA: Hemos detectado el eco de tres naves al extremo del rastreador subespacial; intrusos identificados como originarios del sector RN-30.2, la Zona Neutral Romulana.

IDENTIFICACIÓN PROVISIONAL: Naves de combate romulanas.
TIEMPO DE CONTACTO APROXIMADO: 10.5 horas.
VALORACIÓN: Probable enfrentamiento militar. Solicitamos asistencia inmediata.

S.O.S. - SOCORRO - S.O.S. - SOCORRO - S.O.S.

Kirk respiró profundamente tres veces, con los ojos cerrados, para ordenar sus pensamientos. Se enderezó y se dirigió al alférez Chekov, en atenta espera:

—¿Rumbo actual, señor Chekov?

—Dos-nueve-cero punto cinco, señor.

—Cambio de rumbo a siete-cuatro-seis punto seis.

—Sí, señor… —Chekov se giró hacia su panel y se dio la vuelta de nuevo tras una corta pausa —. Rumbo trazado, señor.

—Timón adelante, velocidad ocho, señor Sulu.

Los ojos almendrados expresaron sorpresa, y Sulu hizo el ajuste. De repente, las vibraciones casi imperceptibles de la nave se acentuaron. Ante el zumbido de la *Enterprise* Kirk empezó a contar mentalmente los segundos. Había contado hasta once cuando se encendió la luz del intercomunicador. Abrió el canal con una fría sonrisa.

—¿Sí, señor Scott?

El intercomunicador permaneció silencioso durante un largo minuto mientras, evidentemente, el ingeniero jefe Scott se preguntaba si su capitán había adquirido dotes de telepatía. Habló, finalmente, con voz contenida:

—Capitán, supongo que tiene una buena razón para someter mis máquinas a esta prueba.

—Una razón muy buena, señor Scott.

—Sí, señor. —El ingeniero jefe debió mirar sus lecturas de fatiga de material, porque añadió—: ¿Cuánto durará esta carrera desbocada, señor?

—Unas doce horas, señor Scott. Pasaremos a velocidad nueve siempre que las máquinas puedan resistirlo.

Hubo un largo silencio recriminatorio, luego un suspiro.

—Sí, señor.

Kirk sonrió a pesar de su ansiedad.

—No deje que se desmorone, Scotty. Convoco una reunión para dentro de cinco minutos. Sala de reuniones principal. Kirk fuera.

Oyó las puertas del puente y Spock apareció a su lado. El vulcaniano echó una ojeada rápida a los controles y se volvió hacia él, en muda interrogación.

Kirk asintió con la cabeza.

—Tenemos un problema, señor Spock. —Dio el mensaje al primer oficial, quien lo leyó con un constante ascenso de su ceja. El capitán se dirigió a Uhura—: Encuentre al doctor McCoy e infórmele de la reunión. La veré en la sala principal de reuniones en tres minutos. Spock, sígame.

En medio de un silencio total, Kirk resumió la situación y concluyó:

—Nos encontramos con un problema inusual. Los que estamos en esta sala, fuimos miembros del equipo de exploración que descubrió el Guardián y conocemos sus capacidades como portal del tiempo. Por lo tanto, les insto que no olviden que, para el resto de la tripulación, acudimos en ayuda de la *Lexington* debido a la entrada sin autorización de los romulanos en nuestro espacio; eso es todo. Ningún miembro de la tripulación de ambas naves debe conocer la existencia del Guardián. Esto incluye al comodoro Wesley y sus oficiales. ¿Está claro? —Asentimiento total en torno a la mesa—. Bien. Yo creo que la entrada de las tres naves no representa más que un grupo de reconocimiento. ¿Otras opiniones?

Spock juntó las puntas de los dedos y habló lentamente:

—Capitán, las tácticas de combate romulanas no son simples en absoluto. Estas naves podrían constituir un grupo de reconocimiento… que enmascarase la llegada de una flota. Scotty asentía.

—Sí, señor. No sería mala idea aumentar las patrullas a lo largo de la Zona Neutral. Al menos, de este modo estaríamos prevenidos si tuviéramos que enfrentarnos a una fuerza mayor.

Kirk quedó pensativo.

—Teniente Uhura, envíe un informe completo de la situación, incluido el consejo del señor Spock, a la Comandancia de la Flota Estelar. Refiérase al Guardián con el nombre en clave del planeta: Portal. Envíe el mensaje al almirante Komack, código 11.

—Sí, señor.

—Señor Scott, avise que se pase a alerta amarilla. Pueden irse. Spock, quédese, por favor.

La sala de reuniones quedó pronto vacía. El capitán miró inquieto al vulcaniano.

—¿Se le ocurre alguna idea, Spock?

—La información hasta el momento es insuficiente, como bien sabe, capitán.

—Sí; lo sé. Sería más seguro pedir ayuda a toda la Flota Estelar pero el secreto en torno al Guardián nos lo prohibe. Al fin y al cabo, dos naves estelares deberían vencer a las tres romulanas sin problemas. Levantaría sospechas si llamara a la caballería por un sol extinguido y unos cuantos planetas acabados… en uno de los cuales existe un pequeño yacimiento arqueológico.

—En cuanto el almirante Komack reciba su mensaje, destacará fuerzas suficientes a este sector. Él tiene la autoridad de la que usted carece.

—Sólo espero que no lleguemos demasiado tarde… Cuando recuerdo lo que hizo en el pasado un hombre solo sin querer, tiemblo ante la idea de lo que pueden hacer los romulanos deliberadamente. El pasado es tan condenadamente frágil… A propósito, quería comentar un asunto con usted. ¿Qué pasará con Zar?

El vulcaniano era inexpresivo.

—¿Qué quiere decir, capitán? Explíquese, por favor.

—Quiero decir que me he callado y le he dejado quedarse a bordo de la *Enterprise* hasta acostumbrarse un poco a la sociedad moderna. No sería justo dejarle suelto en un mundo con el que no sabría cómo relacionarse; ¡y me temo que tampoco hubiese sido justo para nuestra sociedad dejar a Zar suelto en su seno! —Kirk sonrió al recordar las primeras semanas del chico en la nave—. Se ha adaptado magníficamente, sin embargo, y el hecho es que se trata de un civil. Y, por muy pacíficas que sean nuestras intenciones, ésta sigue siendo una nave militar; especialmente ahora. Así que ¿qué planes tiene para él… suponiendo que salgamos de ésta?

Spock consideró las posibilidades.

—Con sinceridad, no lo sé, capitán. Evidentemente, tiene razón. Su permanencia en la *Enterprise* va contra todo lo reglamentado.

—¿Y Vulcano? Le podría llevar allí usted mismo. Le quedan días de permiso suficientes para cinco hombres. Luego podría quedarse con sus padres…

Spock negaba con la cabeza.

—No. Zar estaría en desventaja en Vulcano. El clima, por ejemplo. La atmósfera enrarecida, el calor, dificultarían su adaptación.

—Recuerdo que la atmósfera de la edad de hielo también era bastante enrarecida. El chico es sano, podría acostumbrarse al calor.

—Necesitaría vigilancia y ayuda constantes. Vulcano tiene una cultura antigua y cargada de costumbres. Habla la lengua, pero no está preparado para la estructura social. Sería… extremadamente difícil.

—Creo que no le da crédito suficiente. Se adaptaría. Pienso que le sería igual de duro, o peor, a usted.

Spock alzó la vista. Kirk afirmó con la cabeza.

—Difícil para usted porque implica caminar, clara prueba de su falibilidad. Difícil para él porque es *krenath*.

Los ojos del vulcaniano se estrecharon.

—¿Dónde ha oído esa palabra?

—Zar la pronunció una vez. Dijo que significa «los vergonzosos». También «bastardos».

Los ojos del primer oficial estaban velados, inescrutables, su rostro era una máscara alienígena que Kirk sólo había visto un par de veces en el pasado.

—Zar no comprende el contenido semántico. Y usted tampoco.

El capitán se levantó.

—Bien; no era una discusión semántica lo que tenía en mente cuando saqué el tema. Sólo quería que supiera que es un cambio necesario. Cuando entremos en alerta amarilla, dígale que queda confinado en su camarote… no, dígale que se presente a McCoy, en la enfermería. Es la parte más protegida de la nave y Bones podría necesitar ayuda para cuidar de los heridos, si hubiera enfrentamientos.

Spock alzó una ceja.

—¿Si? Las hostilidades parecen más que probables, Jim. —Me temo que tiene razón.

Zar estaba confuso y excitado. Se había despertado de un sueño inquieto para ver los destellos de un mensaje en la pantalla de su cabina. Ahora, en respuesta a las órdenes de Spock, recorría apresurado los pasillos hacia la enfermería. Era extraño no encontrar a nadie en los corredores. Una luz amarilla parpadeaba en todos los paneles de señalización. Un contingente de seguridad, incluido su amigo David, pasó a su lado corriendo, como si él fuera invisible.

La enfermería era escenario de una furiosa actividad. El doctor McCoy, la enfermera Chapel y el resto del personal médico comprobaban y disponían materiales, colocaban literas provisionales en los laboratorios. McCoy alzó la vista y vio al joven en la puerta, dudando de entrar.

—Zar, me alegro de que estés aquí. Ve al almacén y lleva el viejo estimulador coronario y el reanimador de pilas a aquel rincón de allí. Los necesitaremos si nos quedamos sin electricidad.

El doctor McCoy tuvo a todo su personal ajetreado durante las dos horas siguientes. Luego se enderezó, inspeccionó con los ojos la enfermería transformada y se dirigió a su gente.

—Supongo que no podemos hacer más, de momento. Preséntense cuando entremos en alerta roja. Zar, quédate aquí.

Cuando estuvieron solos, el joven contempló los preparativos con admiración.

—¿Qué va a pasar?

—¿Quieres decir que nadie te ha informado?

—No, el señor Spock me dijo sólo que viniera aquí para ayudarle en lo que pudiera.

—Bueno, supongo que Spock tiene muchas cosas en la cabeza. Hemos recibido una llamada de socorro de la *Lexington*, otra nave de la Federación. Han informado de la entrada no autorizada de

naves romulanas en nuestro espacio. Generalmente, cuando se habla de romulanos se habla de guerra.

—¿Guerra? ¿Quiere decir que la *Enterprise* entrará en combate? —Los ojos grises brillaron.

—Probablemente, y ni se te ocurra subir al puente. El capitán te sacaría por tus orejas puntiagudas. Te quedas aquí, donde no estorbas. Estos músculos tuyos me serán útiles si hay heridos.

—¿Cuándo entraremos en combate?

—No lo sé. Más vale que lleguemos pronto, o las máquinas se quemarán y Scotty será nuestro primer paciente.

—¿Y tengo que quedarme aquí? ¡No se puede ver nada!

McCoy suspiró.

—Sediento de sangre ¿eh? Entiende esto, Zar: no hay absolutamente nada de atractivo ni encantador en ninguna guerra, y los conflictos interestelares no son ninguna excepción. Te darás cuenta cuando tus amigos empiecen a cruzar esa puerta… con los pies por delante.

—Sé algo de los romulanos, aunque muy poco. Según lo que he leído, son enemigos mortales y brutales. ¿Cómo son?

La sonrisa de McCoy era sarcástica.

—Mírate en el espejo.

—¿Son vulcanianos?

—No exactamente. Son una ramificación de la raza primigenia que siguió su propio camino mucho antes de que los vulcanianos adoptaran su filosofía de paz y total objetividad. Los romulanos son lo que eran los vulcanianos hace mucho: indisciplinados y sanguinarios. Que nosotros sepamos, su cultura consiste en una especie de teocracia militar. Algo similar a los antiguos espartanos de la historia terrestre.

Zar asintió, distraído y repentinamente ensimismado.

—He leído sobre ellos. «Con tu escudo o sobre él». Como la cultura japonesa de principios del siglo veinte en la Tierra.

McCoy le observaba con los ojos entrecerrados.

—Algo de lo que acabo de decir te ha disgustado. —Se frotó la barbilla, pensativo—. Veamos… ¿puede tratarse de mi referencia a la naturaleza de los vulcanianos en la antigüedad? Digamos… ¿hace 5000 años?

Al médico no se le escapó un sobresalto casi imperceptible, rápidamente encubierto por una máscara de esmerada neutralidad. El joven alzó un hombro con aquel molesto gesto de casi indiferencia.

—No sé de qué me está hablando.

—Y una porra, que no lo sabes. Eres más mentiroso que Spock. Jim me dijo que habló contigo. Me puedo imaginar lo que piensas de tu padre, pero…

—Prefiero no hablar de eso —le interrumpió Zar. McCoy ya conocía esa expresión, velada, obstinada, distante. Durante años le había perseguido desde otro rostro, ahora despertaba su ira.

—Hoy, en el comedor, actuaste como un niño de diez años. Dios sabe que no suelo defender a

Spock pero no deberías haberle ofendido, especialmente delante mío y de Scotty. Has de crecer. Fuera lo que fuese que pasó allá, en la edad de hielo de Sarpeidón, no tiene nada que ver con…

—¡He dicho que no quiero hablar de ello! —Los ojos grises empezaban a mostrar un brillo extraño y las grandes manos con sus dedos largos y nervudos se abrían y se cerraban compulsivamente. Sin quererlo, McCoy recordó lo duras que le habían parecido estas manos cuando le cogieron por el cuello, y volvió a sentir la roca húmeda de la pared de la cueva contra su espalda. Una punzada de miedo (¿rememorado o actual?) se le clavó en el espinazo como una astilla helada.

A pesar del miedo —o debido a él— McCoy sintió alzarse su ceja y oyó el viejo tono cínico de su propia voz:

—Tengo un verdadero talento en la provocación de seres supuestamente lógicos y sin emociones ¿no te parece? ¿O es que no soportan oír la verdad acerca de ellos mismos?

Zar apretó la boca, luego relajó los hombros y asintió, abatido.

—Tiene razón. Siento lo que ha pasado. Ojalá pudiera decírselo pero se quedaría mirándome, y volvería a sentirme estúpido y confundido. Es como intentar mover una montaña con las manos, y nunca será distinto. —Movió la cabeza—. Debo marcharme, tan pronto como la *Enterprise* llegue a puerto.

—¿Marcharte? —El médico fingió una tranquilidad que no sentía; de pronto se daba cuenta de lo mucho que le echaría de menos—. ¿Para ir adónde?

Los ojos grises midieron su preocupación y se suavizaron.

—He estado pensando en ello. Necesito un lugar donde pueda valerme yo solo. Un lugar donde lo que soy, las cosas que sé hacer, sean necesarias, no problemáticas. Quizás en uno de los planetas fronterizos… —Algo que no era una sonrisa rozó las comisuras de sus labios—. Ya le diré dónde. Usted es casi la única persona a la que le importaría… desde luego a él no.

—Estás equivocado. Al fin y al cabo, él…

—Me encontró. —Zar le interrumpió con un cansado asentimiento de la cabeza—. Lo que le importaba era el simple hecho de mi existencia. No yo. Sólo hay una persona que le importe mucho al comandante Spock y ésa… —Calló, como si acabara de recordar que hablaba en voz alta. Un músculo de su mandíbula tembló, y terminó con mucha suavidad—: No soy yo.

McCoy se atrevió a tender una mano y tocar aquel hombro rígido.

—Dale tiempo, hijo. Para él es aún más difícil que para ti. La paternidad nunca ha sido sencilla… ni siquiera cuando se alcanza por medios tradicionales. Mucho menos cuando te cae del cielo. No es fácil. Yo sé lo que me digo, logré hacer una chapuza de mi propio intento.

—¿Usted? —Zar levantó la mirada—. ¿Qué quiere decir?

—Estuve casado… durante un tiempo. Tengo una hija, se llama Joanna. Tiene casi la misma edad que tú.

—¿Dónde está?

—En la facultad de Medicina. Estudió para enfermera, luego decidió especializarse y volvió para su licenciatura. Tengo una foto suya, te la enseñaré… alguna vez. Es guapa, afortunadamente se parece a su madre.

Zar estaba interesado.

—¿Es como usted… tan buena, quiero decir? McCoy rió por lo bajo.

—Es mejor que yo… auténticamente encantadora. No la he visto en tres años, pero se licencia dentro de seis meses e intentaré ir. Os presentaré si sigues aquí… no, quizá no fuera prudente…

Los ojos grises estaban confusos.

—¿Qué quiere decir?

—He visto el efecto que tienen estas malditas orejas en las hormonas femeninas… y, aunque parezca ilógico, todos los padres tienden a ser superprotectores.

El joven se sorprendió, pero la sonrisa del médico le hizo relajarse.

—Oh… —dijo sumisamente—. Me está tomando el pelo… Una alarma chilló sin aviso. Zar dio un brinco. La voz de la teniente Uhura resonó por toda la nave.

—Alerta roja. Todos a sus puestos, alerta roja. Puestos de combate, alerta roja.

La sirena no dejó de aullar.

McCoy se levantó, las facciones endurecidas.

—Allá vamos. Al menos se ha acabado la espera.

11

—Todos los puestos informan estado de alerta roja, capitán —dijo Uhura.

—Entramos en el sector 90.4, señor —dijo Sulu con voz tranquila.

—Reducir a velocidad inferior a la de la luz; timón, teniente Uhura ¿detectan algo?

—Sí, señor. Llamada de la *Lexington*. —Páselo a audio, teniente.

—Sí, señor.

Se oyó la crepitación de interferencias, luego una voz angustiada inundó el puente. Uhura hizo un apresurado reajuste.

—… perdido nuestros deflectores de popa. Naves enemigas aproximándose. *Enterprise* ¿me recibe? Responda, *Enterprise*.

—Abra un canal, teniente. Intervéngalo.

—Sí, señor… Adelante, señor.

Kirk habló, con la vista fija en la pantalla del visor de proa.

—Aquí el capitán Kirk, de la *Enterprise*, le recibimos *Lexington*. ¿Cuál es su situación? Cambio.

Una voz nueva.

—¿Jim? Bob Wesley al habla. Les hemos mantenido a raya hasta el momento, pero hemos perdido nuestros deflectores de popa y nuestro escudo de babor no aguantará otro impacto directo. Cambio.

—Aguanta, Bob… os tengo en pantalla.

Una estrella grande y tres más pequeñas se materializaron y crecieron rápidamente hasta que la tripulación del puente pudo distinguir la nave tocada. Las naves romulanas, de menor tamaño, la rodeaban con cautela, temerosas de su mayor potencia de fuego. Cada vez que encontraban una brecha, una de ellas se aprovechaba de su mayor capacidad de maniobra, se lanzaba en la abertura, disparaba y se retiraba antes de que la *Lexington* pudiera apuntarle con sus armas.

—Prepare baterías fásicas delanteras, señor Sulu. —Baterías fásicas listas, señor.

—Dispare una ráfaga de diez segundos cuando dé la orden, luego cambie el rumbo inmediatamente a cuatro-cinco dos punto cero.

—Rumbo cuatro-cinco-dos punto cero, tan pronto hayamos disparado, sí, señor. Fásicas preparadas.

Kirk estudió el panel de instrumentos, contó los segundos y dijo con calma:

—Fuego.

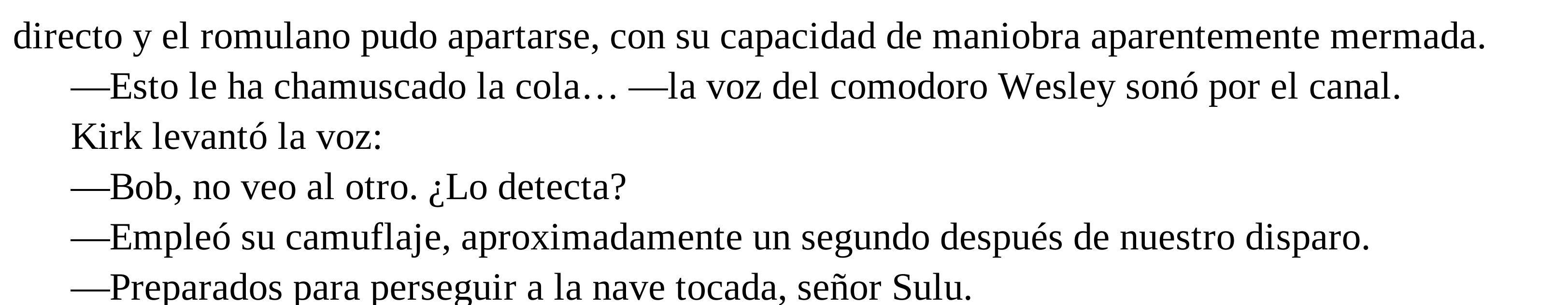
Los rayos mortales se dispararon y dieron de lleno contra la nave de combate central de los romulanos. Una repentina explosión cegadora inundó la pantalla y desapareció; la *Enterprise* cambió de rumbo. La tripulación esperó, tensa. Se produjo una sacudida y un leve bandazo.

—Un impacto en los deflectores a estribor, capitán; nada serio —informó Sulu.

—Nuevo rumbo a cinco-tres-ocho punto dos-cuatro, señor Sulu. A por los otros.

—Sí, señor… La *Lexington* acaba de disparar sus baterías principales, señor.

Kirk ya estaba observando los instrumentos entre ojeadas a la pantalla. El impacto no fue



directo y el romulano pudo apartarse, con su capacidad de maniobra aparentemente mermada.

—Esto le ha chamuscado la cola… —la voz del comodoro Wesley sonó por el canal.

Kirk levantó la voz:

—Bob, no veo al otro. ¿Lo detecta?

—Empleó su camuflaje, aproximadamente un segundo después de nuestro disparo.

—Preparados para perseguir a la nave tocada, señor Sulu.

Rumbo tres-dos-seis punto cero-cuatro.

—Sí, señor. Tres-dos-seis punto cero-cuatro… Capitán, acaba de desaparecer de pantalla.

Kirk se volvió hacia su oficial científico.

—Spock, todos los sensores a infrarrojos. Deberíamos poder detectar sus emisiones térmicas aunque no podamos verlos ni detectarlos por radar.

El vulcaniano se inclinó sobre sus sensores y volvió a enderezarse tras tensos momentos.

—Negativo, capitán. He detectado una pista débil, pero cambian de rumbo con frecuencia y la tapan. Este sector está lleno de distorsiones radiactivas que invalidan las lecturas del radar.

—Muy bien. Póngame con la *Lexington*.

Tan pronto Kirk se aseguró de que las condiciones a bordo de la otra nave de la Federación se habían estabilizado y que las reparaciones estaban en marcha, ordenó que la *Enterprise* volviera a la alerta amarilla. La atmósfera en el puente se relajó apreciablemente, y el capitán hizo una seña a su primer oficial. Cuando el vulcaniano estuvo a su lado, preguntó quedamente:

—¿Su opinión, Spock?

—Un simulacro, señor. Una maniobra de diversión para conseguir algo muy distinto a un ataque contra una de nuestras naves. De no ser así, la *Lexington* hubiese sufrido daños mucho peores. Los romulanos serán muchas cosas, pero no cobardes. No hubiesen huido aunque les aventajáramos con mucho. Su ética guerrera exigiría sangre por sangre.

—Estoy de acuerdo. Ahora debemos averiguar por qué estaban dispuestos a sacrificarse o bien a actuar en contra de sus propias doctrinas para mantenernos ocupados… Sin embargo, lo primero que voy a hacer es alejar a aquellos arqueólogos del Portal.

—Una decisión lógica, capitán. Se me acaba de ocurrir que los romulanos pueden haber lanzado un transbordador antes de que llegáramos. La *Lexington* pudo no darse cuenta, ya que se veía atacada por todas las bandas. Si realmente han lanzado uno, debería poder obtener lecturas de vida…

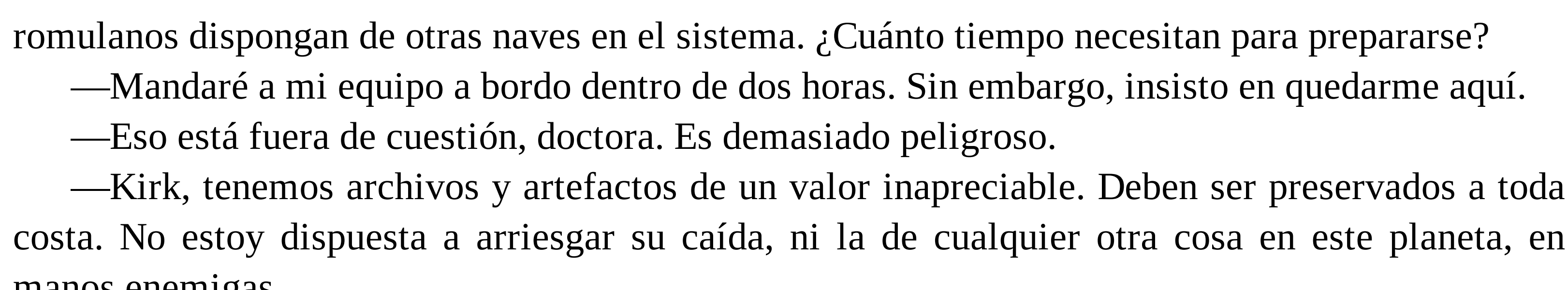
—Manos a la obra. —El vulcaniano se alejó y Kirk se dirigió a su oficial jefe de Comunicaciones—. Teniente Uhura, póngase en contacto con la doctora Vargas, en la superficie del planeta.

—Sí, señor.

Tras una larga pausa, el rostro de la arqueóloga en jefe llenó la pantalla. La imagen oscilaba y se cubría de ondulaciones erráticas.

—¿Capitán Kirk?

—Sí, doctora. Hemos solicitado apoyo adicional de la Flota Estelar. Mientras tanto, quiero que usted y su equipo se preparen para ser trasladados a bordo. Cabe la posibilidad de que los


romulanos dispongan de otras naves en el sistema. ¿Cuánto tiempo necesitan para prepararse?

—Mandaré a mi equipo a bordo dentro de dos horas. Sin embargo, insisto en quedarme aquí.

—Eso está fuera de cuestión, doctora. Es demasiado peligroso.

—Kirk, tenemos archivos y artefactos de un valor inapreciable. Deben ser preservados a toda costa. No estoy dispuesta a arriesgar su caída, ni la de cualquier otra cosa en este planeta, en manos enemigas.

—Enviaré un pelotón de seguridad para que les ayude a empaquetar los artefactos; en cuanto a los archivos, los pueden transmitir. El Portal será defendido por mis fuerzas de seguridad hasta que puedan volver a bajar al planeta sin peligro.

—No. Es demasiado peligroso permitir el acceso de personal no autorizado a… las ruinas. Podrían… dañarlas.

Un gemido de interferencias. La imagen desapareció y volvió a aparecer. Kirk se enderezó.

—Doctora Vargas, tomaré todas las precauciones para que mis guardias de seguridad no… dañen nada. Asumo toda la responsabilidad. Trasladaré un equipo al planeta inmediatamente, para que les ayude a recoger. Tendrán instrucciones de asegurarse de que todos y cada uno de ustedes sea trasladado a la nave, junto con los archivos. ¿Comprende?

Su voz era dura.

—Mi equipo de comunicaciones no funciona bien, capitán… no he podido oírle… estaré a la espera de su equipo de seguridad… —La imagen saltó, se difuminó y volvió a estabilizarse—. Cuando tengamos empaquetados los equipos, me pondré en contacto con usted para que traslade mi personal y sus guardias.

—A usted también, doctora. Es una orden.

—Lo siento, capitán. No le puedo oír… pierdo el contacto…

La imagen se borró de la pantalla y Uhura se apartó de su panel.

—Ha cortado la corriente, señor.

Kirk resistió su impulso de dar un golpe con el puño contra el brazo de su sillón de mando.

—Que no me podía oír… no le puedo permitir que… —se controló con esfuerzo—. Uhura ¿tenía realmente problemas con su equipo de comunicaciones?

—Sí, señor. Pero no ha perdido el contacto; lo ha cortado ella misma.

—Lo que pensaba. De todas las tercas… —Sacudió la cabeza, decepcionado—. Supongo que yo me sentiría igual. Aun así, no puedo permitir…

Spock se acercó a su lado y bajó la voz.

—Capitán, debo hablar con usted.

En la sala de reuniones, desierta, quedaron uno frente al otro. El vulcaniano dejó caer su largo cuerpo en una silla y miró sus manos.

—Capitán, cuando reparé el equipo en el campamento arqueológico me di cuenta de que necesitaba una urgente revisión general. Su sistema de comunicaciones no es fiable, y es peligroso depender de comunicadores portátiles. Las emanaciones crónicas del Guardián y las bolsas de radiación de las estrellas negras del sector afectan tanto a las comunicaciones como a las lecturas de los sensores. Recomiendo que, a falta de lecturas de vida fiables, evacuemos a los arqueólogos

y destaquemos un equipo de seguridad bajo mis órdenes. Incluso podría conseguir rodear al Guardián con un campo de fuerza que le proporcione protección adicional. Kirk asintió.

—Estoy de acuerdo con usted en todo, excepto en una cosa. No le enviaré al Portal con el equipo de seguridad. Le necesito aquí para que controle las emanaciones del Guardián. Con estas comunicaciones problemáticas no puedo permitirme el riesgo de que se quede aislado. Su conocimiento del Guardián es demasiado valioso para perderlo.

—Sí, señor.

—Siga perfeccionando esta idea del campo de fuerza como protección última del Portal del tiempo. Esperemos, no obstante, que las cosas no lleguen a tanto.

Finalizada la alerta roja, Zar volvió a la cabina que compartía con Steinberg y Córdova. Entró cuando ellos comprobaban las cargas de sus pistolas fásicas y enganchaban sus comunicadores en los cinturones. Llevaban uniformes de campaña.

—Me alegro de que hayas vuelto, viejo —dijo Steinberg, y le tendió la mano—. Juan y yo queríamos despedirnos antes de partir.

Perplejo, Zar les dio la mano a los dos.

—¿Dónde vais, Dave?

—Al planeta. La bola de roca más fea y yerma que he visto en mi vida. Ni siquiera mujeres bonitas. Sólo un montón de arqueólogos viejos de los que cuidar. Pero bueno… las órdenes son órdenes.

—¿Arqueólogos?

—Sí, una tal doctora Vargas está al mando. Les están evacuando y tenemos que montar guardia sobre no sé qué viejas ruinas. No alcanzo a comprender por qué los romulanos querrían invadir este sector… nada más que soles extinguidos y un planeta más que acabado.

Juan Córdova sonrió.

—Mantén la vieja guarida limpia mientras no estemos. Cuando volvamos, te daré la próxima lección de «El curso de Córdova en Corrupción». Puede que el alcohol y las cartas no hayan dado tan buen resultado, pero ¡espérate hasta la próxima! Mujeres… —Córdova golpeó con el codo las costillas de Steinberg—. Míralo, Dave, ¡se ha sonrojado!

Zar les miraba con una mezcla de diversión y molestia.

—Juan, he estado buscando a alguien en quien practicar aquella clave del hombro. Me parece que alguien acaba de ofrecerse voluntario… —Avanzó hacia Córdova con decisión y éste se escondió tras Steinberg, riéndose.

—Venga, Dave. Más vale que nos marchemos antes de que se enfade de verdad… —Los dos miembros de seguridad recogieron sus equipos y se dirigieron a la puerta. Ya desde el pasillo, Córdova hizo un gesto a Zar con los dos pulgares levantados—. Hasta luego; ¡manténte alejado de hombres y perros desconocidos!

Una de las cejas negras subió hacia arriba.

—¿Perros? No hay perros en la *Enterprise*…

Steinberg movió la cabeza.

—Quiere decir «cuídate». Te enviaremos una postal del fabuloso Portal…

—¡Dave, Juan! —Extrañamente reacio de dejarles marchar, Zar salió al pasillo y gritó tras ellos—: ¿Qué es una postal?

—Te lo diremos cuando volvamos. —Las puertas del turboascensor se cerraron tras ellos.

De repente, la cabina parecía mucho más grande y el silencio era opresivo. Zar se metió en su cubículo y cogió su block de dibujo pero no pudo concentrarse en ello. Se dio cuenta de que estaba garabateando líneas al azar, líneas que formaban… formaban una cara. Se quedó mirando, fascinado por las facciones familiares de su bosquejo. Cabello crespo, patas de gallo, arrugas de risa… la doctora Vargas…

Tiró el block al suelo y comenzó a recorrer la pequeña habitación con pasos agitados; luego cogió la cinta de la historia de Sarpeidón —la que mostraba sus pinturas rupestres— y la puso en el visor. Giró las páginas buscando distraídamente entre palabras e ilustraciones y recordando su conversación con Dave. De golpe, sus delgados dedos apretaron compulsivamente el botón de control de velocidad y Zar miró fijamente la imagen en pantalla. No puede ser… Dirigió una mirada involuntaria a la pintura en el caballete y apagó el visor con una mueca de preocupación.

«Dos misterios…» Las palabras del hombre de seguridad resonaron en su mente y, a pesar suyo, las aproximaciones lógicas que le había enseñado Spock dispusieron la situación en términos de ecuación. Y no le gustaba su solución. Finalmente, se fue a la consola de la computadora de la biblioteca y tecleó una pregunta. Tras un rápido chasqueo, se encendió una luz en la pantalla de la consola: «No se dispone de información en este área».

Incapaz de relajarse, vagó por los pasillos de la nave. La *Enterprise* parecía oprimirle, sus corredores estaban casi desiertos. Varias veces giró de golpe, bajo la impresión de que alguien le seguía. Estaba solo. Reconoció una sensación en la nuca. Había sentido más veces aquel cosquilleo cuando acechaba sus presas, sólo para descubrir que él también estaba siendo acechado a su vez.

Resistió el impulso de visitar a McCoy, ya que sabía que el médico estaba ocupado. Consideró brevemente ir al comedor para picar algo, pero se dio cuenta de que la inquietud de su estómago no tenía nada que ver con el hambre. Achacó su creciente incomodidad a la soledad y trató de superarla. Al fin y al cabo, la soledad era algo con lo que había aprendido a convivir hacía años; algo que siempre estaba allí, como el sol, las rocas y el hambre. Era extraño pero, en aquellos días, hubiese pensado que la cura era la gente… gente con quien estar, con quien hablar… Por el contrario, ahora parecían ser el problema. No era lógico pero, no obstante, era cierto.

Su pensamiento volvió a Spock y se preguntó qué estaría haciendo el vulcaniano. Recordó la escena en el comedor. Su ira había desaparecido; sólo quedaba la futilidad… y la vergüenza. ¡Qué ingenuo había sido! Algo le apretó en el vientre y tembló, incómodo.

Sin darse cuenta, sus pasos le habían llevado al gimnasio. Estaba desierto, pocos miembros de la tripulación estaban libres de servicio, debido a la alerta. Se quitó la camisa y se agachó para desabrocharse los zapatos. Un poco de ejercicio le relajaría.

Gimnasia, media hora de correr en la cinta y una sesión de levantamiento de pesas. La dura

actividad física le era familiar y, por lo tanto, reconfortante. Antes, su vida dependía de su fuerza, sus reflejos y su resistencia. Zar consideraba que su cuerpo era un instrumento de supervivencia, y sus habilidades le proporcionaban un placer desapasionado.

Estaba sostenido cabeza abajo sobre las anillas, suspendido a casi tres metros por encima del suelo, cuando se dio cuenta de que tenía una espectadora. Una mujer joven en pantalón corto y camiseta de gimnasia le miraba desde abajo. Su mirada, verde y cándida incluso vista al revés, le desconcertó. Sus movimientos, hasta el momento suaves y medidos, se tornaron bruscos y torpes y casi se cayó, logrando en el último instante aterrizar sobre los pies con un golpe sordo bastante indigno.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Asintió con la cabeza, incapaz de pensar en algo que decir.

Desde su llegada a la *Enterprise* había tenido pocos contactos con mujeres, salvo la teniente Uhura y la enfermera Chapel. Uhura era amiga suya, tanto como Scotty o Sulu. Su relación con Chapel era diferente, enigmática. Percibía en ella sentimientos oscuramente recordados de Zarabeth, especialmente desde el día en que Christine le hizo un análisis de cromosomas y le previno que no dijera nada a nadie. Sus preguntas, sus porqués y para qués resultaron inútiles. Chapel se negó a hablar del asunto.

Su visita vaciló y luego sonrió.

—No quería asustarte. Esperaba una oportunidad para hablar. —Su voz era clara y agradable—. Soy Teresa McNair.

—¿Cómo está usted?

Esas palabras formales sonaron vacías pero fueron las únicas que se le ocurrieron. Era perfectamente consciente de su juventud y de que su cabeza apenas le llegaba al hombro. La tanteó cautelosamente, rozó sus sentimientos y encontró expectación mezclada con una aprobación valorativa. «Por alguna razón, ella esperaba que yo reconociera su nombre… ¿Por qué?»

—¿De qué quería hablar conmigo? —preguntó.

—Siento una especie de interés propietario, se podría decir. —Vio su expresión confusa y prosiguió—. Mi segundo campo es la antropología alienígena.

Persistía aquella sensación de secreto conocimiento a la que se esperaba que respondiera…

—¿Cuál es tu campo principal? —Había captado su interés.

Ella alzó una ceja burlona.

—¿Cuando estoy de servicio o en mis horas libres?

—¿Perdón?

La divertía, y este sentimiento trascendía en pequeñas y cálidas oleadas que él recibía aunque sin conocer su razón.

—Hablas exactamente igual que él. No importa. Soy la especialista en electrónica más joven del personal técnico del ingeniero jefe Scott. Esto significa que me toca hacer todo el trabajo sucio sin recibir nada de la gloria.

Ladeó la cabeza para estudiar su cara y él recordó, de repente, su cabello sudoroso y sus pies

descalzos.

—Cuesta creerlo —musitó ella, casi para sí—. Eres todo un artista ¿sabes?

Complacido por el cumplido, Zar casi se dejó llevar y estuvo a punto de sonreírle abiertamente. Logró reprimir la sonrisa a tiempo.

—¿Has visto mis pinturas?

—Oh, sí. —Su sonrisa desapareció lentamente, y los ojos verdes perdieron su expresión expectante—. No tienes la menor idea de lo que estoy hablando ¿verdad?

—No.

—Me avergüenzo… ha sido deshonesto tratar de jugar contigo. No te preocupes, nunca hablaré de ello con nadie. —Irguió la cabeza; esta vez su sonrisa era diferente—. Olvidémoslo. Te… ¿qué ocurre?

Zar se había llevado la mano a la cabeza, cerrando los ojos.

—No sé… me ha dolido la cabeza. —La sacudió y los surcos del dolor se borraron—. Ahora está mejor.

—Por un momento, se te ha puesto un aspecto horrible. Más vale que te vea el doctor McCoy.

—Más tarde quizás. Ahora tengo que lavarme.

—Pero yo te he interrumpido. Sigue con lo que estabas haciendo.

—No, ya había acabado.

Trató de pensar en algún modo de prolongar la conversación pero su imaginación le falló. Se dio cuenta de que estaba allí, mirándola, y se volvió bruscamente.

McNair no se movió, se quedó observando la alta y delgada figura. Casi había llegado a la puerta cuando se tambaleó y cayó.

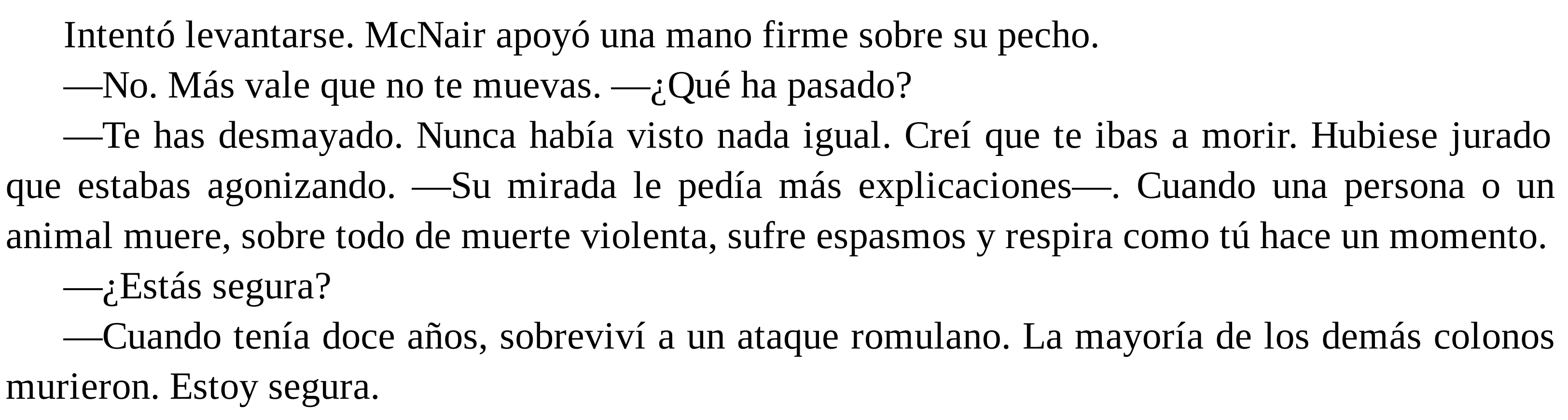
«¡El dolor!» Le golpeó detrás de los ojos y él se dobló, mareado. Zar sintió vagamente cómo su hombro se deslizaba por el marco de la puerta, cómo sus rodillas se doblaban, y la frialdad de la pared metálica en su cuerpo semidesnudo. Una oscuridad estriada de rojos le invadió, le cegó la vista, y luego nada…

McNair le alcanzó segura de que se estaba muriendo. Todos sus músculos estaban contraídos, su cabeza caía hacia atrás; boqueaba; enormes, dolorosas bocanadas de aire. Le dolía oír el rasposo silbido de aquella respiración. Cayó de rodillas, evitando los brazos extendidos, y el boqueo cesó. Aunque sabía que no había esperanza, cogió su rostro entre las manos y se preparó para apartarle del mamparo, para poder abrir las vías respiratorias y hacerle la respiración artificial.

De pronto y de forma natural él empezó a respirar con normalidad. McNair, asombrada, quedó boquiabierta y se sentó sobre los talones; sus dedos comprobaron el pulso en la muñeca. «Extremadamente rápido… pero quizá sea normal para él. La temperatura de su piel es elevada pero esto también podría ser normal. Está sudando… pero quizá se deba al ejercicio…» Movió la cabeza, desconcertada.

Las negras pestañas se abrieron y la miró; luego pareció darse cuenta de que estaba tendido en el suelo, medio apoyado contra la pared.

—¿Qué?



Intentó levantarse. McNair apoyó una mano firme sobre su pecho.

—No. Más vale que no te muevas. —¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado. Nunca había visto nada igual. Creí que te ibas a morir. Hubiese jurado que estabas agonizando. —Su mirada le pedía más explicaciones—. Cuando una persona o un animal muere, sobre todo de muerte violenta, sufre espasmos y respira como tú hace un momento.

—¿Estás segura?

—Cuando tenía doce años, sobreviví a un ataque romulano. La mayoría de los demás colonos murieron. Estoy segura.

El joven se movió con cautela, sin intentar levantarse. El dolor ya sólo era un recuerdo, había desaparecido, como si no hubiese existido. Se sentía cansado y muy hambriento.

—¿Qué tal te sientes? —Ella le observaba atentamente.

—Bien.

No le miró a los ojos. De pronto, se dio cuenta de la presión de su mano, y la sensación de sus dedos sobre su piel era grata y refrescante. A través del contacto pudo percibir su preocupación por él, y algo más… en el fondo, vagamente, a ella le gustaba tocarle. La idea le perturbó y le excitó. Quería quedarse allí, inmóvil, contento de esperar… ¿qué? El pensamiento le conmocionó y, antes de darse cuenta, se dio la vuelta y se puso de pie. La miró desde su altura:

—Ya estoy bien.

McNair negó con la cabeza.

—Hace un momento, desde luego, no estabas nada bien, pero si tú lo dices…

Tendió la mano para no perder el equilibrio mientras se ponía de pie; sintió que él la cogía y la levantaba con una fuerza que le sorprendió hasta que recordó su ascendencia, y el hecho de que la gravedad en Sarpeidón era superior que en la Tierra.

—¿Te ha pasado más veces esto? ¿Desmayos, pérdida de la conciencia…?

—No… —Titubeó y acabó por negar con la cabeza—. No. No sé a qué se debe… No recuerdo…

La miró y ella bajó la vista. Intuyó que trataba de ocultarle algo.

—¿En qué estás pensando?

—En nada. Es mejor que te vea McCoy lo antes posible. Pregúntale a él.

Los ojos grises tenían una mirada intensa y la calma inhumana de su rostro se convertía en una máscara.

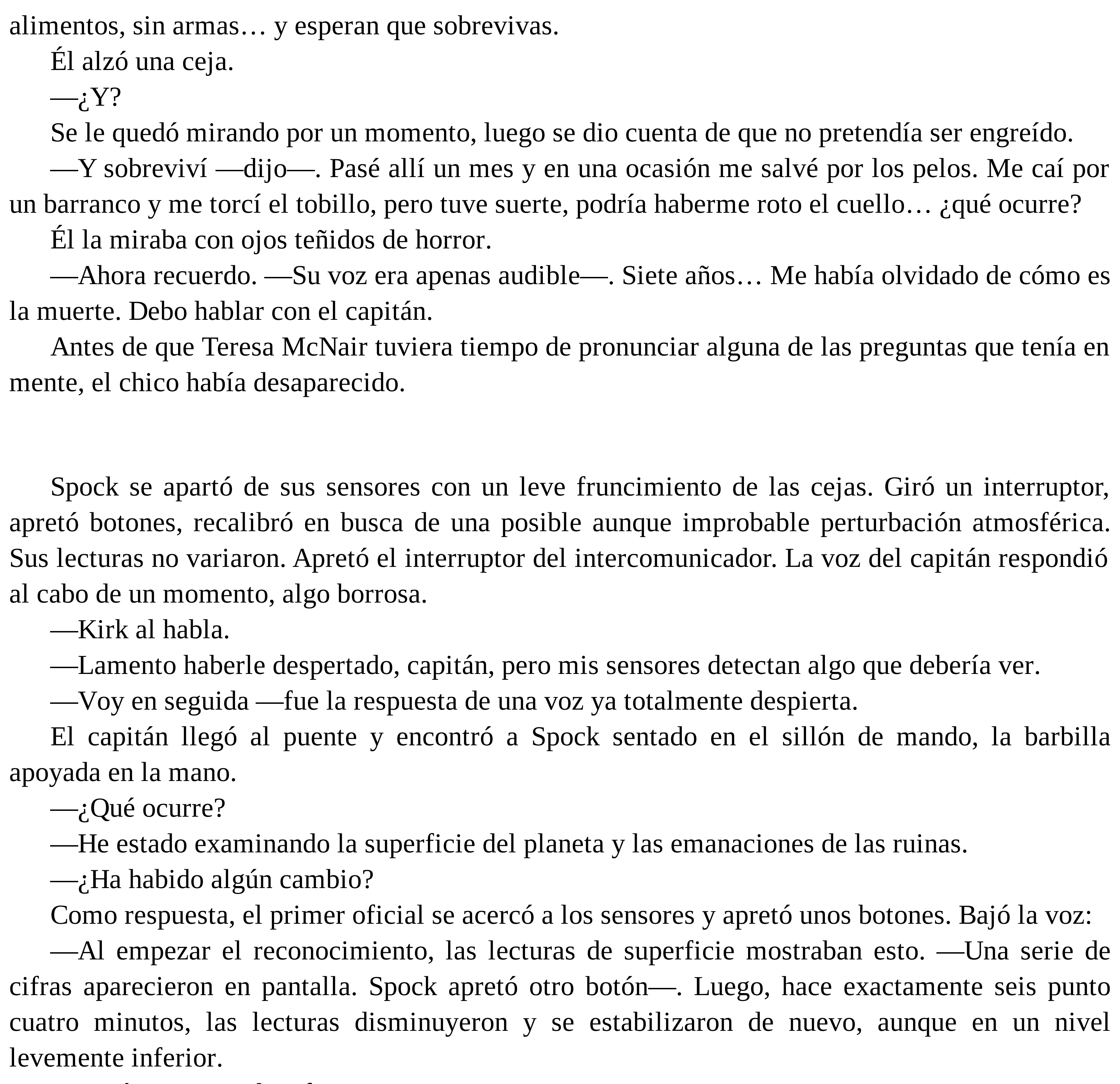
—Estás pensando en lesiones cerebrales ¿no es así? Epilepsia… cosas así… ¿verdad?

Ella asintió, dubitativa.

—Supongo que cabe la posibilidad. —Reprimió un escalofrío—. Hay algo… —Movió la cabeza—. No puedo recordar…

Después de ducharse, subieron al comedor para comer y ella le habló de su planeta natal y de su formación en la academia de la Flota Estelar. Él escuchaba con atención, absorto. McNair concluyó su relato con una descripción de la prueba de supervivencia a la que tenían que someterse los cadetes del último curso.

—Es brutal. Eligen un planeta casi inhabitable, dejado de la mano de Dios, y te abandonan; sin



alimentos, sin armas… y esperan que sobrevivas.

Él alzó una ceja.

—¿Y?

Se le quedó mirando por un momento, luego se dio cuenta de que no pretendía ser engreído.

—Y sobreviví —dijo—. Pasé allí un mes y en una ocasión me salvé por los pelos. Me caí por un barranco y me torcí el tobillo, pero tuve suerte, podría haberme roto el cuello… ¿qué ocurre?

Él la miraba con ojos teñidos de horror.

—Ahora recuerdo. —Su voz era apenas audible—. Siete años… Me había olvidado de cómo es la muerte. Debo hablar con el capitán.

Antes de que Teresa McNair tuviera tiempo de pronunciar alguna de las preguntas que tenía en mente, el chico había desaparecido.

Spock se apartó de sus sensores con un leve fruncimiento de las cejas. Giró un interruptor, apretó botones, recalibró en busca de una posible aunque improbable perturbación atmosférica. Sus lecturas no variaron. Apretó el interruptor del intercomunicador. La voz del capitán respondió al cabo de un momento, algo borrosa.

—Kirk al habla.

—Lamento haberle despertado, capitán, pero mis sensores detectan algo que debería ver.

—Voy en seguida —fue la respuesta de una voz ya totalmente despierta.

El capitán llegó al puente y encontró a Spock sentado en el sillón de mando, la barbilla apoyada en la mano.

—¿Qué ocurre?

—He estado examinando la superficie del planeta y las emanaciones de las ruinas.

—¿Ha habido algún cambio?

Como respuesta, el primer oficial se acercó a los sensores y apretó unos botones. Bajó la voz:

—Al empezar el reconocimiento, las lecturas de superficie mostraban esto. —Una serie de cifras aparecieron en pantalla. Spock apretó otro botón—. Luego, hace exactamente seis punto cuatro minutos, las lecturas disminuyeron y se estabilizaron de nuevo, aunque en un nivel levemente inferior.

Mostró otra serie de cifras.

—Es como si las emanaciones del Guardián hubiesen… decrecido un poco… —murmuró Kirk mientras estudiaba las cifras.

—Exactamente.

—¿Cuál podría ser la causa de ello?

—Una serie de cosas. Podría ser resultado de una alteración natural de las emanaciones crónicas de las ruinas. O el efecto de algún tipo de campo de fuerza contenedor.

—¿Campo de fuerza? —preguntó Kirk.

—Es posible. Sin embargo, debería poder detectar la presencia de un campo de fuerza, y mis sensores no indican nada. De hecho, me extraña la falta de lecturas positivas en todo el área del

Guardián.

—¿Y la lectura de formas de vida? ¿El equipo de aterrizaje?

—He recalibrado para las perturbaciones crónicas… no he seguido al equipo de aterrizaje.

El capitán se dio la vuelta.

—Teniente Uhura ¿cuáles son las últimas noticias del equipo de aterrizaje?

—Informaron de que el sistema de comunicaciones del planeta está totalmente averiado y que recurrirían a sus comunicadores portátiles. Eso fue hace casi dos horas y media. Hace casi una hora, avisaron de que iban a transportar la colección de artefactos a la nave, cosa que han hecho. Deberán ponerse en contacto con nosotros pronto, señor. —Se interrumpió y recorrió su teclado con los dedos—. Algo llega en este momento, capitán.

Kirk y Spock se situaron a su lado mientras escuchaba atentamente. Finalmente alzó la vista hacia ellos, sus ojos negros serios.

—Capitán, es un mensaje del almirante Komack. Base Estelar Uno acaba de informar de que diez naves romulanas han violado la Zona Neutral y se dirigen hacia este sector. Tiempo estimado de llegada, catorce horas. Ha enviado cinco naves estelares y un acorazado; a velocidad máxima, deberían estar aquí en catorce horas y media. Quizá menos.

—Gracias, teniente. Póngase en contacto con el equipo de aterrizaje. Dígales que estén listos para volver a bordo. Informe al teniente Harris que si la doctora Vargas le causa problemas tiene mi permiso para traerla a la fuerza. No puedo dejar a nadie en esa superficie.

—Sí, señor. La teniente volvió a su consola de comunicaciones.

—Spock, prosiga con el registro de estas emanaciones. Infórmeme si se producen nuevas alteraciones en las lecturas. —El capitán bajó la voz—. Debemos evitar la menor posibilidad de que los romulanos lleguen al Guardián. Aunque signifique destruirlo.

El vulcaniano alzó una ceja.

—Capitán, la pérdida científica sería…

—Irreparable. Lo sé. Pero quizá no haya alternativa. —Kirk se dirigió de nuevo a la consola de comunicaciones—. Teniente, ¿tiene ya comunicación con el equipo de aterrizáje?

Uhura negó con la cabeza, ajustó el receptor en su oído y lo intentó otra vez. Y otra vez. Finalmente, miró a Kirk, que la observaba tenso.

—Lo siento, señor. No responden. Nadie responde.

12

A pesar de las protestas de Spock, Kirk encabezó el equipo de salvamento. Cuando llegaron a las coordenadas del primer equipo de aterrizaje, encontraron el área desierta. El equipo de salvamento se agrupó contra el azote del viento, mientras McCoy exploraba el entorno.

—No hay lecturas de vida, espera, una muy débil. Por aquí. —Empezaron a correr.

Lo que quedaba del equipo de aterrizaje estaba esparcido, junto a los arqueólogos, en torno al edificio del campamento, destruido. Kirk se mordió el labio y cerró los ojos. Al cabo de un instante recobró el control y se unió a McCoy, inclinado sobre una figura tendida boca abajo.

La doctora Vargas estaba casi irreconocible. Al acercarse el capitán, McCoy le miró y le hizo una rápida seña con la cabeza.

—¿Puede hablar, Bones?

—Lo dudo.

Al sonido de sus voces, la forma abatida se movió y abrió los ojos.

—Kirk…

La voz era tan débil que el capitán empujó a McCoy y casi puso el oído junto a la boca. Se dio cuenta de que ella no podía verle y le cogió la mano.

—Estoy aquí, doctora Vargas… ¿quién ha sido?

—… Rom…

—¿Puedes darle algo que le ayude a hablar, Bones?

McCoy negó lúgubremente con la cabeza.

—No, Jim. Cualquier estimulante aceleraría su fin. —¡No es eso lo que te he preguntado! ¿Puedes darle algo para que hable?

—Cordracina o trimetilfenidato, pero…

—¡Maldita sea, Bones, dáselo! ¡Tengo que averiguar si los romulanos han encontrado al Guardián!

McCoy musitó algo con media boca pero sacó su jeringa, y Kirk oyó su silbido cuando la puso contra el brazo de la mujer. Ella abrió los ojos y gimió.

—¿Han descubierto la verdad, doctora Vargas? —La sacudió suavemente—. ¿Conocen el emplazamiento del Guardián?

—No… no tenían drogas… métodos brutales… Torquemada… luchamos… demasiados, demasiado… fuertes. Pero no… hablamos. Deténgales…

Cerró los ojos y los volvió a abrir de par en par, retorciéndose en las manos de Kirk. Él pudo oír sus desgarrados boqueos y luego su voz, esta vez sorprendentemente clara:

—Los debe detener. Mi Guardián… no se debe utilizar para…

Los ojos azules se cerraron y se abrieron de nuevo cuando la cabeza cayó hacia atrás. El capitán la depositó suavemente en el suelo y McCoy le cerró los ojos.

Cuando Kirk se levantó, el equipo de salvamento estaba a sus espaldas. Habló Masters, el jefe de seguridad.

—Lo hemos comprobado, señor. No hay supervivientes. Carniceros… siete de mis hombres…

—Tragó saliva y pudo hablar con más normalidad—. ¿Destacamento de entierro, capitán?

—¿Para dieciséis? El suelo es demasiado duro. Que nos envíen camillas y bolsas. Intervengan las comunicaciones… haces estrechos. No queremos que nos detecten. Cuando… cuando todo esto acabe habrá una ceremonia. ¿Han muerto todos del mismo modo?

—¿Torturados? Sí. ¿Por qué, capitán?

Kirk cerró los puños y respiró profundamente.

—Los nuestros no podían dar información porque no la tenían. Los verdaderos héroes son los arqueólogos. Prefirieron morir antes que hablar. ¿Han registrado el edificio?

—Sí, señor. Ha sido saqueado. Menos mal que pudieron sacar sus archivos.

—Sí, menos mal. Sólo desearía haber sacado también a las personas. ¿Se ha ocupado de la identificación o necesita McCoy huellas retinales?

—Me he ocupado de ello, señor.

—Muy bien. Que el material esté aquí en seguida. Si nos entretenemos mucho más podríamos acabar como ellos.

—Sí, señor.

Kirk hizo una seña a McCoy.

—Echemos un vistazo al Guardián. Armas fásicas en posición letal.

Ambos caminaron entre las ruinas hasta dejar atrás el edificio del campamento. El capitán se detuvo, registró el área, sacó unos pequeños prismáticos y la registró de nuevo. Movió la cabeza.

—Bones, compruebe nuestra posición en su tricorder.

El médico despachó una serie de coordenadas. Kirk frunció el ceño.

—No comprendo… deberíamos poder verlo desde aquí. Pero el paisaje delante nuestro está… —Su voz cambió—. Bones, no está allí. ¿Dónde… cree que han podido moverlo de alguna forma?

—Diablos, no, Jim. Esa cosa no se puede mover. Debe pesar toneladas. Además, apuesto a que no funcionaría en un entorno distinto. ¿Dónde puede estar?

El capitán sacó su comunicador y ajustó el instrumento a intervención.

—Kirk a *Enterprise*.

—*Enterprise*, Spock al habla.

—¿Han sido informados de la situación en el planeta?

—Afirmativo, capitán.

—¿Sigue estudiando las lecturas de las ruinas?

—Sí, capitán. Permanecen estables en los niveles que le mostré.

—Muy bien. Kirk fuera.

El capitán volvió a recorrer el área con los ojos, su mirada perpleja. Ruinas, columnas caídas, rocas de un gris azulado, arena cenicienta… y nada más.

—¡No puede haber desaparecido sin más, Bones! Tiene que estar ahí fuera de alguna… —Dejó de hablar y se volvió hacia el médico—. ¡Eso es! ¡Está ahí fuera, donde debería estar, sólo que no lo podemos ver! —McCoy le miró estupefacto. Kirk asintió con entusiasmo—. Un nuevo tipo de dispositivo de camuflaje. Nos están proyectando alguna especie de imagen simuladora. El Guardián se encuentra a unos cien metros delante nuestro, pero queda oculto tras este…

dispositivo de camuflaje planetario.

—Podría estar en lo cierto, Jim. Me parece razonable. Si es así, sin embargo, ¿cómo diablos impedirá que los romulanos utilicen el Guardián… si nosotros mismos somos incapaces de encontrarlo?

—¿Lo puede registrar en su tricorder? ¿Detecta algún tipo de lectura de vida que nos indique dónde están situados?

El tricorder del oficial médico zumbó, pero él negó con la cabeza, desesperado.

—No detecto más que las energías crónicas. No hay manera de localizar nada más. Estamos ciegos, tanto instrumental como físicamente.

Kirk pensaba.

—Esto me da una idea… volvamos.

Lo primero que vieron Kirk y McCoy cuando se materializaron en la sala de transportes era a Zar. La palidez de su rostro hacía que sus ojos parecieran casi negros. Su voz temblaba.

—El equipo de aterrizaje… están todos muertos ¿verdad?

Si sólo me hubiese dado cuenta antes, aún podrían estar vivos… Juan y Dave… la doctora Vargas…

McCoy le miró fijamente; se daba cuenta de que estaba en estado de shock. Kirk avanzó, le cogió del brazo rígido, le zarandeó. La voz del capitán encerraba una orden.

—Bones. Ayúdeme a llevarle a la enfermería.

Zar se movía como un autómata; le empujaron hasta la enfermería y le hicieron sentarse en un sillón. El médico, preocupado, le tomó el pulso y lanzó una mirada a Kirk.

—Contrólate, hijo. ¿Cómo has sabido lo del equipo de aterrizaje?

Los ojos grises parpadearon y perdieron algo de su expresión vidriosa.

—Yo… lo sabía. Como lo supe… antes. Me dolió la cabeza y enfermé cuando me di cuenta de por qué nos atacaban los romulanos. El dolor empeoró, me desmayé, y luego desapareció. Cuando recordé la única vez que me había pasado esto antes, supe que estaban todos muertos. —Se dejó caer pesadamente en su asiento—. Todos muertos… Hubiese podido salvarles si no me hubiera…

Kirk le dio una taza de café solo y observó los dedos temblorosos que la cogieron; enderezó la taza que se caía.

—Tranquilízate, Zar. ¿Qué significa que sabías por qué nos atacaron los romulanos?

—Era obvio. Invadieron el sistema para encontrar al Guardián. Es un arma potencialmente letal. Cuando pedí información a la computadora sobre este sector, ni siquiera conocía la existencia del Portal del tiempo; debe ser información reservada. Me pregunto cómo lo han descubierto los romulanos.

—No lo sé. —Kirk se encogió de hombros. Luego llevó a McCoy aparte, mientras Zar, agotado, apoyaba la cabeza en las manos—. ¿Qué le parece, Bones?

—No sé, Jim. ¿Precognición? ¿Clarividencia? ¿Empatía con el terror de sus amigos? No puedo avanzar hipótesis sin más información.

El capitán apretó los labios.

—Empieza a parecerse a su padre. He de volver al puente. Mientras tanto, averigüe todo lo que

pueda de este asunto. Podría sernos útil.

Después de salir Kirk, McCoy ofreció otra taza de café a su paciente.

—¿Te sientes mejor?

—Sí. —Zar movió la cabeza—. Aunque me cuesta creerlo. Sólo hace unas horas que hablé con ellos… luego verles así… —Apartó la taza.

—Pero no estabas allí. No podías ver… —McCoy calló.

—Sí, pude. En su mente, cuando me tocó.

—Lo siento.

McCoy estudió las facciones del joven; eran más enjutas, más tirantes que hacía siete semanas. Su nueva madurez le brindaba un aspecto menos humano, más…

—Zar ¿cuándo empezaste a tener la sensación de estar enfermo?

—Casi en cuanto despedí a Juan y Dave. Entonces quise dibujar y dibujé a la doctora Vargas. Traté de olvidarlo pero no me dejaba, se hacía más fuerte y, finalmente, me desmayé del dolor. Estaba bien cuando recuperé el sentido. Sólo fue después, mientras hablaba con… alguien, cuando me di cuenta del significado de mi malestar…

—¿Cuál fue el peor momento?

—Unas dos horas y media después de la partida del equipo de aterrizaje.

«Cuando murieron», pensó McCoy, recordando su breve examen de los cadáveres.

—¿Dices que esto te había sucedido otra vez? ¿Cuándo?

El joven parecía atormentado.

—Cuando… murió ella… hace siete años. Casi me había olvidado… supongo que quería olvidar. Por eso no lo asocié… no funciona nunca para mí. Aquella vez que casi me mató la *vitha* no tuve aviso alguno. Pero cuando ella cayó… yo cazaba a casi… debían ser unos ocho kilómetros. Recibí el aviso… mal, me dolía la cabeza, el estómago… y sabía que algo iba mal. Empecé a correr… había cubierto medio camino cuando vino el dolor y supe que había sucedido. Perdí el conocimiento… Llegué demasiado tarde… ella ya estaba… llevaba muerta casi una hora.

McCoy movió la cabeza pero no se le ocurría nada que decir. Zar mantuvo una expresión distante durante un rato, luego se dirigió al médico.

—En cuanto me di cuenta de que me sentía igual que cuando murió mi madre, supe que algo debía haberles pasado a mis amigos y que yo no podía hacer nada. —Cerró los puños—. Esto es lo peor. Saber que va a ocurrir y que no hay manera de impedirlo. Además ¿cómo podría hacer algo yo, si cada vez que alguien me importa y se muere… lo siento yo también?

—Sospecho que saldrás mejor parado cuanto más profundices en las técnicas vulcanianas de control mental —dijo McCoy—. Sé que esto no te ayuda de momento mucho. A propósito, si vuelves a tener… sensaciones de este tipo, comunícanoslo a mí y al capitán.

—De acuerdo.

—Ahora sería mejor que te fueras a dormir un poco. Parece que te hace falta y yo tengo que ocuparme de un asunto desagradable.

Zar asintió y se fue. McCoy cogió una bata y unos guantes del almacén y se dirigió a la sala de patología rechinando los dientes.

—De modo que tenemos un problema. —El capitán dio unos pasos ante la mesa de la sala de reuniones—. Sabemos que los romulanos han activado el dispositivo de camuflaje planetario para cubrir el Guardián. Mientras ese dispositivo esté activado, no hay manera de saber si los romulanos siguen dentro de su perímetro de cobertura. Tampoco conocemos con qué número de enemigos nos enfrentamos. Si enviáramos una avanzada e intentáramos penetrar en su campamento, podríamos encontrarnos en sus manos en cuanto lo atravesáramos… frente a un número muy superior. Spock ha calculado el alcance del dispositivo de camuflaje y es lo suficientemente amplio para encubrir una fuerza considerable. Cada momento que transcurre permite a los romulanos utilizar el Guardián. Nuestros instrumentos son inútiles, salvo para determinar el tamaño de su campo. Francamente, estoy sorprendido de que no hayan usado ya el Portal del tiempo, pero seguimos aquí, de manera que debo suponer que no lo han hecho. ¿Sí, teniente?

Fijó la vista en Uhura.

—Capitán, su silogismo se basa en la premisa de que los romulanos ya conocen lo que es el Guardián… su capacidad de Portal en el tiempo. —Uhura movió la cabeza, pensativa—. Quizá debamos analizar esto. Hay… ¿cuántos diría usted? Tal vez veinte personas en toda la Federación, incluidos nosotros cinco, saben lo del Guardián. ¿Qué le hace pensar que los romulanos también lo saben?

La sala se llenó de un confuso parloteo. Uhura levantó una mano para pedir silencio, lo obtuvo y continuó:

—Si los romulanos conocen los poderes del Guardián, ha habido una fuga en la seguridad. Hasta donde sepa la Flota Estelar, tal fuga no existe. —La mujer se inclinó hacia delante, su mirada intensa—. Yo tampoco creo que haya habido una fuga. No creo que los romulanos sepan en absoluto lo que es el Guardián. Pienso que han sido informados de que protegíamos este planeta por razones desconocidas. Es probable que los romulanos crean que la Federación cubre algún secreto militar oculto en el Portal. Algo hecho por nosotros, algún tipo de instalación. ¿Por qué razón, si no, asignarían una nave estelar para la protección total de unas cenizas? —Uhura volvió a detenerse y prosiguió—: Recuerden qué pasó cuando transportamos el equipo de aterrizaje inicial al Portal… El señor Spock localizó el Guardián con su tricorder y con sus escáneres de a bordo. Gracias a Dios, la tecnología romulana no está tan avanzada como la nuestra. Tienen poder militar pero carecen de curiosidad intelectual. Y el Portal del tiempo no responderá, salvo que le planteen una pregunta… Apostaría que están tan ocupados buscando algún arma o nave espacial que han dejado de lado las ruinas… Portal del tiempo incluido.

Se produjo un breve silencio. Spock juntó las puntas de los dedos y asintió.

—Una línea de razonamiento extremadamente lógica, teniente. Me inclino a estar de acuerdo, puesto que la suya es la única teoría que se adapta a los datos disponibles. —El vulcaniano estaba serio—. No obstante, no podremos contar mucho tiempo con su actual desconocimiento del Guardián. Tarde o temprano lo descubrirán. Y entonces…

El capitán negó con la cabeza.

—Debemos evitarlo. Aunque implique utilizar las armas fásicas de la *Enterprise* y la *Lexington* para destruir el planeta. Nos quedan menos de trece horas hasta que llegue la flota romulana. Es de esperar que nuestras naves les pisarán los talones, pero no podemos permitirnos correr ningún riesgo.

Las expresiones en torno a la mesa eran más que elocuentes. Kirk tenía una mirada poco prometedora.

—Sé que la pérdida será enorme para el Universo… nunca podremos recuperar los conocimientos científicos e históricos. También existe otro peligro. Es muy posible que el Guardián disponga de sus propios sistemas de defensa. Cualquier intento de destruirlo podría provocar la aniquilación de todos, romulanos y también humanos. Y aunque no tenga defensas propias, su fuerza es tan enorme que su destrucción podría significar el fin del sector entero. Lo miremos como lo miremos, los riesgos son grandes. Y, si resulta necesario destruir el planeta, yo tomaré la decisión. De este modo, pase lo que pase, seré el único responsable. No deseo tener que dirigir nuestras armas fásicas contra el Guardián; pero quizá no haya otra alternativa.

Quedó inmóvil en la cabecera de la mesa; luego, tras un largo segundo, enderezó los hombros.

—Se pueden retirar.

13

DIARIO DEL CAPITÁN: FECHA ESTELAR 7340.37

Seguimos en alerta amarilla, en espera de la llegada de la flota romulana y los refuerzos de la Federación. Durante las próximas doce horas, deberé proteger al Portal del tiempo de todo uso no autorizado o destruir el planeta. La única solución posible que se me ocurre implica infringir la Orden General Nueve pero, en este punto, no tengo alternativa. Kirk fuera.

El capitán apretó el botón de «grabar» y se hundió en su asiento con una mirada de deseo hacia su cama. No obstante, en lugar de acostarse, tecleó una nueva petición de café y abrió un canal en el intercomunicador. —Spock al habla.

—¿Ha hablado con el doctor McCoy acerca de lo que pasó en la sala de transportes al regreso del equipo de salvamento?

—No, capitán.

—Zar estaba allí. Sabía, aunque nadie se lo hubiera dicho, lo que había ocurrido en la superficie; que el equipo de aterrizaje había sido aniquilado. ¿Le ha visto mientras tanto?

—No.

—La situación le había conmocionado. Parece que mantenía algún tipo de comunicación con sus amigos, Córdova y Steinberg, y pudo sentir sus muertes. McCoy sugiere precognición o, posiblemente, clarividencia. ¿Qué piensa usted?

El vulcaniano tardó en contestar.

—No, capitán. Las cualidades que acaba de mencionar se dan en algunos telépatas pero yo nunca he tenido conocimiento directo de ninguna de las dos, excepto una vez…

—Me acuerdo. El Intrépido. Recuerdo que fue doloroso.

—Sí. ¿Le vio en la sala de transporte?

—Sí. Dijo que el shock inicial le provocó un desmayo pero, cuando nos vio, estaba sobre todo culpándose a sí mismo por no habernos advertido a tiempo para salvarles. Parece que se sintió intranquilo durante las dos horas previas a su muerte.

—¿Está ahora en la enfermería?

—No, por eso le llamo. No le puedo localizar y quiero hacerle unas preguntas sobre esta capacidad suya. ¿Es cierto que puede percibir la presencia de otras formas de vida sintonizando sus energías emocionales? ¿No precisa de contacto físico?

—Es cierto, aunque estas formas de vida deben ocupar un lugar relativamente elevado en la escala evolutiva. Las formas de vida inferiores, los insectos, por ejemplo, experimentan pocas emociones susceptibles de ser traducidas en términos sensibles.

—Es lo que pensaba. Bien. Ordene al señor Scott que le sustituya y baje a mi habitación. Traiga a Zar con usted. Kirk fuera.

El vulcaniano accionó el interruptor del intercomunicador con el ceño fruncido, gesto que se

intensificó cuando no obtuvo respuesta del camarote de Zar. Intentó localizarle en el gimnasio, la biblioteca, las áreas de recreo. Nada. Entregó el mando al ingeniero jefe y se dirigió a su propia habitación, guiado por lo que Kirk hubiera llamado corazonada y que él mismo consideraba deducción lógica…

La puerta se abrió: la familiaridad de su camarote, su cama, su silla, el microlector, las cintas, todo normal… Su mirada se detuvo y enfocó una forma inmóvil que yacía en el suelo de la alcoba, medio oculta tras el cortinaje carmesí…

Por una fracción de segundo quedó paralizado, incapaz de moverse, luego su cuerpo tomó el mando y le trasladó, al margen de su voluntad, hasta la figura vestida de negro. Se agachó con los dedos curvados para tocarla suavemente en el hombro, cuando Zar se movió, gruñó y se despertó.

La voz del vulcaniano sonó dura de alivio.

—¿Qué haces aquí?

El joven estaba obviamente turbado.

—No… podía quedarme quieto en mi camarote. Estaba tan… vacío. Así que vine aquí para devolver la cinta con la historia de mi planeta y decidí ver aquella cinta sobre el arte vulcaniano. Pero me cansé. No le esperaba. ¿No está de servicio?

—Sí. ¿Por qué no te has acostado en la cama?

Los ojos grises se abrieron mucho.

—Es su cama, no la mía. Además, puedo dormir en cualquier sitio.

Una ceja se alzó de golpe.

—Es evidente. Levántate. El capitán quiere verte. Ven.

—¿A mí?

—En realidad, a nosotros dos. No sé por qué.

Cuando se encendió la luz de la puerta, Kirk empezaba su segunda taza de café solo y frotaba sus ojos, que la fatiga le hacía sentir como papel de lija.

—Adelante —dijo, e hizo un ademán para que sus visitas se sentaran—. Siéntense, por favor. Tengo unas cuantas preguntas y una propuesta para ti.

Se sentó en la cama con el café en las manos, escrutado por dos pares de ojos, uno inquisitivo, el otro reservado.

—Zar ¿puedes darte cuenta de la cercanía de una forma de vida sensible sin verla?

El joven asintió.

—He podido con todas las formas de vida que conozco. —¿Puedes bloquear tu mente como hace Spock? ¿Bloquear, por ejemplo, el dolor e impedir que tu mente sea leída por medio de drogas?

—Puedo bloquearme para que un telépata no pueda leerme en contra de mi voluntad. Las demás cosas… no sé. Spock alzó una ceja.

—Tiene un escudo natural de orden superior. El bloqueo del dolor y la resistencia a las drogas constituyen una técnica que requiere un prolongado estudio y disciplina, como también controles psicológicos que él no posee. Es posible que pudiera obtenerlos con un instructor mejor cualificado.

Yo no precipitaría conclusiones.

—¿Pero no puede leer su mente contra su voluntad por medio de una fusión mental? —Kirk se inclinó hacia delante.

—Sólo la mía. —Respondió el vulcaniano, incómodo.

—¿Qué sabemos de las capacidades telepáticas de los romulanos?

—Prácticamente nada, capitán. Existen, pero es imposible especular acerca de su alcance. —Spock entrecerró los ojos—. Capitán, sólo existe una razón lógica para sus preguntas… la respuesta es «no».

Kirk frunció el ceño.

—Creo que no se lo he pedido ¿verdad?

Zar miró a los dos oficiales, confuso.

—¿De qué están hablando? ¿Cuál era su propuesta, capitán?

—¿Te ha hablado Spock del dispositivo de camuflaje que han instalado los romulanos en torno al Guardián?

—No, no me ha dicho nada. Es obvio que los romulanos no han utilizado el Portal del tiempo, al menos no de un modo discernible por nosotros… esto, sin embargo, plantea una pregunta interesante. ¿Nos daríamos realmente cuenta si la historia cambiara a nuestro alrededor? Cabe la posibilidad de que nos adaptáramos involuntariamente a los cambios de la existencia en torno nuestro… Me pregunto cómo serían las ecuaciones planteadas por este problema…

Spock parecía interesado.

—Un concepto fascinante. Si, hipotéticamente, el…

El capitán levantó la cabeza.

—Lamento interrumpir, pero mientras ustedes están sentados discutiendo la lógica del asunto, la continuidad cronológica podría cambiar. Zar, ésta es la situación… —Kirk prosiguió y explicó el problema; al final concluyó—:… de modo que debemos penetrar en ese dispositivo de camuflaje y proteger de alguna manera el Portal del tiempo antes de que lo descubran los romulanos. Para lograrlo, tenemos que introducirnos en el perímetro camuflado.

El joven quedó pensativo.

—Quiere que me introduzca en el dispositivo de camuflaje porque puedo sentir la presencia de los romulanos aunque no les pueda ver… ¿correcto?

—¿Puedes hacerlo?

Los ojos grises empezaron a brillar.

—Lo intentaré, señor. Si logro introducirme sin ser capturado ¿qué debo hacer con el Portal del tiempo?

—Aquí entra Spock en el asunto. Ha descubierto una manera de rodear el Guardián con un campo de fuerza que impediría el acceso de los romulanos, aunque lo descubrieran. Nuestros refuerzos deberían llegar antes de que encuentren la manera de traspasar la barrera.

—Sí, señor. —Zar se levantó—. ¿Cuándo iremos?

—No iremos. —También el vulcaniano se había puesto de pie y su seca afirmación sonó como una amenaza—. Al menos, tú no. Soy perfectamente capaz de instalar este campo de fuerza yo

solo. Capitán —dijo sin volver la cabeza—, supongo que se da cuenta de que infringe la Orden General Nueve al solicitar ayuda civil en este asunto.

—Hago lo único que puedo hacer para proteger al Guardián, salvo destruir el planeta entero. Estoy dispuesto a contravenir la Orden General Nueve para conseguirlo.

—No le corresponde esa decisión, capitán.

Spock volvió la vista a Kirk y su expresión le hizo pestañear antes de endurecer su propia mirada. La voz del vulcaniano era dura:

—Zar, vuelve a tu camarote.

—No, señor. —Algo en su tono frío y quedo hizo que ambos oficiales le miraran—. Tiene razón, no es su decisión, es la mía. Voy a ir.

—No. —El vulcaniano negó con la cabeza—. Es demasiado peligroso. No lo puedo permitir. Iré yo solo.

—Ahí se equivoca. Iré solo si hace falta. El capitán puede encontrar otra persona que erija la barrera, pero no hay nadie capaz de introducirse en el camuflaje y localizar a los enemigos en su interior. De hecho, sería mejor si fuera solo. Entonces no tendría que preocuparme por sus retrasos.

—Es suficiente —cortó Kirk—. Irán los dos, o no va nadie y yo inicio la destrucción. —Spock se volvió para mirarle y los ojos del vulcaniano le hicieron apretar los puños—. Spock, sé lo que está pensando. Pero no tengo alternativa. Sacrificaría a cualquier persona en esta nave, empezando por mí mismo, para impedir que los romulanos tengan la oportunidad de usar el Portal del tiempo. Es mi deber y nadie, ni siquiera usted, puede interponerse. —Miró a Zar y continuó—: Envío a Zar porque quiere ir y porque tiene esta… percepción, o como quiera llamarlo, excepcional y, por lo tanto, la mejor posibilidad de entrar y volver a salir con vida. Y le pido que vaya usted también porque le puede proteger mejor que nadie. Si lo prefiere, enviaré a Zar con otra persona. Piénseselo. No disponemos de mucho tiempo.

Spock miró fijamente a Zar. Estaba tranquilo, de pie, con los brazos caídos a los costados y la mirada abiertamente desafiante. El primer oficial espetó una frase en una lengua que Kirk supuso era la vulcaniana. El joven levantó la barbilla y contestó de modo igualmente cortante y en la misma lengua. Spock apretó los labios y asintió lentamente, dubitativo.

El joven abandonó la habitación sin pronunciar otra palabra. El capitán se dirigió a su primer oficial:

—Bien ¿quién ha ganado?

—Ha ido a prepararse.

El vulcaniano no le miró a los ojos. Kirk sabía que Spock estaba más enfadado que nunca; con los dos.

—Ojalá hubiese otra manera, Spock. —El capitán suspiró—. Bueno, al menos no durará mucho. Dentro de una hora, como máximo dos, estarán de vuelta a bordo y el Guardián seguro. —Una pausa—. Hace falta valor para enfrentarse con usted como lo ha hecho.

—Ha sido una total falta de respeto.

—No creo que tuviera esta intención… —Kirk recordó la expresión de Spock cuando Zar dijo

que no haría más que retrasarle—. Aunque es un descarado… Yo también era así, hace tiempo. —Hizo una mueca de añoranza—. Mi viejo las pasaba negras tratando de disciplinarme. No había nada que hacer. ¿Tuvo su padre alguna vez el mismo problema?

El vulcaniano alzó una ceja estupefacta, detectó la sonrisa cómplice de Kirk y desistió.

—Los métodos vulcanianos tenían efecto en mí… normalmente.

—Bueno, si lo desea, cuando esto haya acabado, reuniré un pelotón de seguridad y nos podremos turnar para azotarle.

Cuando los dos voluntarios, vestidos con oscuros y aislantes trajes de campaña, entraron en la sala de transportes, el capitán les estaba esperando. Mientras les observaba ajustarse las pistolas fásicas y los comunicadores, se fijó de nuevo en sus similitudes y en sus diferencias. Ambos se movían con gracia, con elegancia, pero la gracia de Spock era medida, precisa, mientras que la de Zar era… ¿felina? Kirk rechazó la palabra pero no pudo encontrar otra mejor.

Una vez en las placas del transportador, con la unidad portátil del campo de fuerza en manos de Spock, el capitán pulsó unos interruptores y fue premiado con un zumbido de respuesta.

—Recuerden, disponen de doce horas para instalar la unidad y volver a las coordenadas de aterrizaje antes de que Bob y yo empecemos a destruir el planeta. Si aún están en él…

—Comprendido, capitán.

Spock asintió. Un segundo después, las dos figuras desaparecieron en un resplandor.

El Portal estaba silencioso, salvo por el viento, e incluso éste parecía extrañamente callado. Las ruinas omnipresentes se cerraron en torno suyo mientras se abrían cauteloso camino entre rocas y trozos de edificios caídos. La plateada arena cenicienta, salpicada de destellos de silicio, era demasiado fina para retener sus huellas. Al cabo de pocos minutos, todo rastro de su paso habría desaparecido.

Spock consultaba su tricorder con frecuencia y, finalmente, dio la señal de detenerse.

—La barrera debe empezar justo delante nuestro —susurró.

Zar no podía ver más que rocas y estructuras derrumbadas, fiel reflejo de lo que habían dejado atrás, pero su sentido de la orientación le decía que el Guardián estaba a unos cuarenta metros por delante. Entrecerró los ojos y, más que ver, intuyó cierto temblor en el aire.

—Puedo verlo.

—Sí. ¿Puedes detectar algo al otro lado de la barrera?

—Dos, quizá tres, cerca del Guardián. Tendremos que dar un rodeo por la izquierda.

Aunque sus sentidos le decían que el camino estaba despejado, poco después, Zar y Spock cruzaron la barrera del dispositivo de camuflaje a gatas. Ambos se dieron cuenta de cierta sensación de cosquilleo que desapareció en la medida en que se adentraban en el campo. Spock quiso ponerse de pie pero Zar le agarró por el brazo.

—Al suelo. Están por todo el área. Sígame.

El vulcaniano tenía dificultades para mantener el paso mientras se escondían de afloramiento en afloramiento y avanzaban casi siempre a rastras. Cuando alcanzaron un punto desde el que

poder ver el Portal del tiempo, ellos también estaban bastante bien camuflados, cubiertos del polvo ceniciento.

Al lado del monolito, aún inactivo, se posaba una pequeña nave con la trampilla abierta. Los romulanos estaban ocupados en su descarga. No prestaban atención a la enorme figura de piedra, pero no había manera de acercarse al Guardián sin ser vistos inmediatamente.

Spock hizo un brusco gesto con la cabeza, una orden silenciosa, y se retiraron a una distancia de seguridad. Zar localizó un hueco en la roca, resguardado de la vista y el viento, y se acomodaron en él para esperar la conclusión de las labores de descarga.

—Sólo nos queda esperar que los romulanos sean tan eficientes descargando un transbordador como en todo lo demás —dijo Spock—. Nos quedan once horas y veinticuatro punto tres minutos antes de que expire el plazo del capitán.

Zar asintió en silencio, y los dos permanecieron sentados, escuchando al viento. Los minutos pasaban lentamente. El joven recurría a su percepción para controlar la presencia romulana y, ocasionalmente, se incorporaba para echar un vistazo al escenario. Finalmente, para no quedarse dormido, se dirigió a la figura silenciosa a su lado.

—El otro día estaba leyendo mi lección de biología…

—¿Sí?

—Había una discusión sobre híbridos… yo soy…

—No. Lo soy yo.

—Zar se sorprendió.

—¿Usted? Creía que… —se calló, confundido.

—Soy medio humano. ¿No lo sabías? Creí que McCoy te lo había dicho. ¿Por qué te sorprende el hecho?

—La mayoría de los híbridos son estériles… —farfulló el joven. Después de hacer el comentario, deseó poder retirarlo. La voz de Spock no había cambiado pero percibió una corriente instantánea de diversión.

—Yo no. Como es obvio.

—Esto significa que sólo soy vulcaniano en una cuarta parte… creí que era la mitad. Usted no presenta signos de ascendencia humana.

—Gracias. —La diversión se había acentuado.

—¿Quién de sus padres es vulcaniano?

—Mi padre, Sarek, ex embajador en la Tierra y varios planetas más, incluida la sede del Consejo Federal.

—¿Sarek de Vulcano? He leído cosas de él… una familia muy antigua y respetada.

—Sí. Un parentesco difícil de soportar.

—Aun así, debe ser bueno conocer a quién perteneces… vayas donde vayas, un mundo te reclama y formas parte de él. Un hogar. Lo echo de menos…

Zar calló bruscamente, tragó saliva para aliviar el repentino apretón de la garganta y tuvo una visión de cimas escarpadas, cubiertas de hielo, y de valles empinados. «Y la pintura que vi… ¿qué significa?» Echó una mirada al vulcaniano y se dio cuenta de que le estaba observando con

atención, su rostro era un borrón en la penumbra. La mirada intensa le desconcertaba, y Zar se incorporó con apresuramiento para mirar la nave.

—Aún descargan…

Spock le miraba tranquilo.

—El mismo día que volvimos de Sarpeidón, cursé al jefe de la Familia una petición de ciudadanía vulcaniana para ti. T'Pau conoce tu existencia. Si algo me ocurriera, debes dirigirte a ella.

Zar encontró la insinuación inquietante, y su tono fue más brusco de lo que pretendía.

—Si algo le ocurriera lo más probable es que yo tampoco esté vivo… ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Once horas, doce punto tres minutos.

—No sé si presentaría esa petición, aunque sería bueno tener un… hogar. Según lo que he leído, las tradiciones sociales vulcanianas son algo rígidas.

—Lo sé. Puede resultar difícil combinar las expectativas familiares con las ambiciones… las necesidades personales. La Familia determina la mayoría de las elecciones individuales; al menos lo intenta. La carrera… hasta el matrimonio. Se espera que uno mantenga la línea sucesoria… que continúe la tradición.

—¿Quiere decir que los matrimonios son concertados?

La idea era demasiado ajena al joven y le produjo cierto estremecimiento. Una relación sin alegría, sólo el deber. Irónicamente, la imagen de su madre, con una sonrisa de añoranza en los labios, invadió su mente y chocó con el recuerdo que estaba presente desde aquella conversación con Kirk; se preguntó inútilmente cuál sería la imagen verdadera. «No pienses en ello. Concéntrate en otra cosa».

—Casarme… nunca he pensado en ello. En cuanto a la sucesión, me pregunto si podría siquiera procrear con una vulcaninas de raza pura… o con una humana, por lo que le toca.

—No lo sé. Probablemente… no querrás considerar la posibilidad de un matrimonio con una vulcaniana.

—¿Por qué?

—Debido al *pon farr*.

—¿*Pon farr*? Esto significa «tiempo de apareamiento» o «tiempo de casamiento». ¿De qué se trata?

Spock suspiró profundamente y Zar pudo sentir sus emociones: turbación, reticencia. Entonces le habló con voz queda del impulso apareador que nacía cada siete años, y de la locura resultante… una locura hasta la muerte, si se negara el impulso durante demasiado tiempo. El joven quedó atónito.

—¿Es así como se casan los vulcanianos? —Pensó en algo y abrió los ojos de par en par—. No me va a pasar a mí eso, ¿verdad?

El primer oficial examinaba con atención un pequeño guijarro insignificante.

—Es probable que no… —dijo sin mirarle—. Se debe en gran medida al condicionamiento racial. Podrías sufrir sus vestigios pero dudo que experimentes la locura.

—Locura… —Zar se estremeció—. ¿Y usted… alguna vez?…

—Una vez.

Zar rechinó los dientes para ahogar la siguiente pregunta, pero se le escapó de todas maneras, como si tuviera voluntad propia.

—Fue con… —Tragó saliva—. Quiero decir cuando…

—No. —Esperaba que el vulcaniano expresara resentimiento pero no pudo detectarlo en su voz plana ni pudo sentirlo en sus emisiones emocionales—. Ocurrió en Vulcano, hace varios años…

—Entonces está casado… no lo sabía.

Zar se preguntó vagamente si tendría hermanos y hermanas. «Hermanos legítimos», se burló una parte de sí. Pero Spock negó con la cabeza.

—No. Mi prometida optó por el desafío. No hubo matrimonio. —El guijarro cayó sobre la arena cenicienta—. ¿Sigue la descarga?

Zar entrecerró sus ojos grises para concentrarse en la acción que no podía ver.

—Sí. ¿Cuánto tiempo queda aún?

—Once horas, cinco punto cinco minutos. —Spock recogió el guijarro y lo dejó caer de nuevo; miró a su acompañante a los ojos—. ¿Tienes más preguntas sobre… lo que hemos estado hablando? Es un tema que debes conocer… aunque nunca me había imaginado que iría sin rodeos, como diría McCoy.

Zar no entendió ni la referencia ni la desaprobación que la acompañaba. Otra cosa le molestaba. Tras un largo silencio, se atrevió a preguntar:

—¿Sólo cada siete años?

De nuevo, la sensación de que Spock se divertía, esta vez presente en su voz:

—Pareces asombrado. Debes saber, a estas alturas, si estás sujeto a esta limitación temporal o no… incluso para los que lo estamos, el tiempo se puede retrasar o acelerar bajo determinadas circunstancias. En ocasiones, se puede evitar por completo.

Esta vez le tocó a Zar pronunciar un seco:

—Obviamente.

—Son muy pocos los que conocen la existencia del *pon farr* fuera de Vulcano. No es un tema para tomar a la ligera. La mayoría de los vulcanianos prefieren olvidarlo… en la medida de lo posible.

—Entiendo. —El viento rodaba por las ruinas cual espectro de un oleaje muerto hace mucho. Al cabo de unos minutos, el joven se asomó para ver el vehículo estacionado—. Ahora ya sólo quedan dos. ¿Quiere intentarlo?

—Tenemos tiempo. Espera unos cuantos minutos. Cuantos menos tengamos que afrontar, más posibilidades de pasar desapercibidos.

Zar hizo un gesto de asentimiento y se acomodó contra la roca.

—He leído sobre Sarek, pero no he encontrado ni una mención de su esposa humana. ¿Es de la Tierra?

—Sí. Cuando era embajador en la Tierra, se casó con Amanda Grayson, maestra.

—Maestra… es curioso.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre también era maestra… me pregunto si son todas parecidas.

—¿Las maestras o las madres?

El vulcaniano se apoyó en la roca y alzó la vista al cielo, siempre salpicado de estrellas.

—Ambas cosas, supongo. En cierto modo, ella era una instructora más dura que usted. No había nadie con quien hablar excepto nosotros dos, pero no podía cometer errores gramaticales sin ser corregido.

—Mi madre también es así… supongo que un día la conocerás. —La posibilidad le divertía.

—Se divierte. ¿Por qué?

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo sentir sus emociones. Cuando estamos cerca y no hay humanos presentes para ahogarlas. Las emociones humanas son como palabras proferidas en voz alta, a veces a gritos. Las suyas son como susurros en una sala grande… pero puedo oír los susurros si no hay nada que distraiga mi atención. —Zar se detuvo un momento y prosiguió—: Sus emociones son definidas, no confusas como las humanas. Usted siente una cosa a la vez; lo mismo que cuando piensa.

—Se supone que los vulcanianos no tienen emociones en absoluto —dijo Spock con voz distante.

—Lo sé. Sin embargo, apostaría a que sí las tienen. No se preocupe, las puedo bloquear si le molesta… Se le ha olvidado decirme qué le divierte.

—Pensaba en mi madre. Me imaginé, por lo pronto, su reacción cuando alguien le diga que tiene un nieto de veintiséis años. Si tenemos en cuenta la relación entre los períodos anuales de Sarpeidón y los terrestres, tienes casi veintiocho. Amanda se…

El vulcaniano movió ligeramente la cabeza; era evidente que se imaginaba otra vez su reacción.

Zar percibió su diversión, más fuerte que antes. La curiosidad le picaba y, finalmente, preguntó:

—¿Cuál sería su reacción?

—Probablemente la misma que la mía, si tenemos en cuenta que no tiene edad para ser abuela de alguien como tú.

—¿Lo pensó cuando me encontró… lo de usted y mi edad quiero decir?

—Sí. —Spock vio la sorpresa del joven y añadió, molesto—: Al fin y al cabo es cierto. ¿Qué edad crees que tengo yo?

—No lo sé. Nunca he pensado en ello… bastante mayor, supongo.

—Nuestra situación es físicamente imposible.

—Oh.

Un silencio de varios minutos. Luego el vulcaniano dijo, bruscamente:

—Hay algo que debo decirte.

—¿Qué?

—El significado de la palabra *krenath*…

Zar se había olvidado de que había mencionado la palabra a Kirk. Sintió que se ruborizaba y se alegró de que estuvieran a oscuras.

—En el pasado, en la Tierra, los humanos depositaban ilógicamente la culpa de la ilegitimidad en los hijos de la unión. Afortunadamente, ahora la palabra «bastardo» no tiene un verdadero sentido literal. Se emplea coloquialmente para designar personas indeseadas por distintas razones no específicas. —Spock respiró profundamente y continuó—: Es diferente en Vulcano, donde la familia constituye uno de los elementos más importantes en la vida de las personas. Se considera que los *krenath* han sido perjudicados por los errores de sus mayores. Se les conceden todos los desagravios posibles, incluida la plena aceptación por ambas familias. Son los padres los que quedan marcados.

El joven pensó largamente y sintió que su ira desaparecía. Se daba cuenta, en parte, del esfuerzo que suponía para el vulcaniano dar su explicación.

—¿Así que… reconociéndome admitiría una grave infracción de… las costumbres?

—Sí.

Zar luchó por no pronunciar la pregunta que surgía en su mente. Obviamente, el vulcaniano no tenía la intención de reconocerle… al menos mientras estuviera vivo. Incómodo, se arrastró para echar un vistazo y dio la vuelta, agitado.

—Se han ido. Todos excepto un guardia. Vámonos.

14

En el puente de la *Enterprise* reinaba la calma y una atmósfera de muda expectación. Kirk estaba hundido en su sillón de mando y tomaba otra taza más de café, taza que depositó apresuradamente en la mesita para enderezarse y recibir al teniente Sulu. El joven navegante reprimió un suspiro. La espera era pesada para todos.

—Barrido subespacial concluido, señor. No hay señal de naves en las proximidades.

—Muy bien, señor Sulu. El próximo barrido será en diez minutos; después reduzcan los intervalos en un minuto.

—Sí, señor.

—Teniente Uhura, ¿algún mensaje de las naves de la Federación con respecto a un nuevo tiempo estimado de llegada?

—No, señor. Le informaría de inmediato si lo tuviera.

Parecía algo enojada. El capitán se dio cuenta de que le estaba indicando cómo hacer su trabajo, un vicio que normalmente evitaba. No hay nada que genere tanta desidia e ineficacia en los subordinados como esta actitud. Movió la cabeza; la fatiga afectaba a sus aptitudes y buen juicio.

Se abrió la puerta del puente y McCoy apareció a su lado. Kirk levantó la vista y vio que el médico estaba inquieto.

—¿Qué sucede, Bones?

—Jim, he buscado a Zar por toda la nave y no le puedo encontrar. Nadie le ha visto. A Spock tampoco. ¿Sabe dónde están?

—Les he enviado al Portal para que erijan un campo de fuerza en torno al Guardián.

—¿Ha hecho qué? —preguntó al capitán con voz baja, uniforme.

El médico habló en un susurro; Sulu se giró para mirar y se volvió apresuradamente a sus controles de navegación.

—Señor Sulu, póngase al mando. Estaré en la sala de reuniones pequeña con el doctor McCoy. Infórmeme inmediatamente de cualquier novedad.

—Sí, señor.

Ya en privado, McCoy repitió su pregunta pero a varios decibelios más. Kirk le miró con dureza y espetó:

—Está rozando la insubordinación, doctor. Sugiero que se siente y se calle.

McCoy se sentó y dijo quedamente:

—Lo lamento. No volverá a ocurrir.

El capitán se sentó frente a él y sonrió cansadamente.

—No le guardo rencor, Bones. Son momentos difíciles para todos.

—Dígamelo a mí. Acabo de terminar las autopsias.

—He enviado a Zar y a Spock a la superficie porque Spock puede erigir aquel campo de fuerza más rápidamente que cualquiera en esta nave, con la posible excepción de Scotty, de quien no puedo prescindir por si hay lucha. Y he enviado a Zar, mejor dicho, se ofreció a ir, porque puede

emplear sus poderes para avistar la presencia de romulanos.

McCoy le miró largamente.

—Jim, supongo que se da cuenta de que si los romulanos no les matan, ellos se matarán entre sí. La situación es explosiva.

—Acepto su punto de vista pero no tenía elección. Como tampoco tendré otra elección que iniciar la destrucción del Portal en unas diez horas y media si fallan… hayan vuelto o no.

El médico se le quedó mirando.

—No haría eso, Jim…

—Sabe que lo haré. Pero no será necesario. Deben volver de un minuto a otro. He enviado a las dos personas mejor cualificadas que tengo; si ellos no lo logran, nadie puede.

—Pero… Zar… no está entrenado, no tiene experiencia militar. Los romulanos son crueles. Si le capturan se repetirá lo del equipo de aterrizaje.

Tiene mejor preparación y experiencia en técnicas de supervivencia que cualquiera de nosotros. Nos ganaría a todos como explorador, usted mismo lo dijo, lo recuerdo bien. Y si los romulanos son unos salvajes, recuerde, Zar tampoco está tan civilizado.

McCoy no parecía convencido. Kirk movió la cabeza.

—Hice lo que debía, Bones. No se ponga así… cualquiera pensaría que usted es su padre. No Spock.

El médico respiró profundamente.

—Tiene razón, Jim. Lamento haber perdido los estribos. En realidad, he subido al puente para hablar de usted. —Le señaló con el dedo—. ¿Se ha mirado al espejo últimamente? Se parece a Matt Decker y empieza a actuar como él. Necesita dormir. Ahora ¿va a meterse en la cama y permitir que le ponga una inyección para dormir unas cuatro o cinco horas, seis sería mejor, o tendré que declararle incapacitado para el servicio?

Kirk suspiró.

—¿Otro chantaje, doctor?

—Lo siento, Jim. Yo hago lo que debo. Además, de momento no puede hacer nada ¿me equivoco?

—Usted gana, Bones. —Tecleó el intercomunicador—. Señor Sulu.

—Sí, capitán.

—Me retiraré a mis habitaciones. Avíseme inmediatamente si hay algún cambio en las patrullas, o en cuanto regrese el señor Spock. Ahora está en la superficie del Portal. Deberá solicitar transporte a bordo en cualquier momento. Kirk fuera.

Se levantó e hizo un ademán para que el médico se apartara.

—Ya voy, Bones. Y no necesito ninguna inyección. Quiero que se me despierte en cinco horas si Sulu no me avisa antes. Cinco horas… un minuto más y se enfrentará a un consejo de guerra ¿entendido?

Suprimió un bostezo y se frotó los ojos enrojecidos con fuerza.

—Sí, señor.

McCoy se cuadró de la mejor manera seudomilitar. No le salió bien.

El capitán salió moviendo la cabeza.

—Es una suerte que no tuviera que pasar por la Academia… —La puerta de la sala de reuniones se cerró tras suyo.

McCoy se hundió en su asiento con la cabeza apoyada en las manos. A pesar suyo, pensó en ojos enfadados negros y grises, y en manos poderosas…

Empezó a jurar por lo bajo.

15

Spock y Zar se fueron acercando hasta encontrarse a unos quince metros del guardia romulano. Estaba al lado de la nave, vuelto de espaldas, y lucía el uniforme y la postura envarada de los centuriones. Cada cinco minutos exactamente, patrullaba a lo largo de la nave y escrutaba los alrededores con ojo avizor.

El vulcaniano susurró en voz tan baja que el joven tuvo que esforzarse para oírle:

—Ve al otro lado de la nave y distrae su atención. No hagas mucho ruido. Yo me ocuparé del guardia.

Zar resopló toscamente y siseó:

—Esto es altamente ilógico, y usted lo sabe. Soy yo el que puede acercársele y ocuparse de él sin ruido. Si no hay escándalo no vendrán más romulanos. Espere aquí.

Spock quiso agarrarle por los tobillos pero ya se había ido, fundido en las sombras como si nunca hubiese existido. El vulcaniano forzó la vista y finalmente le vio al otro lado de la nave, tras la negra sombra de una roca. Contorneó el casco a hurtadillas, y Spock vio brillar algo en su mano.

El centurión había recorrido la mitad de su ronda cuando Zar le asaltó. El movimiento fue tan rápido que todo acabó antes de que el primer oficial pudiera registrarlo. A pesar suyo, su mente ralentizó la acción y la repitió.

El salto felino —la llave en la mandíbula del guardia, el tirón hacia atrás de su cabeza—, el tajo que dejó el cuchillo en la garganta con un gesto veloz —y Zar que se apartó ágilmente para evitar la sangre.

A Spock le hizo falta casi medio minuto para levantarse y recorrer aquellos quince metros. Encontró a Zar sentado en sus talones, ocupado en limpiar el cuchillo contra el hombro que aún se contraía. El joven alzó la vista, sus ojos plateados en la luz tenue.

A Spock se le revolvieron las entrañas.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Destriparle y colgarle?

La luz feroz fue apagándose en los ojos grises.

—¿Qué?

—Has quitado una vida… no había razón alguna… no hay excusa…

Zar no se dignó a mirar la figura ensangrentada. Se encogió de hombros.

—Era un enemigo. ¿Qué importa su vida?

Spock apretó los puños, luego se esforzó por abrirlos. Sus palabras fueron comedidas, decididas:

—Si eres capaz de hacer esto, no tienes derecho a considerarte vulcaniano.

El gesto no se le había escapado al joven, y su expresión se endureció. Se puso de pie frente al otro. Habló fríamente:

—He actuado con lógica. ¿Por qué dejarle vivir y arriesgarnos a que dé la alarma? Además, él y los suyos mataron a mis amigos… sin tanta piedad. Yo he matado de un golpe. Ellos murieron lentamente.

Spock negó con la cabeza.

—Su violencia no justifica la tuya. No había razón para matar… En Vulcano, la vida es valiosa… nunca puede ser devuelta ni reemplazada. Si tuviera la menor idea de que tenías… esta intención… te lo hubiese impedido. —Quiso darle la espalda, vaciló—. Avísame inmediatamente si alguien se acerca. —Miró al centurión con repulsión—. Más vale que escondas el cuerpo.

Zar le siguió con la mirada y rechinó los dientes con tanta fuerza que le dolieron los músculos de la mandíbula. Después tragó saliva compulsivamente y se agachó, enfundó el cuchillo y cogió al guardia.

El oficial científico llevaba casi una hora trabajando cuando Zar, hasta entonces una sombra inmóvil entre otras sombras, se le acercó. Se agachó al lado del vulcaniano y susurró:

—¿Cuánto tiempo más?

—Unos cuatro minutos para completar estos arreglos, luego podré conectar la corriente.

El joven negó con la cabeza.

—Es demasiado. Tenemos que escondernos y salir de aquí. Alguien viene. Ahora. —Los ojos grises se entrecerraron y se le vio ensimismado, atento—. Son más de uno.

Spock vaciló pero siguió con su trabajo.

—Lo conectaré y me ocultaré. Piérdete de vista.

—No le voy a dejar. Quizá no sea vulcaniano… pero no soy cobarde. —De nuevo la mirada ausente—. No tenemos ninguna posibilidad. Son seis. ¡Estarán aquí en cualquier momento!

El primer oficial rechinó los dientes, dudó un largo segundo más, luego se enderezó y empujó con los pies unas piedras sobre la unidad.

—Esperaremos a que se vayan y volveremos. Dirígete hacia aquellas ruinas.

Se fueron corriendo. Cuando llegaron a las ruinas, una pila fantasmal de bloques caídos que pudieron pertenecer a un edificio derrumbado, una autopista o prácticamente cualquier otra cosa, se encaramaron rápidamente a la cima. Había una gran roca que coronaba las demás dejando un pequeño hueco en medio. Apenas cabían.

Los dos hombres podían ver a los romulanos a través de una estrecha rendija en la base de la roca, que les permitía una visión limitada. Los seis soldados se agitaban, confusos, obviamente en busca del guardia desaparecido. Luego se alejaron, y los dos furtivos dependían de la capacidad de Zar para percibir las emociones de los buscadores. Se agazaparon sin hablar, salvo cuando el joven susurró un comentario.

—Están confundidos.

Pasaron dos minutos.

—Sospechan… han pedido ayuda… Diez minutos más.

—Vienen más. Todos buscan. Una hora y media.

—Sorpresa. Conmoción. Ira. Alguien le ha encontrado.

Ahora podían ver al enemigo cruzar su campo de visión en parejas. En una ocasión tuvieron que encogerse, agradecidos por los trajes negros y el camuflaje de manos y caras, cuando un romulano subió hasta la roca y escrutó su escondrijo. El hueco estaba a oscuras; no les vio.

Seis horas y media. No hablaban, sólo observaban con tensión creciente mientras sus perseguidores peinaban las ruinas con la despiadada paciencia de cazadores expertos. Zar conocía

bastante bien esta tenacidad y sabía que los romulanos seguirían buscando hasta asegurarse de que los intrusos ya no estaban allí. En medio de aquellas ruinas, esto podría requerir demasiado tiempo.

Gradualmente, a lo largo de un intervalo que transcurría lentamente para los dos hombres apretujados en su diminuto escondite, el número de romulanos disminuyó. Finalmente, cuando llevaban quince minutos sin haber visto a nadie y Zar declaró que no podía sentir presencia alguna en el área, salieron a rastras de entre las piedras y se estiraron con alivio.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Zar, temeroso de la respuesta.

—Treinta y cuatro punto dos minutos hasta que el capitán inicie la destrucción. Según el punto donde empiece a aplicarla, podríamos disponer de algún tiempo adicional antes de que el planeta comience a disgregarse. No obstante, yo no contaría con ello.

—No podemos darnos prisa. Los puedo sentir por todas partes… Agáchese y sígame. Me mantendré oculto siempre que pueda.

Se dirigieron a la izquierda, una lenta incursión exploradora hacia el perímetro de la barrera. Por un mudo acuerdo mutuo, sabían que cualquier intento de volver al Guardián sería un suicidio.

Se agachaban y corrían unos metros, se escondían tras una roca o columna caídas, escrutaban el área delante suyo, volvían a agacharse, se movían a gatas o a rastras para serpentear por un espacio abierto, y todo empezaba de nuevo…

Los dos eran fuertes, endurecidos, pero pronto se resintieron de ese ritmo. Spock se concentró para olvidar el dolor punzante de sus manos. Tenía las palmas y los dedos descarnados y el frío aumentaba el dolor. No podía permitirse ni el tiempo ni el esfuerzo necesarios para erigir barreras mentales contra el dolor, así que tuvo que soportarlo.

Zar estaba algo mejor. Sus manos estaban endurecidas por largos años de exposición a la intemperie, y no le afectaba el frío. Otra cosa era el hambre; le era difícil no hacer caso a los pinchazos de su estómago. En el pasado, el hambre había sido siempre un adversario temible y su reacción habitual le impedía concentrar su percepción en la presencia enemiga.

Habían recorrido ya casi medio kilómetro de terreno quebrado y pedregoso antes de llegar al perímetro de la barrera y ver que todo había sido en vano.

Quien estaba al mando del destacamento romulano no se arriesgaba a que hubiera nuevas intrusiones. Parejas de guardias estaban estacionadas en espacios abiertos, cada una justo en el límite del alcance visual de las contiguas… «Nos podrían oír de sobra…», pensó Spock y sacó la pistola fásica, sólo para mirarla y volverla a guardar. «Demasiado ruido, aunque sólo dispare para aturdir. Y los espacios abiertos hacen imposible una emboscada…»

El vulcaniano se volvió hacia su acompañante.

—¿Crees que podrías correr rápido y pasar entre ellos mientras yo te cubro?

Zar negó con la cabeza.

—Aunque pudiera, no lo haría en estas condiciones. Si disparáramos los dos a la vez…

—Demasiado ruido. Tendríamos la siguiente pareja encima en cuestión de segundos. Francamente, yo dudo que pudiera correr más que ellos aunque dispusiera de un margen a mi favor. Nos enfrentamos con romulanos… no con humanos. Estamos en desventaja.

—¿Cuánto tiempo…?

—Catorce punto cuatro minutos.

Siguieron tendidos en silencio, mirando a los soldados de pie, con las manos apoyadas en las culatas de sus armas. Spock sentía el transcurso de los segundos en su cabeza y se mordió el labio. Una ecuación se fue formando inexorablemente en su mente; la muerte era el único resultado posible de cualquier acción que decidieran emprender en ese momento. Trató de razonar si la muerte por una descarga fásica sería preferible a la muerte por cataclismo por la destrucción del planeta, pero movió la cabeza, frustrado. ¡Tiene que haber otra alternativa!

Zar entrecerró los ojos, con su mirada fija en un punto más allá de los guardias. Justo detrás de ellos, podía ver la distorsión del dispositivo de camuflaje. Su visión le tentaba… la seguridad tan sólo a unos metros de distancia, y él iba a morir sin alcanzarla. Al cabo de pocos minutos, ahora, tendido en el polvo. Se deslizó hacia atrás, para agazaparse tras una roca y espiar al enemigo. Su cerebro contaba los segundos. Reunión… edificio. Iba a morir. Los romulanos le iban a matar. Les odiaba. Iba a morir dentro de poco. Más fuerte… edificio, reunión… Morir. Como Dave y Juan… como el guardia que había matado… Podía sentir la muerte…

Cuando se dio cuenta de que su acompañante ya no estaba a su lado, el vulcaniano retrocedió a rastras hasta poder verle. Zar estaba encogido, sus dedos clavados en la roca, la respiración entrecortada, el labio superior coronado de sudor.

—Voy a morir. —El susurro llegó al vulcaniano como el temblor de las hojas *ipanki* con el viento—. Tengo miedo… les odio… voy a morir.

Spock se sintió mal y, al tiempo, tuvo el impulso irracional de reconfortar a su hijo. Puso una mano en su hombro y le zarandeó suavemente.

—Basta ya, Zar.

—Cállate —Zar inhaló aire trabajosamente y no le hizo caso. Volvió a mascullar en letanía—. Tengo miedo. Les odio. Voy a morir… morir… —Fijó la mirada en los guardias, sus ojos muy abiertos y vidriosos—. Morir…

Arqueó el cuerpo, luego sus manos agarrotadas sobre la roca se relajaron y se cayó de lado, inerme.

Spock se le quedó mirando, sobrecogido. Después, en un acto reflejo, miró a los guardias. Yacían inmóviles.

Con una lentitud de pesadilla, se acercó a la figura desvalida y le tocó la muñeca. Nada. Apoyó la cabeza de su hijo en su regazo y palpó su cuello… una palpitación confusa, casi inexistente… Sus dedos buscaron en las sienes. Con un gran esfuerzo se concentró y, finalmente, pudo percibir las ondas mentales *kar-selan*. Marginales… débiles, muy débiles. Pero allí estaban. Respiró profundamente.

Tocó, tanteó, le llamó por su nombre una y otra vez porque, tal como dice la magia antigua, el nombre es la identidad. Zar… Zar… el Guardián se borró, las rocas desaparecieron. El dolor de sus manos también. Zar… ¡Finalmente… hubo… contacto! ¡ZAR!

Su hijo se movió y gimió entre sus brazos.

—Silencio —ordenó—. Lo has logrado. No te muevas un momento.

Spock respiró de nuevo profundamente y cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió Zar le estaba mirando, sus ojos grises aún velados y desenfocados.

—¿Puedes moverte? Tenemos vía libre si actuamos rápido. No disponemos de mucho tiempo.

El joven asintió; intentó hablar pero no pudo. Se mordió el labio en el esfuerzo pero logró moverse.

—Bien… tómatelo con calma… venga…

Spock le rodeó con un brazo y tiró de él. Las piernas de Zar se doblaron un instante; luego se enderezó. Pasaron tambaleando al lado de los guardias. Ninguno de los dos miró a los romulanos.

A poca distancia del perímetro del dispositivo de camuflaje la natural resistencia del joven reapareció. Se desasió del brazo del vulcaniano y caminó solo. Les quedaban cinco minutos.

16

En el Portal reinaba la calma; hasta los vientos se habían callado como en anticipación de su extinción. Kirk, prismáticos en mano, inspeccionó el área por cuarta vez. McCoy caminaba en círculo, contando mentalmente los segundos y sin atreverse a mirar su crono. Kirk registró el área de nuevo y sacó su comunicador. Abrió el canal de llamada y escuchó la ya familiar crepitación de las interferencias que había recibido como única respuesta a lo largo de las últimas cinco horas. Cinco horas de agonía desde que se había despertado, cansado aún, para descubrir que no había noticias, no había señales de Spock. Recorrió el horizonte por última vez, guardó los prismáticos y abrió otro canal.

—Kirk a la *Enterprise*.

—*Enterprise*. Uhura al habla.

—Teniente, prepárese a transportar el equipo de aterrizaje a bordo. Ordene al señor Scott que… —Algo atrajo su atención entre las ruinas de los arqueólogos—. Nuevas órdenes. Transporte para el doctor McCoy y el equipo de seguridad. Yo les seguiré dentro de un momento. Diga al señor Scott que esté listo para iniciar la secuencia de destrucción 10. Kirk fuera.

McCoy se volvió bruscamente hacia él.

—Jim, debo quedarme… —El haz del transportador le cubrió y desapareció junto con el personal de seguridad.

El capitán dio unos pasos hacia el edificio derruido y se agachó para recoger el objeto que le había llamado la atención. El brillo satinado de la madera pulida, con la mácula de un rasguño y una cuerda rota, aunque todavía en estado milagrosamente bueno: el Stradivarius de la doctora Vargas. Kirk lo sostuvo, recordando aquella velada en la que había escuchado su música, y lo envolvió tiernamente con un trozo de tela rasgada. Con el violín bajo el brazo sacó su comunicador, vaciló y consultó su crono. «Dos minutos más», se prometió. Así excedería el plazo por un minuto. Sabía que tendría que luchar con el impulso de prolongarlo aún más al cabo de los dos minutos. Pero había luchado consigo mismo en más ocasiones desde que era capitán; y había ganado.

A lo largo de aquellos dos minutos Kirk pensó en Spock; se preguntó qué habría pasado. Diversos incidentes le pasaban por la cabeza, aparecían y desaparecían como los remolinos de un arroyo. «Spock… colgado cabeza abajo de aquel ridículo árbol, sonriente… inclinado sobre sus sensores… o el tablero del ajedrez… “*Fascinante*”… un hombre de honor en dos Universos… Spock… tambaleándose hacia él, cubierto de polvo ceniciento…»

Kirk abrió los ojos de par en par y empezó a correr.

—¿Dónde han estado? ¿Por qué han tardado? —El capitán agarró al vulcaniano por los hombros y le zarandeó, pero le tuvo que sostener porque se caía—. No sabe cuánto me alegro de…

Calló en cuanto se fijó en el compañero de Spock. Cogió a Zar apresuradamente del brazo y le sostuvo porque se tambaleaba. Con movimientos lentos, los tres hombres se dirigieron hacia el campamento.

—Debo informar de mi fracaso, capitán. No pudimos conectar el campo de fuerza.

Desgraciadamente, aterrizaron una de sus naves a pocos metros del Guardián… aunque no parecen hacerle caso. Los romulanos regresaron antes de que tuviera tiempo de activar la unidad y nos vimos obligados a escondernos mientras registraban el área.

Zar tropezó y dio un bandazo, arrastrando a Kirk consigo. Enderezándose, el capitán apoyó al joven en una gran roca y sacó su comunicador.

—Kirk á la *Enterprise*.

—*Enterprise*. Scott al habla.

—Scotty, les he encontrado. Están vivos. Transporte para tres.

En vez del asentimiento esperado, se produjo una pausa.

Luego:

—Tenemos un problema aquí, señor. Nuestros escáneres acaban de detectarlos. Diez naves de guerra romulanas, se acercan deprisa. Las tendremos a tiro en menos de un minuto, capitán. He ordenado que levanten los escudos. ¿Los bajo para transportarles a bordo?

Kirk respondió con voz firme.

—No bajen estos escudos bajo ninguna circunstancia. Traten de mantenerles a raya. Las naves de la Federación deben llegar de un momento a otro. Entre ustedes y la *Lexington* no debería haber problemas. ¿Han podido reparar los escudos de la *Lexington*?

—Sí, capitán. Acabo de hablar con el comodoro Wesley. No se preocupe, señor. Estaremos bien. Aún no se ha construido la nave que pueda compararse con la *Enterprise* en combate.

—Lo sé, Scotty. Buena suerte. Avíseme en cuanto… en cuanto pueda, Scotty.

—Scott fuera.

Kirk cerró su comunicador de un golpe decidido.

—Ya está. Estamos atascados aquí, señores. Mi nave allí arriba, en combate, y yo no estoy en ella. Diez a dos no es un buen tanto.

Spock escrutó la expresión lúgubre de su capitán y dijo:

—El señor Scott es un buen oficial táctico. Nadie conoce mejor la *Enterprise*, salvo usted, Jim.

—Lo sé. Tiene razón en cuanto a Scotty. Supongo que la situación podría ser peor… aunque, francamente, no se me ocurre cómo.

Los tres quedaron callados, luego Kirk dijo decidido:

—He traído unos suministros. ¿Tienen hambre?

—¿Agua?

Dijo Zar, con una primera muestra de interés por lo que acontecía. Compartieron el agua y las raciones de emergencia sin hablar. Kirk miraba el cielo, como si se imaginara la batalla que debía tener lugar a miles de kilómetros de distancia, en el espacio.

—Capitán —dijo el vulcaniano inesperadamente—. Ya que estamos aquí, el único curso de acción lógica es volver para activar el campo de fuerza. Nuestras posibilidades son mucho mayores con tres pistolas fásicas.

Kirk le miró.

—¿Quiere decir que tres veces cero no es igual a cero? Lo hice en el colegio. Si están alertados, nos estarán esperando. Será un suicidio.

—Tiene razón, aunque su modo de expresarlo es algo rimbombante, capitán. Ahora, sin embargo, que la flota romulana está cerca, no podemos arriesgarnos a que empleen sus equipos de detección más complejos que el de la nave que tienen aquí. Si la batalla se resuelve en contra de las naves estelares…

—Moriremos de todos modos. Entiendo su punto de vista. Si podemos activar el campo de fuerza ganaremos tiempo a favor de la flota federal… cosa que podría significar un desenlace distinto. —El capitán se puso de pie—. De acuerdo. ¿Han descansado ya?

—Sí —respondieron dos voces.

El primer oficial miró a Zar, que se levantaba. El agua y los alimentos le habían ayudado pero el joven seguía pálido y con negras ojeras.

Kirk les miró a ambos.

—¿Quién de los dos calculará las posibilidades adversas esta vez?

Spock alzó una ceja y algo brilló en sus ojos negros.

—Esta vez, capitán, las posibilidades adversas no son más que tres mil quinientas setenta y nueve punto cero cuatro cinco, a una.

—Magnífico. Será fácil.

Dos cejas izquierdas se alzaron con su comentario. Zar preguntó:

—¿Fácil, capitán?

Kirk gruñó.

—McCoy ya me dijo que esto iba a ocurrir. Debería haberle hecho caso. Dos a la vez es demasiado. Venga, vámonos. Zar asintió.

—Hace un par de semanas leí un poema sobre una situación similar. Se llamaba *Horacio en el*…

Su cuerpo se aflojó y sus ojos se pusieron en blanco.

Spock soltó el nervio y le cogió mientras caía. Puso un brazo bajo las rodillas del chico y le levantó sin esfuerzo.

Kirk observaba al vulcaniano sagazmente, y su boca se endulzó con una sonrisa.

—Esto eleva las posibilidades, señor Spock.

El vulcaniano le devolvió la mirada sin pestañear.

—No, Jim. Las calculé así desde el principio.

Dio media vuelta y se dirigió al edificio del campamento.

El capitán recogió los suministros y el violín envuelto y le siguió.

Cuando le dio alcance, justo en el linde del campamento en ruinas, Kirk dijo con voz esmeradamente indiferente:

—Espero que se dé cuenta de cómo se lo va a tomar cuando vuelva en sí.

Spock asintió.

—Por eso me doy prisa. No tengo la intención de estar aquí cuando se recupere. Debe pesar trece kilos más que yo. Kirk hizo una mueca.

El vulcaniano colocó el cuerpo inconsciente en el interior de una construcción derruida, buscó por un momento y le cubrió con una manta chamuscada. El capitán dejó su carga al lado del joven.

—Espero que lo lleve consigo cuando le transporten a la nave.

—¿Qué es?

—El violín de la doctora Vargas. ¿Aún tiene su comunicador?

Spock se agachó y hurgó en los bolsillos del traje.

—Sí.

—Vámonos, entonces.

El primer oficial le condujo por el mismo camino que él y Zar habían recorrido hacía pocos minutos. Cruzaron el perímetro de la barrera por el mismo punto y pasaron al lado de los dos guardias aún tendidos de bruces. Kirk les echó una larga mirada y susurró sin dejar de caminar con sigilo:

—¿Inconscientes?

Spock no giró la cabeza y su respuesta llegó a oídos del capitán muy tenue.

—Muertos… creo.

—¿Tú?

Kirk evitó una gran roca y se dejó caer al lado del vulcaniano que rastreaba con los ojos el terreno ante sí.

—Zar.

El capitán silbó por lo bajo.

Spock sólo precisó de cinco minutos para activar el campo de fuerza. Los dos hombres ocultaron cuidadosamente los signos externos de la presencia de la barrera y emprendieron el camino de vuelta hacia el perímetro. Casi habían llegado cuando oyeron un grito. Kirk se detuvo.

—Deben haber encontrado a los guardias. Me temo que ya está, señor Spock. ¿Le gustaría volver a calcular estas posibilidades?

—Conozco un escondite. Por aquí, capitán.

Si no fuera por el uniforme de Kirk, hubiesen podido salirse con la suya. El destello de un foco romulano se reflejó en la trenza dorada, y les sacaron a rastras de su estrecho agujero. Sus captores no perdieron tiempo ni saliva. Ataron a los dos oficiales y les llevaron, bajo fuerte escolta, al campamento romulano.

Kirk, que procuraba memorizar el entorno, vio que era un campamento grande. Nueve tiendas de plástico dispuestas en tosco círculo, con lo que le pareció ser un depósito de municiones y suministros en medio. En el lado opuesto del campamento había dos naves, una más grande que la otra. La nave más cercana al Guardián se había ido cuando activaron el campo de fuerza. Kirk esperaba que esto significara que el enemigo aún no conocía la existencia del Portal del tiempo.

Un golpe entre los hombros le hizo entrar en la mayor de las tiendas a bandazos, y otro golpe le tiró brutalmente al suelo. Yacía con la cara contra la superficie rasposa, mientras le ataban los tobillos y juntaban las cuerdas con las que le inmovilizaban las manos. Uno de los guardias le levantó la cabeza tirándole de los pelos y le amordazó. De los sonidos de pelea a su izquierda, dedujo que Spock recibía el mismo tratamiento. Después de amordazarle le vendaron los ojos, y el sonido de pasos desapareció. Algún sexto sentido, sin embargo, le decía que Spock y él no estaban solos. Tenía que haber un guardia junto a ellos. «Alguien no quiere correr riesgos…», pensó Kirk.

Tiró de las cuerdas pero abandonó su intento de inmediato. Quien fuera que le atara era un experto, y había tomado la precaución extra de pasar la cuerda alrededor de su cuello. Cualquier intento de liberarse le estrangularía. Privado de impresiones sensoriales, tuvo que luchar contra el deseo de especular con su destino… y el de su nave. La *Enterprise* saldría con bien. Tenía que creerlo o estaría acabado antes de empezar la lucha.

Tras un breve lapso, nuevas pisadas resonaron a sus espaldas y una mano le agarró del pelo. Le quitaron la venda y Kirk parpadeó, cegado por una luz repentina. Se oyó una brusca aspiración y una voz… ¿algo familiar?

—Desátale y quítale la mordaza. Dale la vuelta al vulcaniano para que pueda ver.

Al cabo de un momento estaba libre. Se frotó las muñecas, tratando de adaptar paulatinamente sus ojos a la luz de la tienda. Delante suyo podía discernir una figura delgada, con un rostro estrecho y astuto y las insignias de comandante. Kirk parpadeó y entrecerró los ojos. La voz casi familiar sonó de nuevo:

—¿No me reconoce, capitán Kirk? Yo le conozco. El Imperio Romulano no guarda buenos sentimientos para usted, y yo menos. Tenemos un asunto personal que resolver. Usted destruyó el honor de mi comandante. —Se enderezó y saludó formalmente—. Comandante Tal, a su servicio.

El romulano se desplazó y realizó una segunda inspección de Spock.

—Comandante Spock. En cierta ocasión el Imperio emitió una orden de busca y captura contra usted, por los cargos de traición y sabotaje. Dicha orden no ha sido revocada. —Tal comenzó a caminar arriba y abajo sin dejar de hablar—. Su captura es afortunada, ya que parecía que nuestra misión aquí estaba condenada al fracaso. No hemos podido localizar las instalaciones de la Federación en este planeta. Nada más que un grupo de enclenques anticuarios y sus excavaciones entre estas ruinas sin fin. La Federación se mostró astuta al camuflar un secreto militar de este modo… pero ustedes se delataron al asignar una nave estelar para patrullar.

El comandante romulano hizo un ademán y un fornido centurión vino a colocarse delante de Kirk, sus brazos oscilando relajada y deliberadamente a sus costados. Al cabo de un minuto, Tal prosiguió:

—Capitán Kirk, respeto su inteligencia. Sabe que somos fuertes. Nos enorgullecemos de ser la potencia militar que regirá en esta Galaxia; y pronto. Será porque actuamos no con crueldad, como los klingon, sino con eficiencia. De modo que ahora le digo: seamos eficientes en esto. Ya sabe que ordenaré su muerte si no me dice qué es lo que oculta aquí la Federación. No hace falta puntualizar que su muerte será desagradable. Estoy seguro de que comprende que se trata de un eufemismo. Por qué no decírmelo ya, y prometo por mi honor de soldado que seguirán vivos. Incluso se les podría permitir que regresaran con su gente y nadie sabría de su colaboración, pero esto no se lo puedo garantizar. Pero vivirán y seguirán disfrutando de ello. Les doy dos de sus minutos solares para pensar.

Tal esperó pacientemente. El silencio se prolongó hasta que el romulano lo rompió.

—¿Su decisión, capitán?

Kirk le miraba con los músculos tensos de expectación. Tal asintió, más bien complacido, e hizo una seña al fornido soldado.

—No le toques la cabeza, quiero que pueda hablar.

El guardia gruñó su asentimiento y apretó el puño. Tras el tercer golpe, las rodillas del capitán se doblaron. Colgaba medio desmayado de las manos del guardia, luchando por respirar, tratando débilmente de resguardar su vientre dolido con los brazos, hasta que le dejaron caer al suelo. Tal se encogió de hombros y los guardias se acercaron al vulcaniano para quitarle la mordaza.

La voz del romulano perdió su monotonía impersonal, se hizo más profunda, más fría.

—Comandante Spock, me complacería verle recibir el mismo tratamiento pero conozco su futilidad. Los vulcanianos son capaces de bloquear el dolor y hasta de destruirse a sí mismos antes que delatar un secreto. Nos sería imposible arrancarle lo que no desea darnos… pero quizás opte por ser razonable… —Echó una mirada a Kirk y otra al primer oficial—. Hable y evite que su capitán sufra más. De otro modo, morirá ante sus ojos con la certeza de que usted le podría haber salvado, ya que él no se puede salvar a sí mismo.

Spock no apartaba su mirada pétrea de la rodilla izquierda del romulano. Tal cerró el puño.

—No tiene ni pizca de lealtad ¿verdad, vulcaniano? Tu capitán no te importa más de lo que te importó mi comandante… —Su mano alzada tembló; movió la cabeza—. Esperaré tu muerte con ansia. —Calló y volvió a hablar más tranquilamente—. Dígame ¿quién de los dos mató a mi guardia? Francamente, dudo que el capitán tuviera fuerza para vencer a un romulano bien entrenado, de manera que debió ser usted. ¿Y los otros dos? Si me dice qué es lo que mata sin hacer ruido ni dejar señales podré al menos interceder a su favor…

Silencio.

—Muy bien. Atadles.

Los guardias romulanos pusieron manos a la obra. Cuando los dos oficiales de la Federación estaban de nuevo atados, amordazados y con los ojos vendados, Tal dijo:

—Creo haberles convencido de que aquí vamos en serio. Les dejo pensar; volveré pronto, con un dispositivo obra reciente de nuestros científicos. Tan reciente que todavía no se ha probado en los humanos. Según me dicen, cabe la posibilidad de que sus efectos sean permanentes. Se trata de un excitador neuronal, un aparato capaz de generar impulsos del sistema nervioso. Puede producir diversas magnitudes sensoriales, desde un leve cosquilleo al dolor que se siente cuando uno se quema vivo.

Tal empujó a Kirk con el pie.

—La ventaja de este dispositivo es que sus efectos se deben a impulsos eléctricos y submotores. La víctima no sufre daño físico alguno. Aunque un alto porcentaje de los animales y los humanoides… voluntarios en los que se ha probado parecen enloquecer. El aparato puede usarse repetidamente sin pérdida de su eficacia. Lo que sentirá, capitán, le obligará a decírmelo todo. Su dolor no tendrá fin siquiera con la muerte, como en el caso de sus científicos. Hojalá el *Glory Quest* hubiera llegado a tiempo para haberlo empleado ayer… nada de esto sería ya necesario.

Tras una breve pausa, dijo mansamente:

—Usted conoce sus límites, Kirk. Hasta el hombre más valiente los tiene. Usted hablará. La única incógnita consiste en cuándo, y en cuánto puede aguantar. Piénselo.

17

La Entrerprise estaba en apuros. Las naves romulanas la cercaban y acosaban como una leona herida, a la vez que procuraban mantenerse fuera del alcance de sus colmillos. La *Enterprise* había destruido dos naves enemigas y la *Lexington* otra más, pero había perdido sus deflectores de estribor. El siguiente impacto que recibiera, traspasaría su piel reluciente.

Wesley mantenía la *Lexington* en posición para cubrirla de los ataques por estribor, pero sus propios deflectores de proa estaban en mal estado.

El ingeniero jefe Scott había dirigido sabiamente un combate en retirada. Basándose en la mayor velocidad y capacidad de fuego de su nave, había disparado, retrocedido y vuelto a disparar. La batalla se había desarrollado en una elipse en torno al Portal, pero los romulanos empezaban a cansarse y les costaba más perseguir a las naves de la Federación cuando se alejaban. Sabían que no irían lejos.

Scott se removía incómodo en el sillón de mando. No le gustaba sentarse en él; nunca le había gustado. Era su deber y lo cumplía a la perfección, pero su primer amor era la *Enterprise*. Le dolía físicamente oír el esfuerzo de sus motores y recibir los informes de daños sufridos.

—La cubierta B informa de una explosión causada por la entrada de humos en los mamparos, señor Scott. Se ha notificado la unidad de reparación.

Scotty asintió hacia Uhura y se volvió hacia el alférez Chekov que manejaba los sensores de Spock.

—¿Alguna noticia de la nave tocada por la *Lexington* durante el último ataque?

—Sí, señor. Parece que está dando vueltas. Se debe haber averiado su sistema de rotación. También detecto cierta fuga radiactiva… podría ser su pila de suministro, señor.

—Bien. Dudo que nos tengamos que preocupar más por ellos.

Sulu giró.

—Señor Scott. Inician otra maniobra de asedio.

El ingeniero jefe desvió su atención a la pantalla de proa. Las seis naves romulanas que aún podían navegar viraban en formación de cuña. Tras una primera sorpresa, Scott comprendió el propósito de su configuración. Pretendían introducir la punta de la cuña entre la *Enterprise* y la *Lexington*. Una vez separadas, las dos naves ya no podrían compensar sus deflectores perdidos.

—Timón a estribor, cero cuatro cinco punto seis.

—Sí, señor Scott. —Los dedos de Sulu danzaron sobre los controles.

También maniobraba la *Lexington* para acercarse a babor. Las dos naves actuaban como bailarines macizos pero gráciles. Se movían conjuntamente, con una ligera sacudida cada vez que sus escudos deflectores de popa rozaban intermitentemente y se repelían mutuamente con un centelleo multicolor. Scott sonrió.

—Buen pilotaje, señor Sulu. Ya pueden intentar separarnos.

Las naves enemigas permanecieron inmóviles por un momento, luego rompieron su formación. Se reunieron en un tosco círculo para dividirse repentinamente y lanzarse contra las dos naves estelares a máxima velocidad sub-luz. Tres se precipitaron contra la banda de babor de

la *Enterprise* y otras tres contra la de estribor de la *Lexington*, con los cañones fásicos floreciendo a su paso. La propia cercanía de las naves de la Federación les impedía dirigir sus principales baterías contra sus atacantes. La *Enterprise* tembló bajo el efecto de tres impactos directos; la *Lexington* recibió dos.

Sulu giró, su expresión grave.

—Se acabaron nuestros escudos de babor, señor.

Scotty tamborileaba en el brazo del sillón del capitán; pensaba. «¿Qué haría Jim Kirk?» musitó por lo bajo. Añadió mentalmente: «No te precipites, Scotty, viejo. No les hagas el juego. Tómatelo con calma… que vengan ellos hacia nosotros…». Entrecerró los ojos y se concentró en la pantalla. Los romulanos volvían a reunirse en círculo pero, como cazadores tras una presa ya debilitada, esta vez no se habían retirado muy lejos. Scott se enderezó.

—¿Distancia, señor Sulu?

—40.000 kilómetros, señor.

—Armad todos los fototorpedos. Batería fásica de proa a media capacidad. Desconectad totalmente las baterías de babor. Sus escáneres les indicarán una sobrecarga debida al impacto. «Al menos, eso espero», añadió para sí.

El timonel habló al cabo de un momento.

—Fototorpedos armados y en posición, señor Scott. —Bien, señor Sulu. Les esperaremos. Ahora mismo piensan: «¿Cuánto hemos podido dañarles?». Recibirán nuestra respuesta muy pronto. Teniente Uhura ¿recibe algo de la *Lexington*?

—Sí, señor Scott. Sus fototorpedos están armados y en posición también. Informan de la pérdida de sus deflectores de proa y estribor en el último ataque.

Esperaron. Finalmente, las naves romulanas empezaron a acercarse cautelosamente, casi a pequeños impulsos de sus motores.

—¿Distancia, señor Sulu?

—Treinta y cinco mil kilómetros, señor Scott; y acercándose, señor.

—Siga apuntándoles.

—Sí, señor.

Scott cerró los ojos y contó hasta tres lentamente. Luego musitó:

—Fuego, señor Sulu.

La mano del navegante recorrió su tablero como un rayo.

L a *Enterprise* se estremeció suavemente por el lanzamiento de sus torpedos. Todos contuvieron la respiración.

De pronto, la pantalla se iluminó con una intensa luz blanca. La tripulación de puente vitoreó. Scott giró a Chekov:

—¿Situación?

—Le hemos dado a uno, señor. Y la *Lexington* ha dado a otro… creo que la *Lexington* ha acertado a otro más, pero no detecto daños importantes en aquella nave.

El ingeniero jefe se hundió en su asiento y contempló fastidiado las cuatro naves enemigas restantes. «No es suficiente —pensó—. Les hemos zarandeado, pero aún somos cuatro a dos y nos

han tocado». Le pareció oír el jadeo de su nave y se disculpó para sus adentros. «Lo has intentado, pequeña, pero…»

Uhura exclamó con voz de júbilo:

—¡Señor Scott! ¡Una llamada, señor!

Chekov señalaba agitadamente hacia los escáneres.

—¡Naves, señor! ¡Cinco! ¡Acaban de entrar en el sector!

18

Zar soñaba con la muerte y el dolor. Los sueños se agitaban y se fundían sin dejar rastro en la memoria:

Se deslizaba frenéticamente aunque sabía que ya no importaba, la cuerda le descarnaba las manos; y ahí estaba su cuerpo, con el cabello disperso en abanico sobre el hielo, cubriendo casi el ángulo anormal del cuello…

Lanzó su brazo contra el cuello de la *vitha* que atacaba, y sintió el desgarrón de sus colmillos…

Juan y Dave, dos trozos de humanidad desmembrada vista a través del pensamiento de McCoy…

La extraña vacuidad —¿había luz u oscuridad?— de aquel lugar… (¿dónde?). Había estado allí después de proyectar su propia muerte a los romulanos, antes de sentir la llamada que le traía de vuelta a rastras. El lazo que no podía eludir aunque quisiera… le llamaba con una fuerza desesperada… le llamaba…

Abrió los ojos en la oscuridad. El sueño se había desvanecido dejando sólo aquella sensación de… ¿qué?

Recuperó la memoria. Estaban en las ruinas, listos para volver al Portal del tiempo, y de repente se encontraba aquí. Se movió con cautela, sintió el tirón familiar en los nervios dolidos del hombro y se dio cuenta de lo que había pasado. Con cada movimiento, el dolor del hombro se disparaba hacia la cabeza a la vez que hacia su cintura. Ahogado por las náuseas, sostuvo la cabeza con ambas manos, convencido de que se caería de sus hombros si no lo hacía.

—No… —Su propio susurro agonizante le sorprendió—. Otra vez no. Por favor…

En aquel momento, hasta su propia muerte parecía preferible a compartir involuntariamente la de otro.

Le salvó la ira. Cuando se concentró en la ira y la vergüenza de haber quedado atrás, su malestar desapareció. Construyó mentalmente una pira alta de miradas frías, distancias y palabras negativas, luego le prendió fuego con la llave del hombro. Las llamas de su cólera eran reconfortantes, cálidas, un bálsamo para su malestar.

Pero, en el momento de alcanzar cuotas de furia febril, algo ocurrió. Era como mirar una de aquellas pinturas de Jan Sajii, las que tenían dos contornos aunque sólo se podían ver de uno en uno. Imágenes en blanco y negro y, poco a poco, mientras miraba, aparecía una imagen completa ante los ojos. Palpó la manta que le cubría y recordó las palabras de McCoy: «Aunque parezca ilógico, todos los padres tienden a ser superprotectores».

Su furia se desvaneció, evaporada por el calor de la comprensión, y Zar supo la razón de la llave en el cuello, comprendió a Spock como nunca antes, y de su comprensión nació un extraño y melancólico orgullo. El vulcaniano había preferido dejarle atrás. Aunque los sentimientos de su padre hacia Kirk eran intensos, no era Kirk el que se encontraba allí sino él.

En cuanto pudo moverse salió tambaleando del edificio destruido, incapaz de seguir junto al

horrible hedor de la muerte. Se sentó en una roca para pensar; para hacer planes. Habían sido capturados o corrían algún peligro inminente pero seguían vivos. (Por alguna razón, estaba seguro de que si Spock muriera él lo sabría, aparte de la preocupación que sentía por el capitán.) Suponiendo que estaban vivos, el primer lugar donde debería buscarles era el campamento romulano.

Buscó en sus bolsillos y encontró la pistola fásica y el comunicador. Ya que nunca había utilizado uno, lo manejó con torpeza hasta poder abrir un canal; se aclaró la garganta.

—¿*Enterprise*? ¿Teniente Uhura?

Una crepitación de interferencias y una voz contralto, sorprendida:

—¿Zar? ¡Espera que discrimine!

La voz se borró para ser reemplazada en breve por otra.

—¿Chico, eres tú? ¿Dónde están el capitán y el señor Spock?

—Scotty, creo que han sido capturados. Tenemos que ir a buscarles ahora mismo. Corren peligro.

Zar hizo una mueca por el dolor que le punzó en las sienes.

—Pero el dispositivo de camuflaje sigue en posición, chico. No podemos enviar un equipo de aterrizaje a ciegas. ¿Y cómo sabes que corren peligro? ¿Te has escapado?

—No fui con ellos. —Zar se mordió el labio, frustrado, luego recordó algo—. Pregunte al doctor McCoy, él le dirá que sé de qué estoy hablando. Puedo introducir el equipo de aterrizaje en el campo sin ser vistos. Pregunte a McCoy.

Tras una pausa, volvió a oír la pronunciación gutural del escocés:

—De acuerdo, chico. Yo no puedo dejar la nave, pero enviaré un equipo. Se reunirán contigo en seguida. Zar recordó otra cosa.

—¿Está aún allí el doctor McCoy?

—Sí, estoy aquí. ¿Qué pasa? —La voz del médico sonaba impaciente.

—Hay un fardo en el armario de la izquierda de mi cabina. Lo necesitaré. ¿Puede enviármelo?

—¿Enviártelo? ¡Qué diablos, te lo voy a llevar! No me quedo aquí mirando las musarañas ni un minuto más. McCoy fuera.

Zar cerró el canal, aliviado, y se dispuso a esperar a los demás.

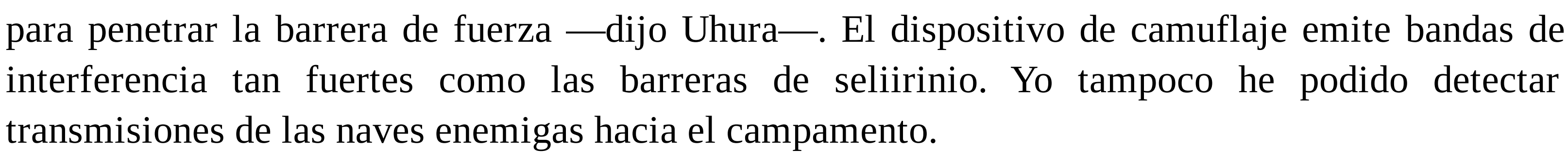
El equipo se componía de seis miembros de seguridad, con el doctor McCoy y la teniente Uhura al mando.

—¿Cómo van las cosas en la *Enterprise*? —fue la primera pregunta de Zar antes de comer un barquillo de las raciones de emergencia de Uhura.

—Creímos que estábamos acabados cuando aparecieron el almirante y cuatro naves más —contestó Uhura—. Hemos sufrido daños pero, afortunadamente, no hay bajas entre la tripulación. Las naves romulanas se autodestruyeron de inmediato. No hay prisioneros.

—Me pregunto si las fuerzas romulanas en el planeta conocen el resultado de la batalla. —Habló Phillips, miembro del equipo de seguridad, mientras comprobaba metódicamente la carga extra de su pistola fásica—. Si lo saben, estarán rabiosos contra nosotros.

—*No pueden saberlo*, salvo que su equipo de comunicaciones esté especialmente preparado


para penetrar la barrera de fuerza —dijo Uhura—. El dispositivo de camuflaje emite bandas de interferencia tan fuertes como las barreras de seliirinio. Yo tampoco he podido detectar transmisiones de las naves enemigas hacia el campamento.

—Bien. —Zar tomó un trago de agua—. Entonces nuestro primer movimiento debería ser volver a entrar en el perímetro y localizar al capitán y al señor Spock. Les puedo encontrar… creo. —Frunció levemente el ceño y trató inútilmente de limpiar la mugre de su cara con una mano igualmente sucia—. Pero, una vez localizados ¿cómo les sacamos del campamento enemigo?

—No disponemos de fuerzas para dirigir un asalto directo —dijo Uhura pensativamente, trazando dibujos en el polvo con su larga uña—. Nuestra mejor táctica sería crear alguna forma de diversión. Una diversión que preferiblemente destruyera al mismo tiempo al dispositivo de camuflaje. De este modo, podríamos pedir refuerzos después.

—¿Tiene alguna idea de su aspecto? —preguntó Zar.

Uhura negó con la cabeza.

—Vi el que quitamos a los romulanos hace varios años, pero nadie nos garantiza que éste sea parecido. Hay algo, sin embargo… —La larga uña tamborileó contra una piedra mientras pensaba —. Tiene que ser grande. Posiblemente demasiado grande para moverlo con facilidad. Es muy probable que se encuentre en la nave.

Zar asintió y se levantó.

—Entonces tenemos una pista que seguir. Y si destruimos su transbordador, aunque no esté en él el dispositivo de camuflaje, crearemos diversión suficiente. Vámonos.

Zar les condujo al interior del perímetro a trote sostenido, asegurándoles que no había romulanos a la vista.

—Deben pensar que su flota ha destruido o capturado las fuerzas federales y que están a salvo —dijo McCoy, que jadeaba un poco cuando se agazaparon al abrigo de una pared derruida—. O creen que no nos atreveríamos a lanzar una ofensiva con Jim y Spock en sus manos. Aun así, no me gusta. Pueden estar jugando al gato y el ratón.

Las cejas inclinadas se fruncieron y los ojos grises estaban confusos.

—¿El gato y el ratón? ¿Es otro juego como el póker? —aventuró Zar.

—Algo parecido —sonrió Uhura y bajó la voz—. Debemos seguir. ¿Dónde está el Guardián en relación a nuestra posición?

—Unos sesenta metros en aquella dirección —dijo el joven, y señaló con la mano—. Hemos penetrado la barrera por un punto distinto. Pensé que no querría que lo vieran los otros ya que el capitán dijo que es secreto.

—Correcto. —Uhura se mordió el labio—. Aun así, deberíamos comprobar si se ha activado el campo de fuerza. Doctor, usted se queda aquí con los demás. Zar y yo comprobaremos el campo.

Volvieron al cabo de pocos minutos.

—Al menos lograron hacerlo —dijo Uhura con alivio—. Ahora, al campamento.

El equipo de salvamento inspeccionó las fuerzas romulanas desde el abrigo de una calzada destruida localizada en una pendiente.

—Nueve tiendas y un depósito de suministros —susurró pensativo Chu Wong, uno de los

oficiales de seguridad, con los ojos más rasgados que nunca—. Calcularía una fuerza de al menos ochenta.

Uhura miraba los dos transbordadores situados uno al lado del otro en el extremo opuesto del campamento.

—Probablemente menos, teniente —dijo—, salvo que hayan hecho descender otro grupo y mandado de vuelta al otro transbordador.

McCoy miró a Zar, cuya mirada fija pero desenfocada estaba clavada en un punto en la lejanía.

—¿En qué tienda están, hijo?

El joven se estremeció, parpadeó y enfocó la vista.

—En aquella —dijo sin vacilación—, la tercera de la izquierda.

—¿Están allí los dos? —preguntó McCoy.

—Sí —asintió Zar.

No le había costado recibir las emanaciones emocionales del capitán, aunque eran tenues y llenas de dolor. Le había sido más difícil percibir la presencia de Spock pero pudo, finalmente, captar su preocupación y la evaluación lógica de la situación. También dolor, aunque enmascarado, bloqueado.

—Deben estar atados —suspiró Zar— y el capitán está casi inconsciente. Creo que le han hecho daño. Están solos.

—De acuerdo. —Uhura pensó por un momento—. Zar, si puedes entretenerlos, nosotros nos ocuparemos del capitán y el señor Spock. ¿Crees poder entrar y salir sin ser visto?

Zar sopesó su pistola fásica, y su boca, normalmente seria, esbozó una leve sonrisa.

—Sin problemas —dijo, y McCoy reconoció la arrogante expresión familiar en otra cara—. Déme diez minutos y estén listos para actuar; rápido. Ya sabrán cuándo.

Con un susurro de tela contra la roca, desapareció.

Spock yacía en el suelo de piedra; el frío le invadía el cuerpo. En cierto modo era una ventaja, porque amortiguaba el dolor de sus brazos y piernas retorcidos, de sus ataduras demasiado apretadas y de la mordaza que no le dejaba respirar. Por otro lado, el frío en sí era una tortura para él, siempre helado en temperaturas que los humanos consideraban agradables. Cerró los ojos y reunió sus fuerzas para poner en acción su control *vedra prah*, obligar a su mente a que aceptara su incomodidad para luego negarla. Lo lograba hasta cierto punto, pero el propio esfuerzo extenuaba sus reservas físicas. El agotamiento le acechaba y cuando se apoderara de él…

¿Cuánto tiempo había pasado? La fatiga entumecía su sentido del tiempo pero cedió a su concentración disciplinada. Veinte minutos y treinta segundos desde la partida de Tal. Exactamente una hora y catorce minutos desde su captura. ¿Y cuántos minutos hasta su muerte? Escuchó la respiración a su lado, regular, poco profunda. El capitán dormía o estaba inconsciente. El vulcaniano deseó haber sido capaz de dejar atrás también a Jim. Él no temía la muerte —no era más que el fin de la existencia biológica, con algo nuevo o nada detrás—, pero la muerte de Kirk le producía un dolor imposible de bloquear con sus controles mentales.

Tiempo. ¿Cuánto les quedaba? Ahora ya Zar debería haberse recuperado, llamado a la nave —sintió una punzada de preocupación por la *Enterprise*—, quizás hubieran enviado ayuda… La razón se impuso a la esperanza. No era probable —sin querer, su mente computó las posibilidades— que la gente en la nave supiera que habían sido capturados. Nadie sabría que habían muerto…

No. Se dio cuenta de su error nada más pensar en ello. Una persona lo sabría, estaba seguro al margen de toda lógica. Zar sentiría sus muertes, su muerte, a través del lazo, la unión que ya no era algo susceptible de ser aceptado o rechazado; existía, era un hecho y, por lo tanto, indiscutible. Las mentes fundidas, la sangre atemperada… la antigua frase vulcaniana surgió en su mente, seguida por su análoga humana… sangre de mi sangre, carne de mi carne…

Lamentó intensamente que Zar fuera partícipe impotente de su muerte pero no se le ocurría modo alguno de impedirlo. Era de desear que los romulanos fueran expeditivos.

Kirk volvió en sí con un espasmo aletargado e hizo una mueca de dolor por sus costillas que ardían contra el suelo pedregoso. Su mente se fue despejando y frotó su barbilla con fuerza en la áspera roca bajo su mejilla. Alguien más frotaba; se dio cuenta de que Spock hacía lo mismo.

Sus mejillas le abrasaban pero la mordaza cedió. La escupió, movió la boca para desentumecer los músculos de la mandíbula, tragó la sequedad esponjosa de su boca y dijo:

—¿Spock?

Un gruñido de asentimiento y luego la voz, tranquila:

—Capitán ¿está malherido? Ha estado inconsciente bastante rato… desde que Tal se fue…

Kirk emitió un sonido de impaciencia.

—No importa ya. Si nos desatan a los dos, sabe qué hacer si tiene oportunidad. —Esperó un asentimiento, no recibió ninguno—. Maldita sea, Spock, es una orden. Yo mismo lo haría si pudiera…

Giró la cabeza hacia Spock a pesar del lazo que le apretaba la garganta, y se dio cuenta de su estupidez. Empezó a contorsionarse deliberadamente. Sintió el lazo que se estrechaba. Contuvo el aliento a pesar del dolor en las costillas y el cuello.

—¡Jim, no!

El vulcaniano se movió sin hacer caso al tirón de la cuerda en su propio cuello. Trató en vano de acercarse al cuerpo que agonizaba entre convulsiones cada vez más débiles. Entonces oyó cómo se abría la tienda detrás suyo y la exclamación ahogada de Tal.

—¡Kirk, no!

Los pies del romulano tropezaron con las piernas del vulcaniano cuando se lanzó entre los dos.

Spock pudo oír el roce del cuchillo contra las cuerdas y supo que el oficial romulano había cortado las ligaduras del capitán. Tensó sus sensibles oídos y fue recompensado con un débil boqueo. Kirk no estaba…

El suelo tembló bajo sus cuerpos y el comandante cayó entre sus dos prisioneros por la fuerza de una explosión. Cascotes de piedra y escombros se esparcieron por el suelo que rodeaba la tienda y, gradualmente, las ondas expansivas se calmaron. Tal se levantó con esfuerzo, vociferando órdenes y preguntas, y se precipitó afuera, dejando los dos oficiales de la Federación solos.

Spock pudo oír gritos, órdenes, pisadas que corrían. En el interior de la tienda, sólo aquella respiración sibilante. Llamó por el nombre a su capitán repetidamente, pero Kirk estaba inconsciente o no podía hablar. Interrumpió un cauteloso intento de averiguación y aguzó el oído. Alguien rasgó la tela en la parte posterior de la tienda y una voz… ¿Uhura? Imposible…

Pero sí.

—Gracias a Dios que les hemos encontrado, señor.

Manos delicadas aunque decididamente fuertes cortaron sus ligaduras; el vulcaniano se incorporó pestañeando y se quitó la venda de los ojos. Incluso en la luz tenue de la tienda era difícil distinguir las facciones de la teniente… sus ojos lagrimeaban tras la total oscuridad.

—El capitán —empezó, pero sonó la voz reconfortante de McCoy.

—Jim está bien… es decir, depende de cómo se defina. Shock, agotamiento, tres costillas rotas… debería estar en la enfermería. Pero le conozco, querrá… —El vulcaniano percibió varias descargas hipodérmicas y, de nuevo, el gruñido de McCoy—, el peor paciente de la Flota Estelar, no descansa, lo quiere hacer todo él, mírele…

Spock ya podía ver. Observó a McCoy que, sin abandonar su monólogo, vendó hábilmente el tórax de Kirk con una venda elástica que se ajustaba automáticamente al punto de óptimo apoyo. Kirk recuperó la conciencia justo cuando terminaba.

—Bones… Uhura… Me alegro de verles. ¿Cómo han llegado hasta aquí? —Dirigió sus ojos castaños a Spock y le miró, confuso—. Me pareció oír una explosión… ¿o fue sólo en mi cabeza? Había muchos romulanos…

Respiró profundamente e hizo una mueca de dolor.

—No, Jim —dijo McCoy—. Ha sido Zar. Le dijimos que los entretuviera y él hizo estallar las dos naves romulanas. Debe haber sobrecargado su pistola fásica.

—¿Está bien?

Algo en la voz del vulcaniano les hizo volverse para mirarle.

—No le hemos visto, señor. —Dijo Uhura—. Supongo que se habrá apartado del área de la explosión. Vámonos, tenemos que salir de aquí… si puede caminar, capitán.

—Estoy bien.

Kirk se puso de pie con una expresión que desmentía sus palabras y no rechazó los brazos que el médico y el primer oficial le ofrecieron como apoyo.

Una vez fuera del campamento, Uhura llamó a la *Enterprise*.

—*Enterprise*, Scott al habla.

Uhura pasó la comunicación a Kirk.

—Scotty, aquí el capitán. ¿Cuál es su situación?

—Nos ocupamos de las reparaciones, señor, pero, en general, hemos tenido suerte. No ha habido muertes; unos heridos, sólo uno grave. McCoy le informará mejor. El almirante Komack ha llamado; le tengo ahora mismo en el otro canal. El dispositivo de camuflaje ha desaparecido, señor. —Una pausa, luego continuó—: El almirante Komack informa que ha detectado una explosión ahí abajo.

—Sí. Póngame con él, Scotty.

Mientras Kirk hablaba con el almirante, Spock, McCoy y Uhura fueron a inspeccionar los restos del campamento romulano. La explosión había destruido varias de las tiendas más próximas a los transbordadores volados y había confusión y desorden por doquier. Un grupo de marines de la Federación atravesó el centro del campo con armas fásicas pesadas a punto de disparar. En la distancia sonaba el silbido ocasional de una pistola fásica en posición de inhabilitación.

—No son los miembros de seguridad de la *Enterprise* —observó McCoy.

—Diría que el almirante Komack los envió tan pronto como se retiró el dispositivo de camuflaje, doctor.

Spock habló sin dejar de examinar los cuerpos caídos en el área de la explosión. McCoy se dio cuenta de repente a quién buscaba el vulcaniano y, con mudo acuerdo, los dos volvieron al campamento. Sin embargo, las víctimas llevaban uniformes romulanos. Se abrieron camino entre ellas; de vez en cuando, McCoy se agachaba para examinar una figura tendida y llamaba al personal médico de la Federación para comprobar si el romulano seguía vivo.

—De hecho, han sido tan afortunados como nosotros —comentó el médico después de concluir su triste recorrido—. Podría ser peor. Las dos naves contuvieron prácticamente la explosión. Ha sido cuidadosamente preparada para destruir el mínimo…

—¡Bones, Spock! —giraron para ver a Kirk, que se les acercaba—. El almirante informa que nuestras fuerzas tienen casi el control completo. He puesto a Uhura al cargo de la supervisión de los prisioneros. Chu Wong y su gente ayudan a la brigada de limpieza.

—Bien —afirmó McCoy decisivamente—. Esto significa que Spock puede quedarse aquí para buscar a Zar y yo puedo llevarle a la enfermería antes de que sufra un colapso. El almirante Komack lo tiene todo controlado.

—No tan rápido, Bones. Se ha olvidado de una cosa. Mientras este planeta esté lleno de personal no autorizado, necesitamos montar guardia continua en torno al Guardián. Nos han asignado la tarea a nosotros tres, hasta que las fuerzas federales y las romulanas hayan sido evacuadas.

A pesar de las protestas de Kirk de que se sentía bien, el camino hasta el Portal del tiempo fue lento. Varias veces el capitán tuvo que descansar, pero no hizo caso a las protestas de McCoy para que volviera a la *Enterprise* y dejar que los demás protegieran el Portal del tiempo.

Finalmente, tuvieron el monolito a la vista. Avanzaron hacia él con cautela. McCoy esforzó la vista y tocó el brazo de Spock. El vulcaniano ya había visto el polvo ceniciento que se levantaba al otro lado de aquél. Al cabo de un instante, oyeron señales de lucha. Spock y McCoy echaron a correr y Kirk aceleró el paso mordiéndose el labio.

Los dos oficiales dieron la vuelta a la pared del templo y vieron dos figuras negras que se revolcaban en el polvo. Fuertes gruñidos acentuaban sus bufidos de dolor cada vez que uno trataba de coger al otro por el cuello. Para su sorpresa, McCoy descubrió que ambos llevaban uniformes romulanos y se preguntó por qué estarían peleando cuando pudo ver mejor y reconoció las facciones de Zar bajo chorros de sangre y polvo mojado.

La voz de Spock se alzó cortante por encima de los sonidos agonizantes del combate.

—Tal, tira el arma. Ya.

19

Al sonido de la voz de Spock la pelea se intensificó hasta que los espectadores casi quedaron ciegos por el asfixiante polvo. El médico oyó su propia voz, tensa de ansiedad:

—¡Spock, su pistola! ¡Inmovilice a Tal!

De la refriega en el suelo se alzó una mano —la mano de Tal, como pudieron saber por la insignia romulana—, buscó a tientas y se cerró sobre el arma caída a un lado. Zar vio el cañón que apuntaba a su cabeza y empujó violentamente el cuerpo del romulano. Spock vaciló, en su esfuerzo por conseguir un disparo certero.

McCoy se tiró sobre el arma del vulcaniano.

—¡Por Dios, inmovilíceles a *los dos*! ¡Va a matar a Zar!

Con el rabillo del ojo vio la rodilla del joven en movimiento, oyó el gruñido de Tal, asió su pistola y McCoy se dispuso a disparar.

Spock le empujó la mano, apartándole de su objetivo, a la vez que se veía el destello de un cuchillo en la mano de Zar. Su impacto en la nuca de Tal produjo un golpe sordo, y el romulano cayó.

Zar le dejó tendido en el polvo y se puso de rodillas con la ayuda de una roca que le sirvió de apoyo. La respiración del joven era un sollozo desgarrado… el único sonido en la quietud.

McCoy se acercó al romulano y le dio la vuelta, sorprendido de ver que sus manos no se habían manchado. Kirk se puso a su lado y ambos levantaron la vista al oír las palabras que Zar dirigió a Spock, formales, casi rituales.

—Como yo eché mi sombra en vuestra vida, ahora vuestra sombra cubre la mía. —Zar se enderezó, sus labios una línea contrita—. Le he pegado con el mango… *no* con el filo.

Tal boqueó, gimió, y McCoy sacó apresuradamente una carga hipodérmica y la aplicó en el hombro del comandante. El romulano volvió a desplomarse.

—Esto ya debería sostenerle, Bones —dijo Kirk—. Vendrá con nosotros cuando volvamos a la *Enterprise*.

—¿Cómo le has encontrado, Zar? —preguntó el médico una vez de pie—. ¿Y cómo conseguiste el uniforme?

—Volví aquí para asegurarme de que nadie se metería con el Guardián —contestó Zar—. Entonces le vi cavar en torno de la unidad que instalamos. Con el uniforme que llevaba, pude acercarme lo suficiente para atacarle. Tomé el uniforme «prestado» de uno de los centinelas antes de sobrecargar mi pistola.

—Y pensar que no queríamos que vinieras con nosotros porque Spock temía que te hicieran daño. —Kirk se deslizó con cuidado sobre una columna caída y movió la cabeza—. Dime ¿has pensado alguna vez en enrolarte en la Flota Estelar? Alguien con tus habilidades nos sería útil.

Zar quiso decir algo, pero se mordió el labio. Su expresión cambió ante sus ojos, se tornó sombría, remota.

—Me temo que no, capitán. —Se dirigió a McCoy—. ¿Ha traído la bolsa que le dije de mi cabina?

McCoy apuntó con el dedo.

—Está allí. ¿Qué demonios hay dentro?

—Ropa —dijo Zar secamente, y se agachó para coger la bolsa. Luego desapareció tras una gran roca.

El médico parecía confuso. Miró al Portal del tiempo, inactivo, sin señales de vida.

—Demasiado jaleo por un dónut de piedra ¿no te parece, Jim?

Kirk asintió con un eco de antiguas tristezas en su voz.

—Aun así, valía la pena, Bones. Siempre vale la pena.

Fue Spock quien vio a Zar que volvía, mudado; su brusca inhalación hizo que los oficiales volvieran la cabeza.

La túnica de cuero le venía ya estrecha y los toscos pantalones se ceñían en torno a sus piernas musculosas, por encima de sus borceguíes de piel. Sólo la capa de pieles gris que barría el suelo le venía tan ancha como hacía siete semanas. Zar se agachó, recogió la bolsa de cuero que contenía las pocas posesiones de su pasado y se la puso en la espalda, atándola con tiras de cuero. Luego se volvió hacia ellos, la cabeza alta y su expresión calma aunque precavida.

Spock fue el primero en recuperar la voz, que sonó incongruentemente normal.

—¿Quieres volver?

—Sí. —Su expresión remota se disipó cuando su mirada se cruzó con la de Spock. Su padre se levantó y se le acercó—. Debo volver. Todos hemos arriesgado nuestras vidas para asegurar que no habría cambios en el curso de la historia, y tengo razones para creer que los habrá si no regreso. Mi presencia allí es necesaria… —Sus labios se suavizaron en casi una sonrisa torcida—. Necesaria como nunca lo será aquí… a pesar del amable comentario del capitán. McCoy tenía razón. Nosotros dos juntos somos demasiados. No quiero pasarme la vida tratando de mantenerme fuera de tu sombra… Y es lo que haría. De modo que me voy. ¿Qué lugar mejor para vivir que un planeta donde mis habilidades, lo que puedo ofrecer… enseñar… son desesperadamente necesarias? —Su voz se endulzó—. Al fin y al cabo, es mi hogar.

—¿Qué te hace pensar que cambiarías la historia si no te fueras? Vivir solo en aquella desolación ártica… —Spock casi protestaba.

—No estaré solo. En vez de ir al hemisferio norte de Sarpeidón iré al sur… al valle de Lakreo.

Zar discernió una llama de reconocimiento nacer en los ojos de Spock al mencionar su destino.

—¿El valle de Lakreo hace 5000 años? —Kirk frunció el entrecejo—. Pero… ¿qué significa esto?

—Pregúntelo al señor Sp… —Zar vaciló y enderezó aún más los hombros—. Pregúntelo a mi padre. Sé que recuerda.

—El valle de Lakreo… el equivalente del valle del Tigris y el Éufrates en la Tierra… o del Khal at R’sev en Vulcano.

Un despertar cultural importantísimo. En un lapso comparativamente corto, las tribus cazadoras y recolectoras desarrollaron muchas de las características básicas de la civilización. Una lengua hablada y escrita… el concepto del cero… la agricultura…

La seca enumeración del vulcaniano cesó, y Zar retomó la lista con ojos que brillaban.

—La domesticación de animales… la fundición de los metales… la arquitectura. Y es más. Todo en un espacio de tiempo muy breve. Un acontecimiento sin precedentes en la historia de los pueblos. Un crecimiento tan veloz indica que, obviamente, tuvieron ayuda. Tengo pruebas suficientes para pensar que esa ayuda fui yo.

—Pero Beta Niobe…

Empezó McCoy, pero calló. Zar asintió gravemente.

—Oh, sabemos que estallará. Pero mi pueblo vivirá 5000 años de civilización que, de otro modo, podría no tener. Cinco mil años es un período respetable para cualquiera, especialmente si pensamos en el hecho de que la cultura no se extinguió. Están ahí, todas las cosas importantes, en la memoria de la computadora donde los dos las pudimos ver. —Respiró profundamente—. Sé que esto es lo que debo hacer. Sin mí no habrá despertar cultural. O quizás habría uno distinto, y eso cambiaría la historia.

Parte de la tensión que reinaba en el ambiente se relajó de repente cuando Zar sonrió abiertamente.

—Pronunciada en voz alta, esta noción suena increíblemente arrogante.

McCoy se aclaró bruscamente la garganta.

—Yo no me preocuparía. Se te ocurrió con toda honestidad.

Al decir eso, por un momento le pareció discernir un esbozo de aquella misma sonrisa en la boca endurecida de Spock, pero no estuvo seguro hasta que el vulcaniano asintió.

—Me di cuenta por primera vez el otro día, justo antes de la muerte del equipo de aterrizaje. Estaba estudiando las cintas de Spock junto con algunas más que encontré en la biblioteca. Las cosas empezaron a tener sentido. —Se encogió de hombros a su vieja manera tímida—. ¿Nunca se ha preguntado nadie por qué mi madre hablaba inglés?

Zar comenzó a girar hacia el Portal del tiempo. Le detuvo la voz de Spock.

—Espera. —El vulcaniano se aclaró la garganta y sus palabras fueron dulces aunque perfectamente nítidas—. He estado… haciendo planes. Pensando. Es decir, antes de decirnos que te ibas. Me gustaría que me acompañaras a Vulcano para conocer… la Familia. ¿Estás seguro de que debes irte?

Zar asintió sin hablar. Spock inhaló profundamente.

—Entonces debes hacer lo que has decidido que es lo correcto. Pero primero…

Se acercó al joven con la mano extendida, los dedos dirigidos a su cabeza. El cuerpo de Zar se tensó, pero en seguida se relajó visiblemente cuando las finas puntas de los dedos del otro hombre ejercieron una suave presión entre las cejas sesgadas, tan parecidas a las del vulcaniano. Así se quedaron los dos, con los ojos cerrados, durante largo rato.

Kirk no había presenciado nunca la fusión mental de dos telépatas y no sabía que no era necesaria la unión de los tensos puntos de contacto de los dedos extendidos. Aquel contacto era sereno, plácido, casi dichoso. Finalmente, Spock dejó caer su mano, y el cansancio pareció cubrirle como un manto.

Zar abrió los ojos y respiró profundamente, parpadeando.

—La fusión… —Estaba claramente conmocionado—. La verdad… es un gran don…

—Nadie tiene mayor derecho a saber. La voz de Spock era más profunda que de costumbre, y la expresión de sus ojos reflejaba la calidez de los de Zar.

Al cabo de un momento el joven se volvió para dar la mano a Kirk.

—Capitán, sería mejor si pensaran que he muerto… en la explosión o en la pelea con Tal. Nadie debe saber que he usado el Portal del tiempo. —Volvió la vista al gigantesco óvalo de piedra—. Tengo la sensación de que nunca más se permitirá que nadie lo use. Esta vez hemos estado demasiado cerca del desastre.

—Parece que el almirante Komack piensa de la misma manera, así que es probable que tengas razón, Zar. Te das cuenta de que esto significa que no podrás cambiar de opinión. Además, no hay portal en el otro lado. ¿Estás seguro de querer hacerlo?

—Estoy seguro, capitán. Es lo adecuado para mí.

—Entonces, te deseo suerte. ¿Cómo sabrá el Guardián dónde dejarte?

—Lo sabrá. —Zar parecía tan convencido que Kirk no quiso discutir. Se dieron otra vez la mano y el joven frunció el ceño—. Me preocupa una cosa, capitán. ¿Tendrá problemas por haber infringido la Orden General Nueve?

Kirk rió débilmente pero tuvo que parar porque sus costillas protestaban.

—Según el diario de a bordo, tú te ofreciste voluntario y eres una persona adulta. Bajo estas circunstancias, supongo que tendrán que pasarlo por alto. A fin de cuentas, tú salvaste la situación.

Zar alzó una ceja.

—Tuve ayuda, capitán… —La risa se apagó en su mirada cuando se inclinó y susurró—: Por favor, cuide de él.

Kirk asintió.

McCoy le dio la mano con voz ronca.

—Cuídate, hijo. Recuerda, nunca robes con unas buenas cartas de mano.

—Lo recordaré. Aunque tendré que enseñarles póker a mis gentes antes de poder poner en práctica todo lo que me ha enseñado. ¡Pero piense en mi ventaja! —Los ojos grises desmentían la ligereza de las palabras—. Le echaré de menos. Sabe, indirectamente usted es responsable de mi decisión.

—¿Yo?

—Sí. Fue usted quien me dijo que debía crecer. Y cuando vi aquellas páginas de historia supe que no sería fácil. Pero lo intento.

—Lo haces muy bien. —McCoy suspiró y trató de sonreír.

Zar se acercó al Guardián, se agachó y desconectó el último cable de la unidad de fuerza. Enderezándose, miró a Spock y dijo una frase en vulcaniano. El otro dio una breve respuesta en la misma lengua. Zar le dio la espalda, apoyó una mano sobre la roca azul grisácea y quedó callado, con la cabeza baja.

Esta vez el Portal del tiempo no habló. En vez de los vapores y las representaciones arremolinadas de costumbre, una imagen apareció con toda nitidez en su centro y se mantuvo fija. Pudieron ver montañas en la lejanía y ríos azules que atravesaban praderas de hierba musgosa. Un Beta Niobe apacible brillaba en lo alto y supieron que era verano.

Zar volvió la cabeza y se dirigió a Spock por última vez.

—Le dejo mis pinturas, las pasadas y las futuras, como símbolo.

Luego saltó a través del portal, ágil como un gato.

Le vieron aterrizar, quitarse la capa y sacudir la cabeza en el calor; vieron sus ventanas nasales que se abrieron para inhalar el aire. Kirk se preguntó si el joven les podía ver. Pensó que probablemente no… Entonces se produjo un movimiento a su lado. Spock, la mirada fija, avanzaba hacia el Guardián. Un paso, dos, tres…

Con un gesto brusco que fue como una puñalada en sus costillas, Kirk le agarró por el brazo y susurró con desesperación:

—Spock. Él no le necesita. —No sabía si el vulcaniano percibiría el resto de la frase, nunca pronunciado—. Y yo… nosotros… sí.

El tiempo pareció suspenderse. El vulcaniano se detuvo, absorto, y la imagen se borró para siempre.

Epílogo

«Noche» en la inmensa nave estelar. Las luces bajas, los pasillos desiertos. Algunos miembros de la tripulación, de vuelta a sus cabinas después del turno de noche o camino a sus puestos para la guardia de madrugada, andaban casi de puntillas. Hasta el turboascensor parecía callar cuando Kirk abandonó su reducido cubículo para adentrarse en cubierta. Se acercó silenciosamente a una puerta, vaciló y tecleó la señal.

—Pasen —contestó la voz del interior casi de inmediato.

Como había sospechado, el vulcaniano no se había acostado. Estaba sentado en su escritorio, delante de su microlector. Kirk recibió la señal de sentarse.

—Saludos, capitán.

—Saludos, señor Spock. Pensé venir a ver qué tal le va. —Se estiró con cautela para no forzar sus costillas heridas—. Un día duro.

—En efecto, un día muy duro. —La fatiga velaba los ojos del vulcaniano, aunque una pequeña chispa centelleaba en sus profundidades—. La ceremonia que presidió esta mañana era… muy apropiada, capitán. Estoy seguro de que la aprobarían las familias de los arqueólogos y de la tripulación.

Kirk suspiró.

—Lo único que la hacía tolerable era saber que uno de los nombres en la lista no correspondía. ¿O sí? No sé cómo recordarle. Como alguien que vive al otro extremo de los siglos o como alguien que… murió… hace 5000 años.

Spock no respondió. Su mirada se había vuelto a fijar en la pantalla ante sí.

—¿Se ha dado cuenta de cuántos amigos se ganó en el poco tiempo que estuvo con nosotros, Spock? Christine Chapel, Uhura, Scotty, Sulu… incluso algunos tripulantes que yo no conocía. Aquella joven alférez… ¿cómo se llama?

—McNair. Teresa McNair.

—Ojalá pudiera decirles la verdad. Facilitaría mucho las cosas. ¿Son estas sus pinturas?

Kirk se acercó a los lienzos apoyados contra la pantalla y, tras el asentimiento del vulcaniano, empezó a mirarlos de uno en uno.

—Sí. —Dijo Spock, observándole—. He pensado regalar algunos a sus amigos. Creo que les gustaría. Un regalo en lugar de la verdad que no deben saber.

—Sería muy generoso por su parte, y sé que significaría mucho para ellos. —Kirk se mordió el labio y contempló distraído la última pintura. De repente, apretó el puño y lo estampó suavemente contra la pared—. ¡Maldita sea! ¡Si sólo pudiéramos estar seguros de que lo ha logrado! ¿No le preocupa esto, Spock? ¿No se lo pregunta?

El vulcaniano volvió a mirarle con aquella chispa en los ojos, y Kirk percibió regocijo y triunfo en la voz habitualmente plana.

—Lo ha conseguido, capitán. Tengo pruebas.

Sus largos dedos encendieron el microlector y Kirk se acercó al escritorio.

—Me dejó sus pinturas ¿recuerda? Sus pinturas pasadas y futuras, dijo. Aquí está, Jim. El

símbolo que encontró, lo que le dijo que tenía que volver. Aquí.

Kirk miró el lector y vio la imagen en pantalla. Parte de su mente leyó automáticamente el encabezamiento, algo acerca de «un friso de los muros del palacio de la ciudad comercial de Nuevo Araen… del que, se cree poseer cierta significación esotérica religiosa…», pero sus ojos estaban tan llenos de la imagen que las palabras apenas tenían sentido. No lo necesitaban.

Contra un fondo oscuro y moteado de puntos blancos, destacaba la imagen familiar, las formas aerodinámicas de las barquillas motoras en torno al enorme disco, algo distorsionado pero, aun así, inconfundible, captadas en su vuelo por el espacio.

La nave; y bajo ella una mano abierta, los dedos extendidos por el tiempo y el espacio en un saludo vulcaniano.

FIN